

decir que unos vinieron de una parte y los otros de otra; y con guerras y contiendas los unos se hacían señores de las tierras de los otros".⁸ Este mismo Cieza de León, el más abonado y fidedigno de nuestros primeros cronistas, atestigua, en dos pasajes, que el curaca Chirihuana, del gran centro colla de Chucuito, le refirió cómo uno de sus antepasados, el caudillo Cari, vino desde Coquimbo en Chile, a fundar aquellos pueblos aymaras, y exterminó en las islas del lago a ciertas *gentes blancas y barbadas*.⁹

Tenemos aquí una tradición de extraordinaria importancia. Consta, pues, que los Collas recordaban la oriundez de sus remotos abuelos, venidos precisamente de las regiones de Atacama y el norte de Chile, donde se han hallado tan indiscutibles vestigios de la raza colla y tan clara toponimia aymara, y donde la desecación progresiva, que continúa a nuestros ojos, ha tenido que impeler a los habitantes a emigrar hacia el interior.¹⁰

8 Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. CXVI.

9 Idem, cap. C. "El uno de ellos entró en la laguna de Titijaja, y halló en la isla mayor de aquel palude gentes blancas y que tenían barbas, con las cuales peleó de tal manera que los pudo matar a todos" —Segunda Parte, *Señorío de los Incas*, cap. IV, reproducido por Herrera en sus *Décadas*

10 J. B. Ambrosetti, *Apuntes sobre la arqueología de la puna de Atacama* (*Rev. del Magisterio de La Plata*, tomo XII, año 1906).— Otto von Buchwald (*Boletín de la Sociedad Ecuatoriana*, tomo I año 1918).—G. de Crequi-Monfort, *Exploración en Bolivia* (*Bull. de la Société de Géographie*, 1902).— D'Orbigny. *L'homme Américain*, t. IV pág. 151.— Oyarzún, *Influencias peruanas sobre los aborígenes de Chile* (*Bol Museo Nac. de Chile*, tomo II, pág. 3) y *Actas del Congreso de Americanistas de Buenos Aires* de 1910 págs. 354 y sgts.— Joaquín Santa Cruz, *Indios septentrionales de Chile* (*Rev. Chilena de Hist. y Geo.*, 1913, tomo VII), escribe: "Al hablar de los atacameños, no podemos reconocer en ellos una raza especial, y totalmente distinta de sus vecinos Aymaras de Bolivia y de otros pueblos de Lipiz. La influencia de los aymaras es evidente entre los atacameños: tanto en su conformación física como en sus costumbres y en su mismo idioma, hay grandes analogías. A causa de mezcla de pueblos o por parentesco de naciones, los atacameños tenían estrecha relación con los aymaras".— Señala numerosos nombres de lugar con la raíz *pay*, que en aymara significa *desierto*: Paypote, Paytanasa, Paypaz, Paynegue. Otros, como Chillimaco, Alcota, Churumata, Mallco en Limarí, Llaullao, Tunca, Chala, sólo se interpretan con vocabulario aymara. Uhle ha acertado en la etimología aymara del volcán chileno Aconcagua. Yo por mi parte agregaré que junto a Santiago de Chile existe la localidad de Lampa homónima de la provincia puneña, y que Talagante se llamó llave.

Al rechazar Uhle el origen atacameño de los Aymaras y su emigración del S. O. al N. E.,¹¹ a más de ponerse en flagrante contradicción con sus asertos de la influencia e invasiones de Atacama en el Collao y todo el Perú, desconoce a sabiendas dos palmarias verdades: la autoridad inatacable de los textos de Cieza, y el hecho comprobado y evidente de que *esos desiertos* bolivianos y chilenos fueron antiguamente fértiles, arbolados y pobladísimos.

La segunda parte del relato de Cieza es aún más significativa. Los *hombres blancos y barbados, extirpados* por las hordas de Cari en las islas del Titijaja, no pueden ser sino los compañeros y adoradores del dios creador y civilizador Huiracocha, también blanco, y de luengas barbas y vestidos talaes, ataviado con grandes báculos, jaguares y serpientes, según nos lo describen los cronistas; el dios cuyo mito está indisolublemente unido al lago y en cuyo honor se erigieron las grandes construcciones de Tiahuanaco. La portada monolítica de la Acapana nos lo muestra con sus atributos tradicionales, recibiendo los homenajes de sus auxiliares antropomorfos y zoomorfos. Los expertos americanistas Celia Nutall y Julio Tello lo han identificado como el dios de la lluvia, cuya primitiva representación fue el jaguar, y cuyos principales símbolos son un pez y un pájaro¹².

Los vínculos, cada vez más probables, de los orígenes peruanos con las civilizaciones de Centro América y Méjico, aproximan extraordinariamente el ciclo mítico de Huiracocha a los de Quetzalcohuatl y Tláloc, divinidades aztecas del viento y la lluvia, y al de Cuculcán, el benéfico

11 Max Uhle, *Esfera de influencias del país de los Incas*, pág. 14 de la *Rev. Hist. del Perú*, 1909, tomo IV.

12 Celia Nutall (*Congreso de Americanistas de Roma*, año 1926, vol. I, págs. 132 y sgts.)—Doctor Julio Tello, *Wira-Cocha*, Vol. I, Lima, 1923; y *Antiguo Perú, Primera época*, Lima, 1929.—Las misteriosas barbas deben de ser recuerdo de la aureola o complicado collar de la imagen central en la gran portada, quizá gotas de lluvia estilizadas.

héroe barbado de los Maya-quichés, fabuloso fundador de Mayapán y Chichen Itza. Este Huiracocha, supremo numen del Titijaja, creador de los hombres y de las estatuas de Tiahuanaco, tiene nombre quechua y no aymara. Las dos raíces, *huira* y *cocha*, son evidentemente quechuas. Su más segura etimología es la metafórica dada por el sabio indígena Dr. Sebastián Barranca, *lago originario* o *germinador*.² En aymara mar o *lago* no se dice *cocha*, como en quechua, sino *cota*, y así no se ha llamado jamás la antigua deidad. Sus títulos rituales, netamente quechuas, son *Huiracocha Pachayacháchij* o *Illa Tijci Huiracocha*. El nombre colla equivalente es Taupaca, Tahuacapa o Arnahuan, que corresponde, según las leyendas más autorizadas, a su hijo rebelde, a su criado infiel y enemigo, al encarnizado perseguidor de sus obras y secuaces, cuyo camino hay que buscar hacia al sur, por el largo Aullagas, y las costas de Arica y Chile¹⁴.

Cuando Uhle afirma categóricamente, y contradiciendo anteriores conjeturas suyas, que el dios de la portada de Tiahuanaco no es el Huiracocha de los Quechuas¹⁵,

13 Barranca, *Etimologías* (Bol. de la Soc. Geog. de Lima, año de 1920).

14 A más de los textos de Cieza Véanse los de Las Casas, *Antiguas gentes del Perú*, 55-56; Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia General Indica*, Segunda parte, cap. 7; y Calancha *Corónica moralizada*, Primera parte, pág. 337; Segunda parte, *Historia de Copacabana*, cap. XVII.—En las *Relaciones Geográficas de Indias* (tomo II), se da el nombre de Tahuacalpa a uno de los ríos que se unen con el de La Paz, y cuyo rápido descenso a los Yungas debió de suministrar elementos a la fábula del hijo desobediente de Huiracocha, precipitado al abismo por su padre.

15 Uhle, *Origen de los Incas* (Cong. Americanistas de Buenos Aires 1910, pág. 307).—Compárese con el discurso de su recepción oficial en el Instituto Histórico del Perú (*Rev. His.*, Lima, 1906 pág.420).—En cambio, el pasaje de Cieza que Uhle invoca (*Posición histórica de los Aymaras*) relativo al nacimiento del Sol en el fondo del lago, y que debe de ser el del capítulo CIII de la *Primera Parte* o el V del *Señorío*, no tiene el alcance y significado que pretende atribuirle.—El Inca Garcilaso nos transcribe la relación de su condiscípulo el cura mestizo Diego de Alcobaza, quien recogió de labios de los indios comarcanos la tradicional creencia de haber estado los monumentos de Tiahuanaco dedicados al Hacedor del Universo (Huiracocha); y de que los habitantes antiguos, por

desearíamos siquiera un principio de prueba, capaz de contrarrestar la poderosa unanimidad de los relatos consignados por los más seguros cronistas. Y en cuanto a la consideración de que los tipos de los relieves, en la misma portada, reproducen los rasgos físicos de la raza aymara, sonreirán ante tan aparatoso argumento los que saben hasta qué punto quechuas y aymaras se asemejan, qué difícil es para escrupulosos especialistas¹⁶ diferenciarlos, y qué temeraria pretensión envuelven estos pruritos de observación etimológica en arte tan estilizado y convencional como el de las esculturas tiahuanacuenses.

En culto de Huiracochoa, que tiene tan ciertos e infrangibles nexos con Tiahuanaco, que se contraponen al del dios colla Tahuacapa, y cuyos servidores sabemos de fijo que fueron perseguidos por los collas de Chucuito, presentan hacia el Norte una difusión que coincide exactamente con la del imperio megalítico y sus monumentos. Por otra parte, Huiracochoa parece refugiarse sucesivamente en el seno de poblaciones quechuas o quechuizadas, desde Urcos y el Cuzco hasta el centro del Ecuador. Procuremos seguir sus huellas.

En Pucará, provincia de Lampa, el Dr. Luis Valcárcel ha hallado construcciones análogas a las de Tiahuanaco, piedras esculpidas con ornamentación de serpientes y jaguares, y una estatua varonil con larga túnica, manto y mitra, que lleva la imagen del sagrado felino; señas indudables de la primitiva y proscrita religión del Collao¹⁷. Cieza de León nos suministra después otro luminoso indicio.

sus grandes pecados y haber apedreado a un hombre (el mismo Huiracochoa), fueron convertidos en aquellas estatuas (*Comentarios*, Primera Parte, Libro III, cap. 1).

16 D'Orbigny, *L' homme américain*, tomo 4, 1ª parte;—Chervin, *Aymaras and Quechuas* (XVIII Cong. de Americanistas. Londres, 1912);—G. Rouma, *Quitcbouas et Aymaras* (1913, Bruxelles et Leipzig).

17 Luis E. Valcárcel, *Rev. Universitaria del Cuzco*, 1925 y 1928.— Compárese con el texto acerca de la creación de los edificios de Pucará por el dios Huiracochoa en Sarmiento de Gamboa, cap. VI.

Cuenta que el dinasta colla rival de Cari, el curaca Zapana de Hatuncolla, guerreó contra las amazonas de Canas, que contra él erigieron las fortalezas de Chuncara, y fueron al cabo sojuzgadas o ahuyentadas. Ahora bien; los Huiracochas usaban *vestimentas largas*, como las estatuas de Tiahuanaco¹⁸, al revés de los invasores Collas (designados en las tradiciones con el título de Jállaj Ppacha o de *vestidos ceñidos o angostos*), y por eso la imaginación popular transformó a aquéllos en mujeres belicosas. El curaca collahua Juan Santa Cruz Pachacuti Salcamayhua, hermano de raza de los Collas, y en consecuencia eco de los recuerdos aymaras, lo confirma¹⁹ Esos ejércitos de los *Jállaj Ppacha* o “de ropas estrechas”, de que nos habla, que en la época de la Purun Ppacha suben del Sur, “de hacia arriba de Potosí”, a poblar la tierra, son los inmigrantes aymaras, que reemplazan a los *huiracochas* de anchos ropajes. Refiere además San Cruz Pachacuti que, en tiempos muy remotos, riñeron en el Collao los demonios *Jappiñus* y *Achojallas*, procedentes de *Potosí*, y mutuamente se destruyeron. Confunde, como buen aymara, a Tarapaca con Huiracocha, barbado, y de cabellos y vestidos largos, que convirtió en piedras a los habitantes de Tiahuanaco; y sin guardar orden riguroso de épocas, afirma que este dios transfirió su mágica barra a Manco Cápac, el primer Inca. Pueden las fábulas de Pachacuti estar entreveradas, adulteradas y mal expuestas cuanto se quiera; pero las reminiscencias de invasiones, asolamientos y choques de naciones, que aquí indican, bastan a certificar lo esencial de nuestro sistema.

En su avance victorioso, los pastores aymaras rebasaron la meseta del Collao, no sólo hacia el N. O. por las regiones de Caylloma o Collahua, y de Cholocochoa y Chu-

18 Cieza de León, *Crónica del Perú*, Primera parte, cap. IV;—Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro III, cap. I; Libro V, caps. XXI y XXII.

19 *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, publicadas por D. Marcos Jiménez de la Espada (Madrid, 1879).— Pachacuti Salcamayhua, en el reinado de Cápac Yupanqui, narración de los curacas de Asillo y Oruro el Chico al Inca.

quibamba, sino al Norte, hacia la cuenca del Huilcamayo. Las provincias de Canas y Canchis fueron conquistadas; y la contraposición de las dos razas se advierte en ella, no sólo en la lengua (toponimia aymara de Oruro el menor y Ancocahua), y en las sepulturas a manera de torres o *Chulpas collas*, sino en la dureza y tiranía de los curacas, de origen extranjero²⁰. En Cacha, indecisa frontera, semiquechua, semiaymara, existía un famoso templo de Huiracocha, con tradición de que los habitantes atacaron y pretendieron matar al dios. Más allá, en Muyna de Urcos, en pleno país quechua, se elevaba otro renombrado templo del Tijci Huiracocha, de quien narraban que fue bien acogido y reverenciado por los habitantes del lugar, cuando llegó del Collao (Sarmiento de Gamboa, cap. VII). Los indios Cahuinas, al sur de Quiquijana, *orejones* y antiquísimos confederados de los Incas, creían “que sus primeros padres habían salido de una laguna”; y que las almas de todos los de la tribu, “después de la muerte iban al gran lago, donde había sido su principio”²¹. La emigración de los clanes incaicos desde Pacaritambo y la fundación del Cuzco por Manco Cápac, están íntimamente unidas con la religión de Huiracocha²² Uno de los mayores soberanos incas se apellidó Huiracocha. Sabidísimo es que en los templos imperiales, en la gran fiesta del Raymi y en las oraciones solemnes del Tahuantinsuyo, la fugitiva divinidad de Tiahuanaco obtenía la primacía sobre el Sol. En la contienda decisiva

20 Cieza, *Crónica*, cap. XCVII.

21 Cieza, *Crónica*, cap. XCVII; y Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro I, cap. XX.

22 Pasma que Uhle se haya atrevido a negarlo (*Origen de los Incas*, *Actas del XVII Congreso de Americanistas*, Buenos Aires, 1910, pág. 307), asentado que el culto de los Incas a Huiracocha no se remonta sino al reinado de Pachacútec, sin alegar razón alguna; salvo Garcilaso, todos los cronistas aseveran y repiten hasta el cansancio que eran adoradores y discípulos de aquella divinidad los legendarios abuelos del imperio cuzqueño. Véanse, entre otros, Cieza, *Señorío de los Incas*, cap. VIII; Betanzos, caps. I y II; los dos Molinas; Juan Santa Cruz Pachacuti, sobre Tonapa Huiracocha y Aputampu, el padre de los Ayar; Pedro Pizarro; y por fin, el P. Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, Libro XII, cap. III, y Sarmiento

contra los Chancas, parientes de los Collas, los de la Liga Quechua, *nación muy antigua*²³, acaudillados por los Incas, se pusieron bajo el patricinio del dios Huiracocha y a su milagrosa intervención atribuyeron la victoria.

Entre los Rucanas Antamarcas (zona lingüística quechua-aymara, pero cuyo aymarismo puede explicarse por infiltración de los vecinos Chancas y Collahuas, y cuya toponimia se esclarece casi totalmente con ayuda del quechua), en el pueblo de la Veracruz de Cahuana, las *Relaciones Geográficas* mencionan monumentos preincaicos debidos a los Huiracochas, como caminos y casas de piedra, y sepulturas dólmenes enlucidas de blanco por dentro²⁴. En Huiñaque, cerca de Huamanga, territorio de los Pocras, subsistían edificios vetustísimos, muy anteriores a los Incas, y atribuidos a los mismos hombres blancos del Titijaja. Huamanga y sus colindantes Huantas y Huancas tienen, sin vacilación alguna, etimologías quechuas, al lado de las aymaras (Barranca, *BoI. Soc. Geog. de Lima*, 1920). En la provincia de Huari, el santuario de Chavín de Huántar (toponimia de completo quechuismo), explorado por Tello y consagrado sin duda a Huiracocha, el dios jaguar y cóndor de la lluvia²⁵, ofrece grandes similitudes, en sus escaleras, pasadizos, diversos pisos y galerías, hornacinas y animales simbólicos, con el otro santuario de Cacha, descrito por Gar-

de Gamboa (resumen de las informaciones del Virrey Toledo), caps. XI, XVI y XXIV. En Cobo, Libro XIII, cap. XV, puede comprobarse cómo los adoratorios de Huiracocha señalaban el itinerario de las tribus incaicas en las cercanías del Cuzco. Este Libro de Cobo es de suma importancia, por ser mero traslado de las indagaciones de Polo de Ondegardo con los indios mejor enterados de sus antiguallas religiosas. El P. José de Acosta, que igualmente aprovechó las informaciones oficiales y las investigaciones de Ondegardo, expresa de manera muy terminante que el culto de Huiracocha entre los Incas era inmemorial, aunque sólo después de la victoria sobre los Chancas fue realzado y puesto por encima de los de Inti, Illapa y la Pachamama (*Historia Natural y Moral de las Indias*, Libro VI, cap. 21).

23 Así la llama textualmente Cieza, *Crónica del Perú*, Primera Parte, cap. XC.

24 *Relaciones Geográficas de Indias*, t. I, pág. 210.

25 Julio C. Tello *Wira-Cocha* vol I, Lima, 1923; y *Antiguo Perú*, Primera época (Lima, 1929), págs. 46 a 75.

cilaso (*Comentarios*. Primera Parte, Libro V, cap. XXII). Las ruinas de Pomabamba, Huaylas, Huaraz, Huamachuco y Hualgáyoc, tierras tan quechuzadas, pertenecen al estilo megalítico o primitivo de Tiahuanaco.

En Gonzamana (Ecuador), veneraban una roca con las huellas de Huiracocha²⁶ En la comarca del Cañar, se advertían señales de su culto. Mucho más arriba, entre los Llaytacunas, en Ambato y en Callo, había otras dos piedras segradas, con pies impresos del *dios blanco*²⁷ Y todo esto se acompaña y corrobora con armas, cerámicas y construcciones tiahuanacuenses (Capilla en Loja, Patete en el Azuay, Chillacocha en el Cañar, hachas neolíticas y de oreja, discos de piedra perforados y estrellados, decoraciones con el signo escalonado, alfileres y patenas características); y una onomástica tan arraigada y profundamente quechua, que parece en extremo forzado y violento atribuirle sólo a la efímera conquista incaica²⁸.

Mientras los quechuas y los orejones del Cuzco atendían tanto a las fábulas de Tiahuanaco y Huiracocha, los Collas, que se preciaban de tan antiguos y conservaban largos cantares históricos, no supieron contarle a Cieza, fuera de las ya mencionadas tradiciones de Cari, Zapana y los hombres barbados, sino que "mucho antes, que los Incas reinasen, estaban hechos aquellos edificios; mas que ellos no podían decir ni afirmar quién los hizo, mas que oyeron que en una noche remaneció hecho lo que allí se

26 Calancha *Corónica Moralizada*, Primera parte, pág. 329.

27 Rivet et Verneau, *Etnographie ancienne de l'Equateur*, (París, 1912).

28 El P. Blas Valera transcrito por Garcilaso (Primera Parte, Libro VII, cap. III); al hablar de las lenguas extrañas a la quechua, constata que después de la Conquista predominaban absolutamente entre los Collas, Puquínas y los indios de los términos de Trujillo; pero su afirmación es mucho menos amplia y terminante en lo que se refiere al reino de Quito. Acerca de éste, no dice sino que olvidaron o descuidaron la lengua oficial cuzqueña "muchas de las provincias de su jurisdicción". No afirma que todas; y lo limitado y estricto de la proposición no deja de estimular los barruntos de quien recuerde las rotundas opiniones del P. Velasco y de las muy respetables y añejas *Informaciones* de Vaca de Castro.

veía".²⁹ ¿Se quiere, en lenguaje metafórico y bárbaro, confesión más paladina de la extranjería e invasión de los Collas?

Pues todavía hay otro texto, del puntualismo P. Cobo, en que, a vueltas de los errores y vaguedades de la leyenda, se dice explícitamente que "los indios Collas injustamente poseían los santuarios del Titijaja".³⁰ Y en las ya citadas *Relaciones Geográficas de Indias* del siglo XVI, de tanto peso y exactitud, leemos que los Collas Pacajes, habitantes de Tiahuanaco y todas sus cercanías, "dijeron los indios antiguos haber tenido su origen, unos de una parte de la laguna de Chucuito, y otros de hacia la parte de los Carangas, de donde salieron y poblaron en esta provincia".³¹ No puede abrigarse duda de que los venidos de Carangas o lo que es igual, de las alturas del sur, sean, como hasta el nombre lo indica, los de Cari, pobladores de Chucuito, procedentes de Atacama y Coquimbo.³² Los otros, derivados de las propias riberas de Chucuito, ¿eran acaso los mismos, y la leyenda confundió el punto de partida con el paradero; o refluieron más tarde al S. E. desde su definitivo y más importante establecimiento? O bien, ¿han de entenderse por estos segundos los Uros, súbditos de los nuevos señores, y que siempre han morado entre ellos y en las orillas del lago? O por último, ¿hubo una diferente columna de inmigrantes, que penetró por la sierra de Moquegua y Candarave? Todo puede ser; y resultaría ridículamente vano el empeño de escudriñar y apurar pormenores

29 Cieza, *Crónica*, Primera Parte, caps. C, CI y CV (Cito por la edición de Amberes, Nuncio Martín, 1554).—Con iguales términos respondieron, pocos decenios después, los indios ancianos de Tiahuanaco en la Relación de la provincia de Pacajes (*Relaciones Geográficas de Indias*, Madrid, 1881-1897, tomo II, pág. 56).

30 Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, Libro XII, cap. XVIII.

31 *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo II, pág. 57.

32 *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo II, pág. 88. Allí se expresa que el verdadero nombre de las comarcas al norte y occidente de Potosí, era Caracara (duplicación de la raíz cari).

en tan borrosos orígenes. Hasta cabe suponer sin inverosimilitud que, como en casi todas las conquistas, un residuo de los primitivos tiahuanacos, digamos la plebe de los huiracochas, quedara sujeta a los aymaras o se mezclara con ellos, comunicándoles algunas creencias y términos religiosos. Lo que en líneas generales resalta es que, de la mayor parte de los antiguos pobladores civilizados, unos sucumbieron, y otros se vieron obligados a emigrar al Norte, abandonando la metrópoli sagrada. Es ésta la única hipótesis que explica satisfactoriamente los textos que dejo memorados, y la extraña y repentina interrupción de los edificios principales de Tiahuanaco.

II

PRUEBAS ARQUEOLOGICAS DE LO MISMO

Que los grandes monumentos de Tiahuanaco quedaron inconclusos, es un hecho comprobado por todos los observadores, desde Cieza de León hasta los últimos arqueólogos. Se ven piedras preparadas que no han llegado a aprovecharse. Para explicar esta interrupción y súbito abandono, se ha echado mano de las suposiciones más estrafalarias: de una peste que aniquiló al elemento director, el cual se llevó a la tumba sus arrestos constructores y secretos técnicos (Tschudi); de un terremoto o repliegue geológico, que dispersó a los habitantes, dejando en pie templos, pilares portadas y estatuas; y de un desborde y consiguiente descenso de las aguas, que impidió traer en balsas los enormes bloques (Posnansky y Durand). Harto bien se comprende que todo ello es inadmisibile. Los indios pertinaces y pacientísimos, que en otras partes del Perú han sabido acarrear materiales desde inmensas distancias, repuestos en breve de la catástrofe natural, tan

problemática (cuyos vestigios no se descubren), habrían acudido a reanudar las obras. Si no lo hicieron, parece lo racional suponer una acción violenta, bélica, la sustitución de una raza por otra, el naufragio de una civilización por efecto de una invasión bárbara. Los edificios de Tiahuanaco y los demás de su género del Perú, presentan, es cierto, determinada gradación de estilos y maneras; pero todos pueden explicarse lógicamente como derivados unos de otros, hasta que de golpe se corta la evolución, y se abre un imprevisto abismo de decadencia y barbarie. Pues bien; ese momento, que es el de la ruina y cataclismo de Tiahuanaco, está representado precisamente por el advenimiento de la conocida y genuina arquitectura aymara de las *chulpas* funerarias y por la pobrísima alfarería que la acompaña. Uhle ha tenido que admitirlo³³. La constatación ha sido trágica para el orgulloso aymarismo; y es muy improbable que convalezca de tan mortal herida. Puesto en este trance por sus propias excavaciones en el Altiplano y en la región de Arica, el campeón de los Aymaraes ha reconocido honrada y plenamente aquella indeleble invasión de Cari y sus atacameños, que primero Bandelier y después yo habíamos propugnado con tanta convicción. Ha robustecido Uhle nuestra tesis con valiosas observaciones; pero reputa la intrusión de los Caris como mero factor e ingrediente en la cultura de Tiahuanaco, por más que sean patentes sus destructores resultados, y proclama siempre a los Aymaras como primitivos y castizos tiahuanacuenses. Imputa a los Caris el mérito de la invención y difusión del famoso signo escalonado. Están a punto los Atacameños de sustituir, en su apasionado ánimo, a los antes tan ensalzados Aymaraes. Ya, como otrora a éstos, mediante impertérritas etimologías,

33 *Bol. de la Soc. Geog. de Lima*, vols. 10 y 25; *Posición Histórica de los Aymaraes* (*Bol. Soc. Nac. de Estadística*, La Paz, 1910, 2o trimestre); *Arqueología de Arica y Tacna* (*Soc. Ecuatoriana* vol. III), etc.

los va explayando y derramando por todos los ámbitos del antiguo Perú. Pero nosotros, que tenemos fundada confianza en Uhle cuando excava, no le tenemos ninguna cuando se dedica a la filología, con el sobrado fácil y resbaladizo procedimiento etimológico. Pues ¿no ha tenido la peregrina ocurrencia de explicar por la lengua atacameña, la flamante favorita, hasta los españolísimos nombres de Matute y Oquendo, impuestos a aquellas limeñas haciendas por los apellidos coloniales de sus dueños? ³⁴. Después de tan inapreciable hallazgo, esperamos que cualquier día falle sin apelación la procedencia atacameña o aymara de los nombres Cañete, Miraflores. La Magdalena, Castrovirrey-na, Trujillo y Jaén ³⁵.

Puesto en vena Uhle de aceptar invasiones en el Collao, ha declarado también que los Aymaras no son aborígenes, sino que han debido conquistar la meseta en tiempos remotos y que deben de prevenir del Norte, multiplicando con esto último, sin necesidad, los supuestos de emigraciones, contra los indicios históricos ³⁶. Porque la expansión del aymarismo por Jauja, Huánuco y Chachapoyas ha de adjudicarse, en crítica prudente, a la bien conocida evasión de Uscuhuilca y sus Chancas; y el de ciertos distritos de Yauyos, a los *mitimaes* incaicos venidos de los Chocorbos, como lo deponen las *Relaciones Geográficas* ³⁷.

³⁴ Tacna y Arica (Bol. de la Soc. Ecuatoriana de Estudios Hist. Amer., Enero de 1919).

³⁵ Otra de las inexplicables distracciones de Uhle ha sido tomar por indígena el dictado de Lima Vieja, en Sangallán de Pisco, y fantasear su etimología atacameña, cuando se debe sencillamente al efímero pueblo fundado por el Conquistador Nicolás de Ribera y Laredo, antecedente y fundamento de la capital de Pizarro en el valle del Rímac, al cual se trasladaron muy pronto sus vecinos. Lima y Limatambo provienen de la pronunciación castellana de las voces quechuas Rímañ y Rímañtampu, como con evidencia lo prueban idénticas derivaciones en plena ciudad del Cuzco y en su comarca. Los gazapos a este respecto, dejan muy mal parado el crédito filológico de nuestro arqueólogo aymarista.

³⁶ Posición histórica de los Aymaras.

³⁷ Rel. Geo. de Indias, t. J. págs. 61 y sgts.

Nosotros sostenemos que los verdaderos collas, los Aymaraes constructores de las chulpas, no son sino los Atacameños de Cari, llegados al altiplano en su mayor porción siguiendo la vía de Potosí y Carangas, indicada por varios cronistas y muchos restos arqueológicos; y creemos que no tenían sino un parentesco lejano con sus víctimas los *huiracochas* de Tiahuanaco. Estilo, ritos, lengua, costumbres; todo era divergente en las dos naciones antagonistas. A más de la oposición de arquitectura, cerámica y vestidos, que arriba hemos apuntado, se comprueba que era diversa la manera de enterramientos. Los cadáveres de los antiguos tiahuanacos se hallan extendidos horizontalmente, y no en cuclillas, como es el uso colla y el atacameño³⁸. No sólo Cieza reparó en que los gigantes de Tiahuanaco visten de muy distinta manera que los naturales de la comarca. No sólo D'Orbigny ha advertido que en las estatuas megalíticas no aparece definida la deformación craneana circunferencial (*sayta uma*), conservada por los Aymaras hasta después de la conquista castellana³⁹. A duras penas, alguien ha creído reconocer en uno de los bustos que se yerguen junto a la iglesia, el *chucu* de todo el Collao⁴⁰. Pero más que por este bonete, de forma bastante común, y cuya persistencia puede explicar el clima, se ven cubiertas las cabezas de las figuras por aureolas, coronas, turbantes y tiaras. Esgrimen como arma la arcaica *estólica*, nó el arco aymara y atacameño⁴¹.

No se discute que los Collas o Atacameños han ejecutado algunas obras, de calidad muy inferior, en Tiahuanaco, y que allí se han sepultado muchos de ellos, pues al cabo han habitado el lugar por centenares de años; pero,

38 Marquis G. de Crequi-Monfort, *Fouilles de la mission scientifique française a Tiabuanaco* (XIV Cong. Amer. Stuttgart, 1904).

39 Alcides D'Orbigny, *L'homme américain*, t. IV.

40 Conrad de Meyendorff, *L'empire du soleil* (Paris, 1909) pág. 110.

41 Lo confiesa el mismo Uhle, *Aborígenes de Arica* (Rev. Hist. del Perú, 1918).

fuera de la efectiva dificultad de discernir entre cabezas quechuas y aymaras, en su mayoría braquicéfalas, cuando las segundas no están deformadas, ¿qué explicación tienen esos cráneos que Hrdlicka ha proclamado netamente quechuas, pegados a las ruinas, en la necrópolis del norte, y que ascienden a la proporción total de más del siete por ciento de los descubiertos ⁴².

III

LOS INCAS PROVIENEN DEL LAGO TITIJAJA

Con admirable unanimidad, los historiadores primitivos lo testifican. Uno de los más explícitos es el conciso y circunspecto Agustín de Zárate: "De la parte del Collao, por una gran laguna que allí hay, llamada Titijaja, que tiene ochenta leguas de bojo, vino una gente belicosa, que que llamaron Ingas, los cuales andan trasquilados y las orejas horadadas, y metidos en los agujeros unos pedazos de oro redondo, con que los van ensanchando. Y al principal de ellos llamaron Zapalla Inga, que es *Solo Señor*, aunque algunos quieren decir que le llamaron Inga Huiracocha" ⁴³. Molina, el de la *Destrucción*, expone que el primer Inca, llamado Huiracocha, principal orejón, vino del Collao. El otro Molina, el cuzqueño, que el dios Huiracocha creó a Manco y sus hermanos en Tiahuanaco, y que allí se sumieron por tierra, para reaparecer en Pajarejtampu. Don Pedro de la Gasca, en su relación inédita, que se conserva en Viena, unifica a Huiracocha, aparecido en el gran lago del Collao, con Manco Cápac, el primer Inca. Pedro Pizarro conviene en análogos términos: "El primer Inca salió del Titijaja; otros dicen que salió de Tampu

⁴² *Actas del Cong. Amer. de Buenos Aires*, año de 1910.

⁴³ Agustín de Zárate, *Historia del Perú*, Libro Primero, cap. X.

(Pajarejtampu); llamábase Huiracocha y pobló el Cuzco". Cabello Balboa lo repite: "Muchos indios pretendían que los cuatro hermanos salidos de Pajarejtampu, eran originarios del Titijaja" ⁴⁴. Cieza, después de haber consignado en la Primera Parte de su *Crónica* que los Incas hicieron sus palacios del Cuzco a imitación de los de Tiahuanaco, y que los primeros Incas pretendieron asentar en Tiahuanaco su corte, refiere en la Segunda Parte que Manco fundó el Cuzco en nombre del Tijci Huiracocha, la divinidad tradicional del Collao ⁴⁵. Juan de Betanzos inculca que Con Tijci Huiracocha dió ser al mundo y las gentes en Tiahuanaco, y luego en el Cuzco produjo a Allcahuiza (el epónimo de la tribu incaica de Ayar Uchu) y le ordenó que engendrara a los *orejones* ⁴⁶. Lo mismo viene a significar en substancia Sarmiento de Gamboa, pues puntualiza que del Tijci Huiracocha de Tiahuanaco salieron y fueron producidas las parejas incaicas de Pajarejtampu, y que estos primeros incas propalaban de sí que el Huiracocha los había creado para ser señores ⁴⁷. El P. José de Acosta, aunque tan sucinto acerca del Perú, no deja de apuntar la relación entre la religión de Huiracocha y el origen de los Incas ⁴⁸. El P. Cobo resume cuatro versiones, todas concordantes: que los Incas, capitaneados por Manco Cápac, hijo del Sol, vinieron desde el Titijaja a Pacaritambo, y de allí pasaron al Cuzco; que Manco y sus hermanos los Ayar salieron de Pacaritambo, pero que decían otros que antes habían llegado del Titijaja; que Tijci

44 Miguel Cabello Balboa *Miscelánea Antártica. Origen de los indios y de los Incas del Perú* cap. XI.

45 Cieza, *Crónica del Perú*, cap. CV; *Señorío de los Incas Yupanquis*, cap. VIII.

46 Betanzos, *Suma y narración de los Incas*, caps. I y II.—No hay más que leer las informaciones del Virrey Toledo (Madrid, 1882), para convencerse plenamente de que Ayar Uchu es el mítico abuelo de los Allcahuizas, a pesar de la denegación de Uhle, tan arbitraria como todas las suyas en este asunto.

47 Sarmiento de Gamboa, *Hist. Gen. Indica*, Segunda Parte, caps. VII, X y XI.

48 *His. Nat. y Moral de las Indias*, Lib. VI, cap. XIX.

Huiracocha, el dios del lago, envió a los Incas a Pacaritambo, y que el Titijaja era la *pacarina* u originario solar de Manco Cápac y Mama Ocllo⁴⁹. Concreta que en Coata, isla del lago, pretendían que un ídolo femenil representaba a la diosa Titijaja, madre de los Incas⁵⁰.

Se mantenía tan viva la memoria del origen de los Incas en el Titijaja, que el cronista Gutiérrez de San Clara, asegurando inspirarse en un cantar histórico, nos transmite la leyenda de haber salido Manco y sus guerreros de la isla mayor del lago a fundar el pueblo de Hatuncolla, donde permanecieron sus descendientes, hasta que Túpac Yupanqui trasladó la capital al Cuzco⁵¹. Este abultamiento extremo de la tradición, nos está probando su extraordinaria difusión y arraigo. Los auténticos representantes de la raza indígena, no son los menos categóricos en el coro de concordantes testimonios. Garcilaso trae el clásico relato de su tío el Príncipe Cusi Huallpa, según el cual Manco Cápac y Mama Ocllo fueron creados por el Sol en el Titijaja y enviados de allí a civilizar el Cuzco, donde se hundió la mágica barra. Refiere textualmente: "Puso nuestro padre el Sol estos dos hijos suyos en la laguna Titijaja. Ellos (Manco y Ocllo) salieron del Titijaja y caminaron al Septentrión. . . Así entraron en una venta, que está siete u ocho leguas al Mediodía del Cuzco, y que hoy llaman Pajarejtampu". Y en otro paso cuenta que "el hombre poderoso de Tiahuanaco" (Huiracocha indudablemente) repartió en aquella metrópoli el mundo a cuatro hermanos epónimos, y que uno de éstos fue Manco, el cual se encaminó hacia el Norte, y de él descienden los Incas⁵². Juan Santa Cruz Pachacuti especifica que el dios Tunapa Huiracocha, hostilizado en el Collao y en la provincia de

49 P. Bernabé Cobo, *Hist. del Nuevo Mundo*, Lib. XII, cap. III.

50 P. Bernabé Cobo, ob cit., Lib. XIII cap. XVIII.

51 Pedro Gutiérrez de Santa Clara, *Hist. de las Guerras Civiles del Perú*, Libro III, caps. XLIX y L.

52 Garcilaso, *Comentarios Reales*, Primear Parte, Libro I caps. XV y XVII.

Collahuas, fue maestro de Aputampu, el curaca de Pacari-tambo, a quien dejó al partir el sagrado báculo (*tauna*) con letras misteriosas, y los vasos de oro; y que Manco Cápac y sus hermanos los Ayar fueron descendientes y herederos de Aputampu.

Ante este cúmulo de autoridades, admira que el Dr. Uhle tenga por puramente míticos los orígenes de los Incas en el Titijaja, e inconciliables con las tradiciones de Pajarejtampu, en la región de Paruro⁵³. Claro que toda la historia incaica, como de trasmisión oral, es leyendaria; pero interpretada por la crítica, la leyenda descubre un fondo de incontrovertible verdad. La conformidad de las fuentes arguye en este caso con una evidencia moral, única asequible en tales materias. Lejos de ser inconciliables, las tradiciones incaicas de Paruro y del Titijaja, se ajustan y armonizan muy cabalmente ante el buen sentido. Nada nos obliga a tener por artículo de fe que los Incas, antes de moverse al Cuzco, vivieran de toda eternidad estables en Pajarejtampu, y no pudieran en manera alguna haber venido del Collao, máxime cuando está plenamente demostrado que el Collao fue el más activo foco de la primordial cultura andina, y cuando en la comarca del Cuzco y entre los mismos Incas se han hallado objetos que patentizan la irradiación e imitación de aquella cultura de Tiahuanaco. En el Museo de la Universidad del Cuzco, se guardan un depósito cuadrangular de piedra oscura muy gastada, con imágenes semejantes a las de la portada de la Acapana, y un aríbalo incaico con ornamentación tiahuanacuense⁵⁴. La arquitectura ciclópea, de aparejo de poliedros irregulares, en Hatunrumío, Sajsayhuaman, Quenco y Ollantaytambo, para todo juicio sereno, pertenece, con muy leves diferencias, a la de Tiahuanaco, cuyas notas

53 Max Uhle, *Origen de los Incas*.

54 Luis E. Valcárcel *Tiahuanacu, Ollantaytambo, Cuzco, centros megalíticos* (*Rev. Univ. del Cuzco*, Agosto de 1921).

reproduce (monolitos, llave metálica de contención, signo escalonado, etc.). El segundo sistema arquitectural incaico, el de sillares labrados y medianos, parece la lógica evolución de continuidad. En general, el estilo de los Incas es tan manifiestamente la continuación normal y el desenvolvimiento del de Tiahuanaco, que hasta Uhle ha debido reconocerlo así, mal que le pese, en uno de sus incoherentes párrafos, por más que en otros lo niegue con redoblado capricho⁵⁵. Si el mismo Uhle constata que en la quebrada del Vilcanota hay alfarería tiahuanacuense, con la que se inicia la *incaica*, ¿porqué obstinarse, contra la evidencia, en sostener la absoluta y radical imposibilidad de que, junto con su cerámica, cuatro tribus pequeñas, o a lo más diez ayillos o linajes, viajaran del Collao a las próximas sierras de Paruro, y al cabo de largas estaciones prosiguieran su marcha la Cuzco?

La objeción de que las memorias primitivas, según Gennep ha probado, no persiste más de cuatrocientos años, y que así no han podido los Incas retener el recuerdo de esta emigración, es singularmente ociosa y contradictoria en el presente caso, porque la cronología de las civilizaciones peruanas que Uhle reitera con tan gran ahinco, supone la decadencia final y ruina de Tiahuanaco, con el término de la pura influencia atacameña, hacia el siglo XII de nuestra era⁵⁶; y de seguro que por entonces, o muy poco después, ocurría el establecimiento de las tribus incas en el valle del Cuzco.

No atinamos a comprender tampoco el afán de impugnar que los primeros Incas se intitularan tales, contra la autoridad expresa de los analistas, que así los denominan. No es menos antojadizo el completo salvajismo con que se complace en acriminar a Manco y sus compañeros,

⁵⁵ Uhle, *Origen de los Incas*, pág. 326.,

⁵⁶ Uhle, *Arequelología de Arica y Tacna*, (*Bol. de la Soc. Ecuatoriana*, tomo III, 1919).

Por las particularidades de sus fábulas, se ve que tenían animales domésticos (*el napa*), vasos de oro (*tupacusi*), semillas sagradas, vestidos preciosos, armas arrojadas e insignias religiosas (*súntur - páucar* y *túpac - yauri*), que miraban en agujeros y estrellas, y que practicaban un conjunto de ritos complicados⁶⁷, como conviene a sucesores de una barbarie teocrática, según hubo de ser la de Tiahuanaco.

Topamos en Uhle razonamientos por demás inconexos. Asevera que los Incas, por adorar momias e infinidad de santuarios o huacas, y ejecutar sacrificios humanos, no pueden ser continuadores de los antiguos tiahuanacuenses. ¿Tan seguro está Uhle de que la materna civilización del lago no era politeísta, ni veneraba a los difuntos, ni ofrecía sangre humana a ninguna de su deidades? Hay muchas otras razones de igual fuerza y pertinencia. Bien estará que las dejemos, por ser superfluo y poco caritativo encarnizarse en tan extremas debilidades. Oponerlas a la evidentísima filiación de los Incas, ejecutoriada con pruebas de tanto valor, parece género de ceguera incurable o gana de perder al tiempo.

La cuna de la stirpe incaica en el Titijaja es uno de los pocos puntos esclarecidos, con toda especie de congruencias y verisimilitudes, en la crepuscular protohistoria del Perú. Los Incas no son por cierto los constructores de Tiahuanaco, y nadie ha proferido este dislate, porque hay que distinguir larga sucesión de tiempos y generación de estilos; pero no hay inconveniente alguno para afirmar que son los Incas vástagos, herederos y restauradores legítimos de la cultura megalítica, que floreció en el Collao y en Tihuano culminó.

⁶⁷ Consúltense principalmente los citados Betanzos, Cobo y Sarmiento de Gamboa.

IV

LOS INCAS FUERON DE RAZA Y LENGUA
QUECHUAS

No usaban los Incas la deformación de la cabeza peculiar a los Aymaraes, ni el *chuco* o bonete colla. En cambio, los distintivos incaicos del *llauto* y los zarcillos en las orejas les eran comunes con los Cahuinas y Acomayos, Urcos, Tampus, Yucayes, Muynas, Ayarmacas, Quispicanchis, Cotabambas, Cotaneras y Huamampallpas, todos de raza quechua. Ocupaban el primer puesto en la confederación de las naciones quechuas, de que tan claros indicios quedan en los anales de los primeros soberanos cuzqueños. La llamada Quechua por antonomasia, solicitó la protección de los Incas, cuando los Chancas, congéneres de los Collas, atacaron la provincia de Andahuaylas. En fin, los Aymaraes del Titijaja fueron siempre los más crudos e irreconciliables enemigos del poderío incaico⁵⁸.

Para haber escogido e impuesto el quechua como idioma oficial del Imperio, no hay más explicación plausible sino que lo reputaban propio y nacional. Verdad es que los Incas tenían una lengua peculiar y cortesana, con la que se comunicaban entre sí, y que "no era lícito a los otros indios aprender"⁵⁹. Sobre esta lengua particular de los Incas se ha fantaseado muchísimo; y algunos la han declarado sin más aymara. El estudio de sus pocos vocablos conocidos, empredido por Markham, no confirmó lo que éste se proponía. En cambio, poseemos el parecer

58 Pude comprobarse todo esto en Cieza de León, Sarmiento de Gamboa, Cobo y el almagrista Cristóbal de Molina.— Reléanse los capítulos XV y XXIII del Libro Cuarto de los *Comentarios Reales* de Garcilaso (Primera Parte). Los ayillos de las provincias, quechuas por excelencia, de Cotabambas y Cotanera, eran, como los Cahuinas y todos los inmediatos al Cuzco, *orejones* netos: poseían las insignias incaicas del *llauto* y los zarcillos, y se trasquilaban la cabeza (*Comentarios*, *ibidem.*, cap. XXIII).

59 Garcilaso, *idem*. Libro VII cap. I.—*Relaciones Geográficas de Indias*, tomo II. págs. 7 y sgts.

del Inca D. Alonso Túpac Atau, que debe ser decisivo, y que atestiguó ser el *dialecto cortesano* el mismo propio del distrito de Pacaritambo, de donde eran originarios los Incas⁶⁰. Y hay otro texto importantísimo, en la *Relación del Oidor D. Fernando de Santillán*, por el que se expresa que el idioma *particular y natural* de Pacaritambo fue el quechua⁶¹. De donde en buena lógica se infiere que el lenguaje privativo de los Incas, fue la variedad dialectal quechua hablada en su región solariega de Pajarejtampu. Muy lejos está de invalidar la conclusión, el debido examen de los apelativos de los Ayar. Nadie, a no estar irremisiblemente ofuscado, negará que Ayar se ha de deducir de la raíz quechua *aya* (muerte, difunto, antepasado); y que *auca* (guerrero), *uchu* (ají) y *cachi* (sal) son las palabras más castizamente quechuas que pueden imaginarse⁶².

En cuanto a la etimología aymara de *Manco* (curaca o capitán), exhibida en son de triunfo con inaudita algazara, ha de observarse que, sin ser ella improbable, la afinidad fonética extrema entre el aymara y el quechua, por la que infinidad de raíces, iguales en ambos idiomas, adquieren significados diversos, nos obliga a buscar antes las homofonías quechuas. Y hallamos dos correspondientes al aymara *mallco*. Puede en quechua indicar un pájaro, el pollo de la paloma torcaz; y no sería de aplicación desatinada a un nombre propio, pues eran totémicos o derivados de animales, y consta que Manco llevaba un pájaro augural, que Sarmiento califica de *inti*. O puede significar también una hierba, de las que solían los peruanos incacos adoptar como apellidos; y es una especie de altamisa, que hasta ha determinado la denominación de un pueblo

⁶⁰ Cobo, Libro XII.

⁶¹ *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas*, publicadas por D. Marcos Jimenez de la Espada (Madrid, 1879).

⁶² No se olvide que se llamaban *ayarmancas* los indios incas, de lenguaje quechua, que vivían inmediatos al Cuzco, por el lado meridional, cerca del pueblo de las Salinas (Garcilaso, Primera Parte, Libro Primero, cap. XX).

en la provincia de Lucanas. Si Ayar Cachi y Ayar Uchu se llamaron indudablemente así por los nombres quechuas de alimentos y condimentos, ¿qué repugnancia hay para que Manco provenga de la voz quechua de un totem, ave sagrada o planta, análogo a Sairy, Cuca, Oca, Llama, Puma o Huaman?⁶³. Pero sea de ello lo que quiera. Dejemos las extremosidades a la tesis aymarista; y demos de barato que Manco tenga por insustituible etimología el *mallco* aymara. No bastaría esta circunstancia para prevalecer contra los argumentos que convencen del quechuísmo de los Incas. Los Aymaras, en la época de su hegemonía y grandes invasiones, han tenido que imponer palabras en los diferentes dialectos quechuas, como lo hicieron los Etruscos en el Lacio y la Campania, los Sarracenos en España y los Germanos en el Occidente romano. Pretender que los Incas hablaron lengua aymara, porque pudieron recibir de ella la contaminación de algunos nombres, equivale a sostener que los Latinos e Itálicos adoptaron el etrusco, los Castellanos Viejos y Asturianos el árabe, y los Galo-romanos el franco y el burgundio.

Si queda demostrado que los Incas hubieron de ser continuadores de Tiahuanaco, y de estirpe e idioma quechuas, el silogismo se completa fácilmente.

V

NO PUEDE PROBARSE QUE LOS AYMARAS, POR CULTURA Y LENGUA, SEAN MAS ANTIGUOS QUE LOS QUECHUAS.

Desde el punto de vista antropológico, aunque los Quechuas se parezcan a los Collas, son bastante menos groseros y rudos que éstos. Tienen las extremidades menos cortas, a menudo superior índice cefálico, las faccio-

⁶³ Véanse los nombres de los ayllus incaicos en Sarmiento de Gamboa, cap. XI.

nes más regulares, la cara no tan redonda y chata, sino casi ovalada. Su mayor perímetro torácico, habida cuenta de que son por lo general de estatura menor que los Aymaras⁶⁴, descubre que han debido adaptarse por más largo tiempo a vivir en alturas, no obstante que su nombre quiere decir *habitantes de tierra templada* y que los Collas ocupan ahora el altiplano.

La pretendida superioridad en música, bailes y tejidos, con que Uhle y Emilio Romero han galardonado a los Aymaras⁶⁵, proviene de haberlos comparado exclusivamente con los quechuas de Puno, que no son sino aymaras degenerados y quechuizados. Cuando se llega al Sur de Bolivia, o al Centro y Norte del Perú, los resultados son muy diferentes, y del todo favorables a los Quechuas.

Los panegiristas de la primacía aymara hacen sobre todo hincapié en la riqueza y abundancia de la lengua. Riqueza superflua y bárbara; abundancia de sinónimos, de formas verbales, de nombres de parentela⁶⁶. Exuberancias semejantes poseen en América muchos idiomas salvajes, como los de los Pielas Rojas, el tupi, el guaraní, los numerosos dialectos caribes y el mapuche. Precisamente se deben a defecto de abstracción, a la carencia de ideas generales. Si por la variedad de sinónimos hubiera que graduar el habla de las naciones, habría que reputar el árabe clásico como producto de una civilización muy superior a la del griego antiguo y a la del francés moderno. Y en efecto, por esta vía no tiene Uhle rebozo en insinuar la excelencia del aymara sobre el castellano⁶⁷. Criterio tan ingenuo tiene que conducir a los más crasos errores. Tal

64 G. Rouma, *Quitchoous et Aymaras* (1913). Hay que adicionarlo con las medidas de D'Oryigny, Chervin y David Forbes.

65 Uhle, *Posición histórica de los Aymaras* (La Paz, 1910).—Emilio Romero, *Monografía del Departamento de Puno* (Lima, 1928), págs. 172, 213 y 217.

66 El aymara mira, más que el quechua, al parentesco femenino y filiación materna, y a particularizar los nexos; muestras de un estado social más bajo, próximo al matriarcado primitivo o promiscuidad.

67 Uhle, *Origen de los Incas*.

género de filólogos no atina a darse cuenta de que el carácter del idioma aymara, mucho más concreto y arcaico que el quechua, lo que prueba es la primitividad y barbarismo de los Collas, su rudimentaria cultura, lo moderno y reciente de su dominación. El arcaísmo suele ser propiedad lingüística de un pueblo joven. El árabe, con su género dual, representa una civilización muy posterior a la hebrea, la asiria y la etiópica, que descuidaron pronto aquella complicación gramatical, tan usada en las sociedades incipientes. Porque el lituano se aproxime al sánscrito y al ario primordial, no vamos a estimar la antigüedad de Kavno mayor que la de Atenas, Olimpia o Roma. Porque el latín, a diferencia del griego, conserve la s y k iniciales del ario (*septem, quinque*) y el ablativo singular, no se sigue de aquí que los Escipiones y César fueran precursores de Pericles y Alejandro. Porque los idiomas eslavos y germánicos sean mucho menos analíticos que los romances, no hemos de admitir que la civilización medioeval alboreara en las riberas del Niemen y del Elba antes que en las del Sena, del Tíber o del Duero. Porque el italiano, el español y el portugués recuerden más que el francés la materna lengua latina, no hemos de negar la supremacía francesa en armas, artes y letras, durante lo más de la Edad Media. Los ejemplos en este punto serían innumerables. Como en mi hipótesis los Aymaras vivieron relegados, cuando el esplendor de Tiahuanaco, en los lejanos confines de Carangas, Lípez y Atacama, es muy explicable que en su aislamiento fronterizo retuvieran formas anticuadas. Al revés, el pulimiento relativo del quechua supone largos siglos de organización y actividad social.

Como casi siempre en Uhle, su sistema filológico encierra una grave implicación. Procura demostrar la anterioridad de los Aymaras por acercarse más su lengua que la quechua a la presunta madre común. Mas por otra parte niega la comunidad radical de la aymara y la quechua,

que considera del todo independientes en su origen y fonética, tan sólo *paralelas*, con una *analogía general* y un mero *préstamo* de voces superficial y externo. Es ocasión de exclamar: *concertadme esas razones*. Una tesis devora por fuerza a la otra. Si los dos idiomas son en lo fundamental y originario extraños entre sí, no puede hablarse de etapas comparativas en su evolución, ni de precedencia del uno respecto del otro, pues falta la común medida, y es absurdo computar la distancia a que se hallan de un tronco que en el supuesto no existe.

Las observaciones y elementos en que estriba este contradictorio aparato, no pueden ser más frágiles. Una de las pruebas de la famosa independencia absoluta de las dos grandes lenguas andinas, consiste en que el pronombre *quien* se dice en quechua *pi* y en aymara *ji*. A esta cuenta, ningún parentesco reconocerá entre el griego y el latín, porque en primero es *tis* lo que *quis* en el segundo. Otra aserción doctoral es que los miembros del cuerpo humano llevan en quechua y aymara nombres irreductibles. Nos parece que los ojos y las rodillas forman parte del cuerpo. ¿Será para la lingüística tan imposible rastrear el vínculo entre la designación quechua *ñabui* y las aymaras *nayra* y *mami*, o el de *jóncor* y *joncuru* respectivamente? No insistimos en más obvias colaterales, como verbigracia *cocha*, que es *laguna* o *mar* en quechua, y *cota* que lo es en aymara y en cauquí; *chaupi*, mitad o en medio en quechua, y *taypi* en aymara, *huambra* y *mambra* (muchacho), *huqui* y *muqui* (húmedo), *milma* y *millhua* (lana), *rupa* y *lupi* (calor), *páucar* y *paucara* o *pancara* (ameno), etc., etc. Obsérvese que, aunque la forma quechua sea por regla general la breve, y la aymara la larga, esto por sí no decide lo tocante a la paternidad u originalidad de las de mayor vocalismo, pues hasta pueden ser derivadas por prolongación, como hoy se acepta para las indoeuropeos (Federico Müller). También en nuestro ro-

mance castellano, las formas breves medioevales se han alargado en la lengua clásica.

No el veinte por ciento del vocabulario, como lo tasa Uhle, sino hasta más de treinta, en sentir de D. Juan Durand, que conocía bien ambas lenguas, es perfectamente igual en ellas⁶⁸. Para lo restante, las semejanzas fonéticas y las derivaciones lógicas son numerosísimas. Su interdependencia, en lo general indudable, puede recibir mucha luz del estudio de los varios dialectos en que, recíprocamente quechua y aymara, uno con el otro, se matizan y combinan. El *chinchaysuyo* o *chinchaysimi*, por ejemplo, participa, en diversos grados, del quechua cuzqueño, del aymara y del puquina; y aun quizá del costeño mochica (Villar). Se halla para con el quechua, en la relación que el portugués con el castellano. Uhle ha resuelto por sí que el *cauqui* o ajaro de *Tupi* es puro aymara. Tello, voto de calidad, por ser natural de Huarochirí, opina que representa aproximadamente una supervivencia más alta y remota, el tronco de los demás idiomas serranos, la lengua madre de toda la región andina⁶⁹. Descúbrase o no esta lengua madre, dondequiera que sea, se hace cada vez más improbable e ilógico que se confunda con la aymara actual, porque las arcaicas tienden a morir pronto, se recluyen en áreas muy estrechas, y no coexisten, en la notable amplitud que la aymara ofrece, con las propias lenguas y dialectos nacidos de su inmediata descomposición. Fácil sería alegar ejemplos de tal ley, en todas las partes de mundo, y no vemos porqué había de ser el Perú la única excepción.

El aspecto de las variedades dialectales en la sierra central del Perú, oscilantes del quechua al aymara⁷⁰, au-

68 Juan E. Durand, *Etimologías peruanas* (La Paz, 1921), págs. 55 y sgts.

69 Tello, *Antiguo Perú*, Vol. I, pág. 98.

70 Véase, entre otros, el estudio sobre el *chinchaysimi*, Ms. existente en la Biblioteca de la Universidad de San Marcos y publicado por Vara Cadillo en la *Rev. Hist. del Perú*, años 1918 y 1919.

toriza a suponer una antigua lengua común, intermedia entre la quechua cuzqueña y la moderna aymara, y que no hemos vacilado en calificar de *paleoquechua*. Esa prodigiosa diversidad de hablas provinciales (*habuasimi*), que desesperaba a los misioneros españoles, "porque casi cada cacique tenía la suya", "y en muchas partes cada pueblo"⁷¹, se reducía, como en los casos de la *chumbivilca*, la *huanca* y la *cabuana*, a profundas pero meras divergencias dialectales. Eran de la misma estirpe, con el mismo organismo gramatical y fonético, y vocabularios no muy desemejantes, según puede comprobarse en las no pocas que subsisten, y en los vestigios de otras por la onomástica. Un texto, al que no se ha atendido debidamente, lo establece, sin dejar resquicio a dudas, poco tiempo después de la Conquista. Dice el resumen de las *Informaciones de Vaca de Castro* que las más de las lenguas del Cuzco a Quito "Son allegadas a la quechua, como la portuguesa o la gallega a la castellana"⁷². Otra autoridad de extraordinario peso es el P. Blas Valera, que escribe: "El general lenguaje del Cuzco no se diferencia mucho de los más lenguajes de aquel imperio"⁷³. Observa que en varias provincias, esta lengua general se halla "tan corrupta, que casi parece otra diferente". La transformación ha podido ser en bastantes casos anterior a la conquista incaica; y tal vez no andaba muy lejos de la verdad Valera cuando comparaba la posición del quechua en el Perú a la del latín en Europa⁷⁴.

Todo ocurre en suma, para la Sierra peruana, como si una onda lingüística homogénea la hubiera recorrido muchas centurias antes que los Incas; y la heterogeneidad o

71 *Relaciones Geográficas*, tomo II, y Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro V., cap. XIV.

72 *Discurso sobre la descendencia y gobierno de los Incas*, publicado por Jiménez de la Espada bajo el título de *Una antigualla peruana* (Madrid, 1892).

73 Apud. Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro VII, cap. II.

74 *Ibidem*.

segmentación hubiera ido luego acentuándose paulatinamente por la elaboración aislada de cada grupo, invasiones preincaicas, más o menos conocidas, y el artificial transporte de *mitimaes* en el postrer imperio. Porque datar la propagación del quechua en manera exclusiva desde este régimen incaico, sean cuales hayan sido su absolutismo y eficacia, es ya muy difícil para la toponimia de regiones como Quito y el Tucumán, que los Cuzqueños dominaron por tan breve plazo, y del todo imposible y aun absurdo para la constitución de dialectos formales o híbridos, existentes y adultos en las mismas cuando la conquista castellana, y en un medio de tan lenta evolución lingüística como lo acredita su casi perfecta inmovilidad desde entonces hasta el día ⁷⁵.

Cierto que el procedimiento del trasiego de poblaciones o *mitimaes*, empleado en tan larga escala por los Incas, enmaraña la cuestión. Pero los aymaristas han explotado la circunstancia con duplicidad sobrado ostensible. Cuando hallan núcleos quechuas espaciados hacia las fronteras, los atribuyen sin vacilar a colonias de los Incas; y aciertan a menudo. Pero cuando los hallan aymaras, no temen entonces ascender hasta la época de Tiahuanaco, aun cuando conste que hubo numerosos *mitimaes* collas y quechuas, establecidos por Huayna Cápac y su padre, desde la provincia de Palta, moderna Loja, hasta la de Quito. ¿Porqué estos dos criterios? *Cur tam varie?*

75 En esto de la implantación de los idiomas y producción de dialectos, Uhle procede con una cronología tan estrecha e inverosímilmente angustiosa como para la aparición y sucesión de los metales, que le ha objetado con gran tino Rivet en el Congreso Americanista de Goteborg, 1924 (*Elementos constitutivos de las civilizaciones del Noroeste y Oeste Sudamericano*).— El huella puede considerarse como una lengua híbrida del quechua en los confines del Tucumán. En el Ecuador, los Colorados y Cayapas del Guayas, hablaban idiomas emparentados antíguisimamente con el quechua, hasta en opinión de aymaristas acérrimos como Otto von Buchwald, quien aduce, en favor de su aserto, raíces ya desusadas en el habla cuzqueña (*Bol. Soc. Ecuat.* tomo I).

No le concedemos importancia mayor a la asendereada *Historia de Quito* del P. Velasco; pero es cuando menos curioso que reconozca el quechuismo preincaico (vol. II, pág. 54, ed. de 1841) de un país en que hay tantas huellas del estilo tiahuanacuense y de las tradiciones del dios Huiracocha, y en que la mitad de los nombres de lugares se explican por el quechua⁷⁶. ¿Qué pudo moverlo a tan especiosa mentira? Erró sin duda al atribuir idioma de familia quechua a los Caras, pero pudo confundirlos con los Quitos o sus predecesores⁷⁷. La asimilación con los peruanos incaicos, fue en aquellas comarcas admirable por rapidísima. Nombres, usos, armas modernas y antiguas, supersticiones; todo fue uniforme con el Cuzco. La terminación característica *cay*, en las localidades del Cañar, no puede ser más quechua.

Lo propio sucede en el Tucumán. Mientras que en el Norte de Chile predominan los términos aymaras⁷⁸, a me-

76 Algunas de las observaciones en contrario del Arzobispo González Suárez (Aborígenes de Imbabura y Carchi, Quito, 1916), son dignas de rivalizar con las de Uhle. Niega que Imbabura sea nombre quechua, por no existir en esta lengua la *b*, olvidando la ley de dulcificación del quiteño y demás dialectos septentrionales. Ignora etimologías peruanas tan claras como Hatuntaqui, Tupu, Cotacachi, Pacha Cuicocha y Caranquis. Cree caribe la partícula *pi* en Cayambi. Milagro que no abone el origen antillano o chibcha de las quechuismas toponimias Chimborazo Cumbe, Huaytara, Huayllabamba, Cachillajta, Quero, Tunguragua (de *Tuncur-buay*, sitio de la garganta), Urcuqui y Quito. No lo aventaja en tino filológico el buen Otto von Buchwald (*Bol. de la Soc. Ecuat.* tomo I, año 1918, pág. 248).

77 Los mismos que rechazan totalmente a Velasco (Uhle, González Suárez), suelen hacer caudal de Montesinos. Bueno será recordar que este escritor, aunque tan inseguro como el jesuita de Riobamba, tiene por tesis principal la existencia de un antiquísimo imperio quechua predecesor del de los Incas. Uhle utiliza en demasía a Montesinos para dudosas particularidades, sin hacerse cargo de su esencial afirmación.

78 No es cierto que, como ahora pretende Uhle, los nombres geográficos del Norte de Chile, Oeste de Bolivia y Sur del Perú sean en su totalidad atacameños (*Tacna y Arica, Bol. de la Soc. Ecuat.*, Enero de 1919). Son casi todos aymaras, según él mismo ha contribuido a probarlo en otras ocasiones; o mejor, son a la vez aymaras y atacameños, como lo explicamos arriba. La terminación *uma* del cerro Tuluma en Lipez, Viluma, Locumba, Cobija, vienen de raíces collas conocidísimas (*rucumpa* para los dedos; *cupi-sa*, de la derecha). También son aymaras Lipez y Potosí (Potochi); y Tacora (algarrobal). Iquique

didada que nos apartamos de la Cordillera al Oriente, y pasamos de Jujuy a la región calchaquí, advertimos una toponimia quechua tan honda y recia, que ha requerido para establecerse, el transcurso, no de escasas generaciones, sino de varios siglos⁷⁹. Narra Garcilaso⁸⁰ que el reino de Tujma se sometió espontáneamente al Inca; y que los embajadores de los nuevos y voluntarios súbditos recordaron “la fama y hazañas de los progenitores” del monarca cuzqueño, y le rogaron que emprendiera la conquista de Chile, país “de que tenían relación por sus padres y abuelos”. Diríase que se repite el caso de los quechuas de Abancay y Andahuaylas en un reinado anterior⁸¹; y que como ellos, solicitaban los Tucumanos alianza contra enemigos occidentales, que todo induce a suponer aymarizados. Es, pues, muy probable que se trate aquí también de centros quechuas, que se incorporan de grado, invocando tradiciones comunes. ¿No es acaso sugestiva la leyenda, si se toma en cuenta que las excavaciones hacen patente la duradera influencia de la civilización tiahuanacuense en el Tucumán?

Mucho más que tales coincidencias y conjeturas, contribuye a arruinar la tesis de la prioridad aymara el positivo conocimiento del tardío avance colla en las sierras de Bolivia y el Perú. En vano afirma Uhle que los Incas arrojaron a los Aymaras de Cochabamba. Lo averiguado

es duplicación aymara de “dormir”. Las desinencias en *cbuqui*, *chaqui* y *choque* son palmariamente quechuas o aymaras.

79 En obsequio a la brevedad nos limitamos a citar, entre mil, Chantamanta, Huicunorcco, Lorohuasi, Condorhuasi, Alpasinchi, Chañaryaco, Suriyaco, Catamarca Huaycama, Humaya, Pucará, Piscoyaco, Tulcamayo, varios Incahuasi y Cachi, Huachipas (huajchepa) Huacate; y junto a Mendoza, Huanacachi, Hichuna y Tupancatu. Definitivamente desacreditadas están las teorías de Ambrosetti sobre la originalidad y aislamiento de la cultura calchaquí. En las *Relaciones Geográficas de Indias*, (tomo II, pág. 148) se comprueba que los Calchaquíes, a más de la lengua diaguita hablaban la de los Chinchas del Alto Perú, que eran sus parientes próximos.

80 *Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro V, cap. XXV.

81 *Idem*. Libro II, cap. XVII.

es muy al contrario. Por las *Relaciones Geográficas de Indias*⁸² se ve que fueron los Incas los que llevaron collas al valle de Cochabamba, concediéndoles tierras para el cultivo del maíz y remedio de la esterilidad del altiplano. En cuanto a la provincia de Caylloma, fue invadida en el período preincaico, por el lado de Velille y el nevado de Collahuata; y estos collas “vencieron a los que eran naturales, y los echaron por fuerza, y se quedaron ellos”⁸³. Resulta, pues, que penetraron por el Noreste, y de allí se extendieron a Soras, Lucanas y los Chocorbos. Así el origen septentrional de los Aymaras, insinuado por Middendorf y Uhle⁸⁴, que los hacen venir del Noroeste por el Apurímac y Ayacucho, se resuelve en una ilusión, ya que, según atrás apuntamos, las infiltraciones aymaras en Yauyos, Junín y Chachapoyas se deben a reconocidas emigraciones del Sur⁸⁵. Estas pueden explicar, después de la caída de Tiahuanaco, las guerras y contactos de poblaciones collas con los Chinchas costeños, los cuales se jactaban de haberlas rechazado mediante hazañosas expediciones, rememoradas por Cieza, y calificadas harto severamente de mendaces por Garcilaso⁸⁶. No hay necesidad de admitir con Uhle la penetración directa de los Chinchas, en alianza con los Aymaras, hasta muy adentro de la Sierra y hasta el mismo Collao. Basta al contrario, y en consonancia con los tradiciones del valle de Chíncha, que, aun sin pasar de Huaytara, se hallaran en relación de hostilidad con efectivas naciones collas, pues la aymarización de Chancas, Pocras, Morochucos, Lu-

82 Tomo II, pág. 58. Confirmado por Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro VII cap. I.

83 *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo II, pág. 40.

84 Uhle, *Posición histórica de los Aymaras*.

85 *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo I, pág. 61 y sgts. Descripción de Yauyos por el corregidor D. Diego Dávila y Briceño.—Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro V, cap. XXVI.

86 Cieza, *Crónica del Perú*, cap. LXXIV; Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro VI cap. XIX.

canas, Soras, Chocorbos y Huancas, y de las punas de Choclococha y Paucaray, es un hecho indiscutible. La leyendaria conservación de tales contiendas las aproxima a la edad de los primeros Incas, y veda situar la emigración aymara de Ayacucho y Huancavelica en los tiempos del apogeo del primitivo Tiahuanaco.

Si los Aymaras hubieran sido los constructores de Tiahuanaco, la ruina y abandono de su capital sagrada habría coincidido con la decadencia de su poderío y el abatimiento de su raza. "El mundo peruano, como escribe Uhle, se habría rehecho de las influencias excesivas de la raza aymara"⁸⁷. Y bien al revés absorvamos que cuando Tiahuanaco yacía inconcluso y desolado, y huían perseguidos los Huiracochas, alcanzaba la nación de los Collas su mayor expansión y pujanza. Entonces el Chuchi Cápac o Colla Cápac ensanchaba sus dominios, según Sarmiento, desde veinte leguas del Cuzco hasta los Chinchas o Charcas, y desde Arequipa y Atacama hasta los Mojos; y, según Cieza, Zapana, el Príncipe de los poderosos Hatuncollas, se disponía a subyugar el Cuzco⁸⁸. Entonces los de la vanguardia aymara, o sean los Chancas, conquistaban Chuquibamba, y despojaban del valle de Andahuaylas y otras provincias a los Quechuas, cuya gran antigüedad garantiza el propio Cieza⁸⁹. No eran los Aymaras a la sazón los decaídos, sino los dominadores, que avanzaban formidables dondequiera, apenas contenidos, al Este y Oeste, por Incas y Chinchas.

En virtud de estas circunstancias y todas las demás que en la presente disertación compendiamos, parece lo verisímil que fueran los Aymaras los destructores de Tia-

⁸⁷ *Origen de los Incas* pág. 329.

⁸⁸ Sarmiento de Gamboa, cap. 37;—Cieza, *Señorío de los Incas*, cap. XXXVI.

⁸⁹ Cieza, *Crónica del Perú*, cap. XV.— Véanse también Betanzos, *Suma y narración de los Incas*, cap. VI; y Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro IV, caps. XV y XXIII.

huanaco; y que los acosados Incas y Quechuas fueran los herederos, más o menos directos, de aquella antigua y eclipsada civilización, por los mismos al cabo restaurada.

VI

EL IMPERIO INCAICO

Ensayo fechado en diciembre de 1930 y escrito por Riva-Agüero como prólogo al libro El Imperio Incaico, de Horacio H. Urteaga, Lima, 1931, pp. XI-XX; apreció luego en El Comercio, de Lima, el 4 de enero de 1931, p. 4, y en Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos), Lima, 1937, T. I, pp. (221) - 234.

EN este sugestivo y substancioso libro, mi amigo el reputado historiógrafo Dr. D. Horacio H. Urteaga me dispensa el honor de prohiar algunas de mis teorías. Es la primera y para mi más importante, entre las varias que formulé hace bastantes años, la del quechuísmo del primitivo imperio del Tiahuanaco, que apellidaré imperio *Paleoquechua*, por evitar la confusión lamentable en que incurrió Uhle al atribuirme (*Orígenes de los Incas*, Congreso de Americanista de Buenos Aires, 1910) la pueril creencia de ser *incaica* la civilización tiahuanacuense. Ni el Dr. Urteaga ni yo sostenemos tan extravagante doctrina. Lo que en este punto opinamos —y es muy diferente de la antojadiza suposición de Uhle a nuestro respecto— se resume en que la civilización de Tiahuanaco, a lo menos en su época clásica, de expansión y apogeo, *no pudo ser aymara* o *colla*; que es muy probable que la engendraran y desarrollaran pueblos íntimamente emparentados por lengua y sangre con la familia actual quechua, aunque es claro que en un estado filológico anterior al del idioma general difundido por los incas (*paleoquechuísmo*), y que el im-

perio incaico o *neoquechua* vino a representar, al cabo de una larga evolución, y de invasiones y vicisitudes indicadas por la arqueología y las tradiciones de los cronistas, *el renacimiento y último fruto de la cultura de Tiahuanaco*.

Expuse por primera vez los fundamentos de estas opiniones mías en los estudios sobre Garcilaso, publicados por la *Revista Histórica* desde 1906 (tomo I, trimestre IV). Los reproduje en mi libro *La Historia en el Perú* (Lima, 1910). Envié, por esos mismos tiempos, una abreviada y particular formulación de la hipótesis, al Congreso Científico de Santiago de Chile. Amplié y reforcé los argumentos principales en mis lecciones universitarias de Mayo de 1918. Insistí, agregando algunas consideraciones, en las páginas 17 a 30 de la Introducción de mi folleto acerca de las relaciones entre la comarca santanderina y el Perú (Santander, 1921). Compuse sobre la materia una memoria especial, que he presentado al Congreso Histórico de Sevilla este año y que se ha de imprimir muy pronto. En consecuencia, debo limitarme aquí a indicaciones sumarisimas, comenzando por las razones menos contundentes, yendo en progresivo orden probatorio, y condensando los resultados de mis citadas exposiciones y los trabajos de diversos etnólogos concurrentes al mismo fin.

I.—Los collas o pseudo-aymaras, como sus congéneres los atacameños (y aun es cierto que los mismos quechuas modernos; ya apuntaré después porqué), se enterraban en cuclillas; y los genuinos enterramientos del Imperio de Tiahuanaco presentan con frecuencia los cadáveres en sentido horizontal.

II.—Muchas momias en Tiahuanaco no son aymaras, sino ostensiblemente quechuas, sobre todo en la necrópolis llamada del Norte, según lo ha patentizado Hrdlicka.

III.—La época reconocidamente colla produjo grosera alfarería y construcciones funerarias denominadas *chulpas*, mientras que la floreciente de Tiahuanaco se caracterizó

por una peculiar y lujosa cerámica, y estupendos edificios muy desemejantes de aquel estilo posterior de las chulpas collas o aymaras.

IV.—Las figuras tiahuanacuenses no ofrecen con evidencia la deformación craneana aymara (D'Orbigny), y empuñan como arma la estólica, mientras que los collas y atacameños empleaban el arco.

V.—La divinidad del gran lago, creadora y protectora de Tiahuanaco, no lleva nombre aymara sino quechua, pues se llama Huiracocha y jamás Huiracota; y consta que el dios colla equivalente, Arnahuan o Tahuacapa, fue moderno, adventicio y enemigo del primero.

VI.—Los collas no se tenían por aborígenes de Tiahuanaco, sino que recordaban su venida del Sur y del Este, como expresamente se consigna en las *Relaciones Geográficas*.

VII.—La ciudad de Tiahuanaco fue violentamente destruida, aun antes de acabados sus templos; y su destrucción coincide con la expansión aymara hasta cerca del Cuzcò y de Chíncha, que penetró de un lado en tierras quechuas y de otro en colindantes con yungas costeñas, por una edad no muy alejada de los orígenes incaicos. Y no parece verosímil suponer que los collas arruinaran su propio santuario, precisamente en la época de su mayor poderío y pujanza.

Todo arguye, pues, que los destructores del antiguo Tiahuanaco fueron los invasores meridionales o *caris* mencionados con suma claridad por Cieza, los indudables forasteros collas, que se identifican, por mil particularidades e inferencias, con los atacameños de Uhle.

Al grande pero arbitrario arqueólogo Max Uhle, le ha ocurrido, con esta inmigración atacameña, que él ha puesto en tanta transparencia y resalto, percance semejante al que según la Biblia le ocurrió al profeta Balaam. Determinado a maldecir a los hebreos, Dios hizo que trocara sus denuestos

y escarnios en bendiciones. No de otro modo, los descubrimientos y las conjeturas de Uhle, en su mayoría acertadas, sobre la acometida de los *caris*, venidos desde Atacama contra Tiahuanaco, han desvirtuado y desvanecido enteramente sus apologías de la inmemorial cultura aymara en el Collao y los desdenes contra la raza quechua, que son de ver en sus conferencias y artículos de 1910. Porque si queda probado que los bárbaros de Carangas, Potosí y Atacama se establecieron en Tiahuanaco, devastándolo y que nada diferencia a estos *caris* de los presentes aymaras o collas, habrá por fuerza que acudir, para explicar la primitiva y homogénea civilización andina, a la gran stirpe quechua, cuyas tradiciones, cuyos mitos y cuyo idioma dan razón de esa arcaica homogeneidad y de su tardía recomposición bajo los incas. Puede afirmarse que dondequiera que se hallen las huellas de la religión de Huiracocha, perseguida y acosada por los invasores del Collao, allí también se advierten restos arqueológicos del estilo de Tiahuanaco, y toponimias quechuas o muy afines, hasta en el centro del Ecuador.

La lengua de este primer imperio de la Sierra no fue ciertamente el mismo quechua que ahora se habla y que usaron los incas, porque el largo transcurso de tiempo y la existencia de numerosos dialectos suponen una considerable transformación idiomática; pero hubo de ser el precedente inmediato y el tronco del quechua incaico, hoy subsistente. Sólo así se hace inteligible el singular panorama lingüístico del Tahuantinsuyo a raíz de la conquista castellana: la indudable existencia de dialectos e híbridos quechuas, no ya en el centro sino en las fronteras del imperio, lenguajes quechuzantes en los extremos del Tucumán y entre los colorados, cayapas y quillacingas de Quito, que no pudieron originarse con la efímera dominación de los incas en tan remotas fronteras.

Idioma colateral, hermano pero no progenitor del quechua, es el colla o aymara de Bertonio. Me parecen desatinados los esfuerzos de Uhle para probar la filiación directa entre los dos, que para colmo de abismática contradicción, niega en el propio estudio¹. Si el aymara fuera la lengua madre, la hablada por los constructores de Tiahuanaco, no se habría mantenido con tanta extensión y arraigo en su mismo foco, y coetánea al lado de las derivadas, a pesar de tantas transmigraciones y catástrofes, paladinamente demostradas por la arqueología y las crónicas. Su arcaísmo y primitividad indiscutibles no significan troncalidad y primacía en el tiempo, sino inferior desarrollo, mayor barbarie social, como ocurre con el latín en lo tocante al griego, el sardo respecto al toscano, y el lituano para con todos los procedentes del ario. Las formas largas de las raíces aymaras no prueban por sí solas, como creyó Juan Durand, su anterioridad a las pseudo-apócopes quechuas, pues la teoría de la ineludible abreviación radical se halla hoy muy desacreditada con la observación de las indo-europeas y en especial las romances.

Para mí el aymara no es un protoquechua, sino un consanguíneo suyo, retrasado e invasor, como en habla y costumbre lo fueron los germanos en las tierras latinas durante la primera Edad Media de Europa. Su procedencia del Sudoeste, y en época relativamente próxima, se demuestra con los textos de los historiadores y en especial con los de las *Relaciones Geográficas*. Por éstas vemos que los collas de Cochabamba, de Yauyos y de Quito fueron modernas colonias, *mitimaes* de los incas; y que los collaguas en Caylloma representan la última etapa de la conquista colla en Canchis y Canas, natural camino para quienes se habían apoderado del Collao. Y por Garcilaso,

¹ Posición Histórica de los Aymaras en el Antiguo Perú.— Conf. en la Soc. Geo. de la Paz, XVIII Congr. de Am. 1910. (Bol. de la Of. de Est. II., Nos. 58-60).

Cieza y otros se induce que la semiaymarización chanca del valle de Andahuaylas no remonta sino a los tiempos de la segunda dinastía incaica, pues fue contemporánea de Inca Roja, y traía camino del poniente, partiendo de las punas de Choclococha y de Chuquibamba de Condesuyos, confinantes con las ya sojuzgadas comarcas de Lucanas, Cabana y Caylloma; y que los aymarismos de huancas, huánucos y chachapoyas provienen del éxodo de los chancas bajo el Inca Huiracocha.

El arrinconamiento de los quechuas, estrechados al Sur por los collas y al Oeste por los chancas —parientes de los collas, y que fueron como el ala izquierda moveliza y más rápida de su tremenda invasión— se descubre palmaria aunque inconscientemente en los relatos de Garcilaso. Por eso admito, de acuerdo con el Dr. Urteaga y como de la mayor verosimilitud, que es infiltraran gentes, clanes, usos y nombres aymaras, en tan revueltos tiempos, hasta las márgenes del Apurímac y del Huilcamayo, perturbando o desalojando parcialmente la civilización de la “muy antigua nación quechua”, según la llama Cieza. Esta colonización o contaminación aymara ha debido de producir cierta variación en los ritos fúnebres, como lo insinué arriba, por más que el enterrar en cuclillas estuvo muy difundido en todas las regiones y épocas del Perú autóctono, hasta en las primitivas culturas costeñas. También la invasión puede invocarse para las semejanzas de algunas ruinas del Urubamba, como Písaj, con el estilo de las chulpas; y para cierta onomástica de tribus y localidades cuzqueñas. Mas en todo esto, y muy particularmente en las etimologías, hay que ir con gran parsimonia y prudencia, a fin de no caer en las clamorosas exageraciones de los aymaristas. Yo no creo ni siquiera que los canchis y canas fueran por entero de raza colla, sino quechua-aymaras, o sea poblaciones mixtas, influídas y domeñadas por los conquistadores del Collao. Su toponimia, sus tra-

diciones relativas a la huida de los *huiracochas* de vestidos anchos, y la arrogancia y dureza advenidizas de sus curacas, notadas por Cieza (*Crónica del Perú*, Caps. XCVII y XCVIII), así parecen confirmarlo.

En cuanto a los *laris*, *pojes* y *huallas*, precursores de los ayillos incaicos en el asiento del Cuzco, no tengo por tan indudable que sus denominaciones sean aymaras; y me corrobora en la conjetura de que pudieran ser de lengua quechua, la opinión de Luis Valcárcel², que es, con Urteaga y conmigo, didicido y razonado partidario de la tesis del paleo-quechuismo tiahuaquense o megalítico, apenas columbrada y bosquejada por Angrand.

Para la explicación del nombre Manco no hay porqué acudir cerradamente al aymara, cuando la raíz *mallcu*, que el mismo Middendorf reconoce en calidad de primordial, existe en quechua con levísima e insignificante diferencia, y a mayor abundamiento con acepción duplicada, pues significa, ya polluelo de ave, ya una hierba, como el totemismo lo exige, siendo sabido que hay totemes animales y vegetales. Además, *malju* significa, por metáfora, adolescente, mozo, en sinonimia con *huayna*. Consta que el ídolo particular de Manco era un pájaro apellidado *inti*, y que el famoso adoratorio de Huanacauri se cifraba en una piedra representativa de uno de los hermanos Ayares y en íntima relación con el culto antropomorfo de Huiracocha del Collao. Precisamente junto al cerro de Huanacauri se reverenciaba el lugar de Huiracocha-cancha.

Estoy de perfecto acuerdo con el Profesor Urteaga en la efectiva existencia e histórica personalidad de Manco. No hay que hacer caso alguno de las denegaciones de González de la Rosa, infundadas y caprichosas como su-

² Valcárcel me asegura que en genuino quechua *lari-lari* significa gente sin gobierno; *poke* o *poje*, primerizos o poco desarrollados, y en esto tiene como sinónimo la raíz *kolla* que quiere decir lo mismo; y *hualla*, fundador u originario; etimologías luminosas para el quechuismo del Cuzco primitivo.

yas. Con las Informaciones del Virrey Toledo quedó archiprobado que el relato de los cuatro Ayares no es un *mito*, sino una *leyenda*, con sólido y copioso fundamento real. Manco no es una figura imaginaria, no es *epónimo* en el sentido de ficticio, porque hubo un caudillo vencedor en la emigración y rivalidad de los cuatro clanes (hacia mediados del siglo XI de la Era Cristiana); y su nombre se preceptuó como individual, con vástagos agrupados en cofradía o *panaca* genealógica, igual a las de los monarcas posteriores, y con culto privado, semejante al de éstos, limitado a su ayllu peculiar, acomodado a un héroe o progenitor auténtico, y no el público o general, como habría correspondido a una advocación solar o a un númen naturalista.

No entraré en sutilizar sobre los ayillos incaicos, como lo hacen con innegable competencia los eruditos Latcham, Valcárcel y Urteaga. Sólo diré que dichos ayillos me parecen del todo agnaticios, o sea atentos meramente a la descendencia varonil y para nada a la uterina. Lo mismo ocurre con todos los linajes quechuas; y los vestigios del matriarcado o promiscuidad primitiva se hallan más bien entre los aymaras, cuya lengua posee términos sobreabundantes para la filiación y parentela femeninas. En vista de los explícitos textos de la información ordenada en el Cuzco el 4 de Enero de 1572 por el Virrey D. Francisco de Toledo, creo inobjetable la identificación de los Allcahuizas con la tribu de Ayar Uchu, y probabilísima la de los Sahuasiray y Antasáyaj con los otros dos restantes ayares. La osada negativa de Uhle sobre el primer punto (*Origen de los Incas*, Congreso de Americanistas de Buenos Aires) no sirve sino para demostrar su aceleramiento y ofuscación en la materia.

El quechuísmo de los incas y su procedencia del Titiyaja, en alto grado significativa para la teoría que sustentó, constituyen, mal que le pese a Uhle, dos tesis irre-

fragables e indisolubles. La *lengua secreta* o privativa de los incas, de que habla Garcilaso (*Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro VII, cap I), existió indudablemente; pero jamás escribió ni imaginó Garcilaso que fuera aymara. Es ésta una falsa suposición del desaprensivo Middendorf, desbaratada con el estudio de Markham, y los textos concordantes del Padre Cobo y Santillán. El P. Cobo supo, de labios de D. Alonso Túpac Atau, descendiente de los últimos soberanos, que el idioma secreto incaico no era sino el dialecto de la región solariega de Pacaritambo, en la actual provincia de Paruro; y el Oidor D. Hernando de Santillán, en el párrafo segundo de su célebre relación, afirma que la lengua particular y natural de aquel lugar de Pacaritambo era quechua. No existe, pues, la menor incertidumbre: el peculiar idioma incaico en realidad fue, como tenía lógicamente que ser, la variedad dialectal quechua del lugar originario de las cuatro tribus o Ayar. Dichas cuatro tribus representaban el núcleo de los orejones o *incas*, y tales clanes en su conjunto, unidos a los primitivos confederados, y todos ellos quechuas, componían los llamados *incas de privilegio* descritos por Garcilaso, casta superior consanguínea, milicia especial, nobleza conquistadora y hereditaria, que gobernaba el Tahuantinsuyo. Siendo quechuas todos los incas, hasta los de inferior grado, y estando demostrado hasta la saciedad, por un centenar de autoridades cuando menos, que los incas de Pacaritambo y sus congéneres, como los cahuinas, provenían del Collao, parece superfluo insistir en evidenciar aún más que el Collao estuvo un tiempo habitado por los quechuas.

Los primeros sucesores de Manco, los dinastas *hurincuzcos*, fueron de ordinario los jefes electivos o *sinchis* de una confederación quechua considerable y dilatada. No me guío ciertamente por el solo Garcilaso. Según las Infor-

maciones de Vaca de Castro ³, Sinchi Roja señoreaba hasta el valle de Andahuaylas y la raya de Vilcanota, en Canas y Canchis; y Cápac Yupanqui, el último *hurincuzco* reinante, penetró por el Oeste hasta Vilcas, los Soras y Parinacochas, y por el Sur hasta Paucarcolla, no lejos del moderno Puno. El mismo Cápac Yupanqui fue para Cieza el conquistador de Cuntisuyo y recibió en alianza y federación a los amenazados quechuas de Andahuaylas. Las tradiciones recogidas por Juan Santa Cruz Pachacuti nos muestran de igual modo a este Cápac Yupanqui en relación constante con Tonopa y la religión del dios Huiracocha, procedente del Titijaja, con los curacas del Asillo y Orurillo en Canchis y Canas, y hasta con los huancas y jaujas. Hubo de perecer, según otros relatos, en el antiguo palacio de los *hurincuzcos*, llamado después Inticancha o Coricancha, asesinado a causa de los celos que entre sus vasallos y confederados de Cuntisuyo despertaba la proyectada expedición contra Hatuncolla.

Nacida de esta conjuración, la segunda dinastía, o sea la de los *hanancuzcos*, debió de tener principios difíciles, y perder bajo Inca Roja muchos de los dominios e influencias que ya los últimos *hurincuzcos* habían adquirido. El retroceso y la forzada inacción externa se odvierten en las palabras de Sarmiento de Gamboa y Santa Cruz Pachacuti, y en las valiosas *Informaciones* de Vaca de Castro ⁴. Ondegardo se limita a hacer constar que cuatro siglos atrás de 1570 los incas no poseían (sin duda con dominio directo) más que el valle del Cuzco, desde Yucay a Jaquijahuana. He insistido, desde hace mucho tiempo en llamar la atención sobre un texto del P. Cobo (Libro XII, cap. XI), que aclara las contradicciones relativas a las campañas de los primeros incas.

³ Colección Urteaga, tomo III de la Segunda Serie, págs. 12 y 13.

⁴ Ob. cit. de la Colec. Urteaga, pág. 14.

Acoge el Dr. Urteaga mi restitución al Inca Huiracocha del rechazo de la invasión chanca en el Cuzco; y conmigo reconoce la abdicación de Yáhuar, su derrotado padre, contra el trastrueque y aplazamiento a la generación posterior, que presentan los cantares aprovechados por Cieza y Betanzos. Las circunstancias de esta guerra contra los chancas, parientes de los collas, encajan y convienen con los títulos y renombres de ambos monarcas, citados ambos, y con la restauración y reflorescencia entonces del tradicional y decaído culto de Huiracocha. Me complace que igualmente adopte el Dr. Urteaga mi parecer sobre el breve reinado de Amaru Yupanqui, del cual hay rastros en tantos cronistas.

En cuanto a la progenie materna de Atahualpa, descartados los ilusorios *chiris* del P. Velasco, después de la certera crítica de Jijón, quedan en pie, a favor del nacimiento de aquel Inca de madre forastera y quiteña, las terminantes palabras de las *Informaciones* de Vaca de Castro⁵, las de la *Destrucción* de Molina, y las de Gómara, Zárate y Pedro Pizarro, a más de Garcilaso. El hecho es en sí muy verosímil, a lo menos. Huayna Cápac tuvo concubinas alienígenas procedentes del Norte, y sin duda quechuizadas desde más de una generación, pues en Sarmiento y otros se lee que este emperador nació en Tomebamba, y que sus conquistas de Quito fueron mera recuperación y debelación de súbditos alzados. Véase cómo el razonamiento de Cieza contra el origen extranjero de Atahualpa, sustentado de manera esencial en lo reciente de la adquisición de Quito, se rebate con el testimonio de Sarmiento, por mucho que éste también crea concubina incaica a la madre de Atahualpa.

El árbol genealógico de la página 175 y el Apéndice A, que reproduce una disertación de Llano-Zapata,

⁵ Ob. cit. de la Colec. Urteaga, pág. 26.

describen la hoy extinta descendencia principal de Huayna Cápac por la línea de Sayri Túpac. No juzgo inútil añadir algunas particularidades, tomadas de Bethencourt y otras varias fuentes.

La ilustre mestiza, única nieta del Inca Sayri Túpac, Doña María de Loyola, sobrina de San Ignacio y primera Marquesa de Santiago de Oropesa en el valle de Yucay, tuvo de su matrimonio con D. Juan Enríquez de Borja, caballero de la Orden de Santiago y segundogénito de las grandes casas de Gandía y Alcañices⁶, no menos de ocho hijos, casi todos nacidos en el Perú. El mayor, llamado D. Juan Enríquez de Almansa, fue, andando el tiempo, segundo Marqués de Santiago de Oropesa y octavo Marqués de Alcañices, Comendador Mayor de Calatrava. Nació en Lima el 29 de Diciembre de 1615; y fue bautizado por el Arzobispo D. Bartolomé de Lobo Guerrero, y apadrinado por su tío el Virrey Príncipe de Esquilache. Casó dos veces. La primera con Doña Ana de la Cueva, hija del séptimo Duque de Alburquerque y hermana del Virrey del Perú Conde de Castellar, de la cual tuvo a Ana, la novena Marquesa de Alcañices, que casó con el Duque de Híjar, antes Conde de Belchite, sin descendencia. La segunda vez casó D. Juan Enríquez, el Marqués octavo de Alcañices, con Doña Juana de Velasco Folch de Cardona y Guzmán, hija del Condestable, Duque de Frías; y de este matrimonio, que es el expresado en la tabla de la página 175, procedieron Doña Teresa Enríquez de Almansa y Velasco, Marquesa de Alcañices y Oropesa de Yucay, esposa de D. Juan Tomás Enríquez de Cabrera, Duque de Medina de Rioseco y último Almirante de Castilla, el

⁶ Estos sucesivos matrimonios de las dos generaciones de las últimas llamadas *cuyas*, que impresionaron mucho y parecieron simbólicos, hasta por el inmediato parentesco de los maridos con los dos célebres santos jesuitas, se conmemoraron en varias pinturas. Una existe en la iglesia de la Compañía del Cuzco; y otra en la sacristía de Copacabana de Lima, beaterio de indias nobles fundado por las hijas de los curacas del Collao y Yungay.

que murió emigrado en Lisboa cuando la guerra de Sucesión y sin dejar posteridad; y su hermana legítima y entera, Doña Francisca Enríquez de Almansa y Velasco, mujer del Marqués de Bedmar, que tampoco tuvo hijos.

De los siete hermanos menores del referido Marqués de Alcañices y de Santiago de Oropesa, D. Juan Enríquez de Almansa y Loyola, Pariente Mayor de los Incas del Perú, el segundo, D. Antonio, que nació en Yucay y fue caballero de Calatrava, murió mozo y soltero; D. Diego, limeño, falleció también joven y sin haber contraído matrimonio; D. Alvaro, igualmente nacido en Lima, el 31 de Enero de 1619, fue caballero de la Orden de Santiago, y hacia 1639 era bachiller en Cánones y estudiaba como Capellán en el Colegio Viejo de San Bartolomé de Salamanca; tres mujeres entraron monjas Comendadoras en Santa Cruz de Valladolid; y la última, Doña Francisca, Dama de la Reina Doña Mariana, casó en Madrid el año de 1664 con el muy noble desterrado portugués D. Luis de Meneses, Marqués de Penalba y Conde de Tauroca, y falleció en breve, al año siguiente, sin haber logrado sucesión.

Extinguida así la línea primogénita de Borja y Loyola, quedaron, de la sangre real de Huayna Cápac, fuera de los del Cuzco, en España y en Lima los vástagos de la Princesa Doña Inés. La progenie de sus bastardos con D. Francisco Pizarro está representada en España por los actuales Marqueses de Albayda y de la Conquista. La de sus hijos legítimos con el Conquistador Francisco de Ampuero, recordada en la nota 9 de la página 168, poseyó en Lima el cuantioso mayorazgo cuyas casas principales estaban en la esquina de las calles de Espaderos y Jesús Nazareno; y cuya descendencia, por Valverde, pasó a los Vásquez de Velasco, Condes de las Lagunas.

Conforme tales ejemplos y otros mil lo acreditan, la fusión de ambas razas, comenzando por sus más encum-

brados representantes, se hizo desde los principios en el Perú sin dificultad ni repugnancia alguna. Pudo el español ser cruel, pero no despreciativo y excluyente por sistema, como lo fue el anglo-sajón en la América del Norte. Nunca sintió el castellano por la sangre india el invencible desvío que a la sazón experimentaba por la judía y la mora. El catolicismo fervoroso dispó en los conquistadores todos los prejuicios contra tan sumisos neófitos. Por eso la colonización hispana produjo de veras pueblos nuevos y mestizos, que no representan una reproducción simplificada y agigantada de Europa, como ocurre con la América Inglesa, sino un experimento de aleación étnica, audaz, lento y laborioso, pero interesantísimo. Hemos pagado con tropiezos, atrasos y dicitos la generosidad y alteza del intento. Los puros blancos, sin ninguna excepción, tenemos en el Perú una mentalidad de mestizaje, derivada del ambiente, de las tradiciones, y de nuestra propia reflexiva voluntad de asimilación. Dos herencias, a la par sagradas, integran nuestro acervo espiritual; y si presentan sendos defectos, ofrecen también correspondientes virtudes y antídotos. Renegar de cualquiera de ellas, sería torpe y menudado.

Peca la tradición incaica por sus tendencias socialistas y despóticas, cuyos deprimentes resultados analiza con tanta maestría el contemporáneo Baudin. Es la menos liberal y democrática de las dos, por más que duela a la mayoría de sus panegeristas: su ideal fue el orden, el método, la disciplina y la jerarquía. Estriba en ella nuestra mancomunidad con las repúblicas andinas y particularmente con Bolivia.

La española adoleció con frecuencia de desarreglo y anarquía incoercibles, aun bajo el régimen de la concentración monárquica autocrática; pero su nobleza, excelencias y evidentes beneficios superaron con extremo sus culpas y sus errores. En ella y sólo en ella radica nues-

tra confraternidad latino-americana, que de otro modo estaría desprovista de todo alcance, medula y sentido, y en ella radica igualmente nuestra comunidad con Europa, pues privados de su savia ancestral nos reduciríamos a desdichados imitadores, ajenos siervos y raquíticos expósitos.

Aunque mestizos de sangre o de espíritu, o precisamente por serlo, no carecen los peruanos de esclarecida historia, de honrosa legitimidad, y de generosos y rancios orígenes. Y como el solar es doble, indo-español, y en calidad de tal lo acatamos y veneramos; como la conquista española fue un hecho definitivo, *irreversible*, hágase lo que se quiera y pésele a quien le pesare, y determinó la misión casi perfecta y a menudo indiscernible de ambos pueblos; como los blancos nos sentimos en todo peruanos de alma, y en nada nos parecemos a los inasimilibles barones bálticos, predicar odios y exclusivismo de raza es en el Perú tarea extemporánea, insensata y criminal, y destinada a la postre al fracaso y al ridículo. Excitar pretensas reivindicaciones cerrada y meramente indígenas, no puede significar entre nosotros sino un frenesí de inconcientes o un señuelo de logreros. La convivencia, entrecruzamiento y mezcla de diferentes razas ha constituido dondequiera, y muy especialmente en nuestro país, el proceso esencial de la civilización. El repudio de los sucesivos colonizadores llevaría en buena lógica a quedarse con el primitivo salvajismo antropófago.

En la página 31 de su libro, expone el Dr. Urteaga, con mucho tino y precisión, que los hombres, al abandonar la vida errante y pasar de hordas a clanes, reemplazan progresivamente la solidaridad de sangre con la del territorio común. Entonces aparece la noción de patria. El absoluto predominio del instinto racial es la antítesis y negación de la nacionalidad, la regresión a un nivel, no ya bárbaro, sino salvaje y totémico.

Porque la obra del Dr. Urteaga y los importantes documentos que publica, componen la mejor refutación de tales extravíos e inculcan con eficacia el patriotismo verdadero, que es la aceptación y el amor de la herencia completa de nuestros antepasados, le tributo mi efusivo aplauso y mi más cordial enhorabuena.

VII

CIVILIZACION TRADICIONAL PERUANA.

EPOCA PREHISPANICA

El más importante estudio de este Tomo lo constituye el Curso universitario de 14 lecciones dictado por Riva-Agüero en la Facultad de Letras de la Universidad Católica al iniciarse el año académico de 1937.

Con el título de *Civilización Tradicional Peruana* fueron publicándose las versiones taquigráficas de las lecciones de Riva-Agüero en la Revista de la Universidad Católica: *J. V*, Año *VI*, Lima, julio de 1937, N^o 33, pp. (271)-306, Lecciones *J, II, III*, agosto de 1937, N^o 34, pp. (410) - 437, Lecciones *IV y V*, octubre de 1937, N^o 36, pp. (611)-664, Lecciones *VI, VII, VIII, IX y X*, noviembre de 1937, N^o 37, pp. (703) - 761, Lecciones *XI, XII, XIII y XIV*. Al finalizar el mismo año, como sobretiros reunidos de la RUC y con título ampliado, las lecciones tomaron forma de libro, la ficha bibliográfica es la siguiente: José de la Riva-Agüero, *Civilización Tradicional Peruana. Época Prehispánica*, Lima, (Talleres Gráficos de la Editorial Lu-men), 1937. 175 pp.

Fragmentos de estas lecciones se reprodujeron en La Patria, de Chiclayo, el 28 de julio de 1937, pp. 9 y 11; y en José Jacinto Rada, Perú: fuente de la cultura americana, Buenos Aires, Linari y Cía., 1942, pp. 19, 23 y 29.

La presente versión de las Lecciones de 1937 es la definitiva, pues, como hemos hecho en los tomos anteriores de estas Obras Completas, recoge los añadidos o enmiendas efectuadas de puño y letra del propio Riva-Agüero sobre cuatro ejemplares de los números de la Revista de la Universidad Católica en que se publicaron sus clases y sobre un ejemplar del libro en que ellas se reunieron. Señalamos con números romanos las variantes y las explicamos en notas al final de este estudio.

Diecinueve años antes, en mayo de 1918, Riva-Agüero dictó un curso similar en la Facultad de Letras de San Marcos y dentro de la asignatura de Historia Crítica del Perú. En el Archivo Central Domingo Angulo de la Universidad de San Marcos, S. J. Est. *XIII*, Sección de la Facultad de Letras, Libro de lecciones de catedráticos (Lima), 1917 -1918, T. 303, pp. 117, 122, 127, 133, y 134, aparece la firma de Riva-Agüero junto a los temas de sus lecciones. Ese temario, que puede compararse al de 1937, es el siguiente: Fuentes e importancia de la historia incaica (15 de mayo de 1918), Origen de los Incas, su inmigración y establecimiento en el valle del Cuzco.— Leyenda de Manco (20 de mayo); Dinastías de Hurincuzco y Hanancuzco.— Conquistas de los primeros Incas.— Invasión de los Chancas y consolidación del Imperio (24 de mayo); Di-

nastia de Hanancuzco (Continuación, 29 de mayo), *Ultimos reinados*.— Extensión de los conquistas incaicas (31 de mayo).

La *Crónica*, de Lima, del 16 de mayo de 1918 publicó la reseña de la primera de estas lecciones sobre las fuentes de la historia incaica. En *La Prensa*, de Lima, del 9 de junio de 1918, se publica la carta de agradecimiento de Riva-Agüero al Dr. Lizardo Alzamora Silva por sus congratulaciones con motivo del curso universitario dictado por el catedrático de Historia Crítica del Perú. El mismo diario, el 7 de julio de 1918, p. 6 da cuenta del agasajo ofrecido a Riva-Agüero por los alumnos del 2º año de la Facultad de Letras y asistentes a su curso sobre historia incaica y de los discursos pronunciados en nombre de los oferentes por D. Alfredo Herrera y, en respuesta, por el propio Riva-Agüero. Similar reseña aparece en *La Crónica*, Lima, 7 de julio de 1918, pp. 5 y 6.

SUMARIO

- I—Orígenes de las culturas americanas y en particular de las peruanas primitivas.
- II—Orígenes de la cultura de Tiahuanaco.
- III—Los tiahuanacos y los primitivos quechuas.
- IV—Chimus y Chinchas.— Origen de los Incas.
- V—Cuzco preincaico.— Sus pobladores.— Familia agnática o uterina en los ayillos de los Incas.
- VI—Sucesión de los Incas.
- VII—Primeros Incas de la dinastía de Hurin Cuzco.
- VIII—Últimos Incas de la dinastía de Hurin Cuzco.—Primeros de la de Hanan Cuzco.
- IX—Ataque de los Chancas al Cuzco.— El Inca Huiracocha.
- X—El Inca Pachacútej.
- XI—El Inca Túpaj Yupanqui.
- XII—El Inca Huayna Cápac.
- XIII—Huáscar y Atahualpa.
- XIV—Carácter general de las instituciones incaicas.

ORIGENES DE LAS CULTURAS AMERICANAS Y EN
PARTICULAR DE LAS PERUANAS PRIMITIVAS

HE aceptado la reiterada e instante invitación del Rector y del Consejo de esta Universidad Católica para dictar la cátedra especial de historia de la civilización peruana, porque creo que mi modesta labor puede ser útil al divulgar ciertos resultados de la investigación propia o ajena, y rectificar algunas ideas. Me es muy grato enseñar en esta aula, antigua sala de estudios de mis años de adolescencia, junto al sitio de la carpeta en que comencé a aficionarme a las disciplinas históricas, que han sido mi vocación verdadera, que nunca he descuidado por completo y a cuyo cultivo vuelvo en ambiente propicio, con la serenidad que da la madurez. Querría que mis lecciones no fueran de muerta erudición, sino que tuvieran el alcance moral bastante para reavivar en la juventud que me escucha el espíritu patrio. Bien necesitados estamos de retemplar y robustecer el patriotismo. Sin él, sin vigoroso sen-

timiento nacional, nada se hace: los mismos productos intelectuales carecen de lozanía y colorido. Pero este empeño de intensificar y acendrar el alma patria exige en mi concepto indispensablemente el culto de la verdad, la más escrupulosa exactitud, porque el patriotismo duradero no se alimenta con ilusiones infantiles ni con errores confutables, los cuales, muy al contrario, suelen provocar quiebras, desalientos mortales y escarmientos dolorosísimos. Sobre la exageración o la mentira nada sólido se edifica. Por eso procuraré atender, con la mayor claridad y precisión, a la veracidad de los testimonios y la realidad de las situaciones; y no a halagar vanidades, y defender prejuicios popularizados y vocingleros.

Para concluir con estos tediosos pero necesarios prólogos, explicaré el sentido del título *Civilización tradicional del Perú*. No faltará quien repute anticuado el término de *civilización* y prefiera el reciente de *cultura*. La inconsiderada repetición de esta palabra y de sus derivados *cultural* y *culturizar*, con que a diario nos menudean los mismos que ignoran la significación y proyecciones del movimiento etnológico, ha llegado a tal extremo que produce saciedad intolerable. Pero no sólo es el hastío del vocablo prodigado, lo que determina mi elección del sustituto, sino la mayor amplitud en la acepción del segundo. En efecto, los ecos de la escuela de Graebner y Frobenius, difundidos por Spengler, han aplicado la denominación de *culturas* a todas las formas e instituciones sociales, aún a las más simples y rudimentarias. No extraña por eso hoy que arqueólogos e historiadores hablen con singular énfasis de las culturas de sacrificios humanos y cabezas cortadas como trofeos y usadas como vasos, y hasta de culturas antropófagas. Uno de ellos denomina *cultura adquisitiva* a la que se limita a la caza y la pesca, que es el ínfimo grado del salvajismo. Al paso que el término *cultura*, por generalizarse, ha descendido tanto, el de *civilización* se re-

serva, particularmente por Spengler, con cierto tono despectivo del cual no quiero participar, para el estado final de los procesos sociales, en que diversas culturas vienen a sumarse y a componer el sincretismo de los últimos períodos. Nadie ha de negar que tal es desde larga fecha la situación del mundo contemporáneo; y que desde mucho antes fue la del Perú en sucesivas épocas, como intento probarlo, remontándome a la colonial y a la incaica, la cual representó a su modo la síntesis final en que las culturas andinas vinieron a desembocar y remansarse. De allí que yo prefiera, por exigencia lógica, la designación adecuada a las resultantes superiores de todo nuestro proceso histórico, que compondrán el principal objeto de mis cursos. Podemos definir, en terminología contemporánea y usual, la *cultura* como el conjunto correlativo y la interdependencia de las formas sociales originarias dentro de un grupo humano; y la *civilización*, como el conjunto de las formas sociales complejas, ya heredadas, ya inventadas reflexivamente, ya copiadas de grupos extranjeros. Las culturas peruanas son *complejas*, muy compuestas, y desde antiguo tendieron a la *civilización*, que en terminología de Spengler significa el estado casi senil, plenario del proceso histórico (1). Apartamos de esta manera la superflua vegetación metafísica y aun mística con que se encubren tales conceptos. Aplicaremos el término exacto de etnología a la ciencia que estudia los orígenes sociales, las agrupaciones primitivas, en la prehistoria y la protohistoria, y en los actuales salvajes y bárbaros; y reservaremos el de *civilización* para procesos adelantados y supremos, a que dedicaré naturalmente la mayor parte de mi enseñanza de historia peruana, pues lo prehistórico se limita a las presentes lecciones preliminares. El término de *culturología*, que para el examen de aquellas culturas algunos expositores emplean, me parece tan híbrido y presuntuoso como el de la hoy desacreditada *sociología*. Cuanto de la etnología

rebase, por superior y reciente, queda incluido en la historia de la civilización, tema propio y adecuado de esta cátedra.

Los hechos sociales son productos de factores de tres distintas clases: físicos o geográficos, étnicos o raciales, y psicológicos o propiamente sociales. Los dos primeros se estudian en la geografía antropológica y en la antropología, y tienen el carácter de necesarios y mecánicos. Los psicológicos ponen de manifiesto la espontaneidad y libertad humanas, abren posibilidades de novedad mucho mayores y han de estudiarse descriptivamente, no pudiendo sus leyes versar sino sobre la mera probabilidad y las frecuencias en grandes conjuntos, con líneas harto más grandes y flexibles que en lo físico y en lo fisiológico. Por esto nos distinguimos de los fatalistas, que sostienen, desde Montesquieu hasta Taine y la escuela de los caracteres locales, el determinismo del medio físico, y de los racistas, como el Conde de Gobineau y sus discípulos del nacismo alemán, que defienden la decisiva influencia de la raza. El hombre domina el medio; y la civilización puede prevalecer sobre la filiación biológica y la sangre.

Pero como nadie ha de negar el poderoso peso de las condiciones geográficas, principiaremos por estudiarlas brevemente: las del continente americano en general y las especiales del Perú. Observando el mapa, descubrimos que América se presenta, en sus rasgos generales, como una repetición simplificada y disminuída del Continente Antiguo. La América del Norte reproduce en escala menor la suma de Asia y Europa. Tiene de la primera las vastas llanuras y la extensión maciza, de la segunda el articulado de costas y de golfos. La semejanza en este punto es tal que las salientes de la península ibérica y de la Bretaña francesa parecen desgajadas de las costas meridionales de Estados Unidos y de Méjico, lo cual se explica si recordamos la teoría de Wegener sobre la coalescencia o anti-

gua unión de los continentes en las anteriores edades geológicas. Nuestra América del Sur ofrece, en el relieve avanzado del litoral brasileño, la correspondencia casi perfecta con el Golfo de Guinea, del cual hubo de desprenderse según la mencionada teoría. La América del Sur es una hermana menor del Africa, adelgazada y atenuada, pero como ella redondeada, compacta y monótona. Preadida como ella por un istmo al continente mayor, del que en muchas cosas de su flora, fauna e historia depende, América del Sur es semejante al Africa en minas, bosques y mesetas, menor en lagos y desiertos, y mayor en ríos. Tiene aún más probada inferioridad respecto de la América del Norte, porque no posee la dentellada variedad de sus penínsulas y mares interiores, que tanto contribuyen a la vivacidad de las comunicaciones marítimas. Las Antillas componen una especie de gran Mediterráneo, aunque es cierto que por primeros navegantes y piratas ha tenido este continente americano a los arahuacos y caribes, y luego a los bucaneros, en vez de los fenicios y los griegos, lo que es ya notable diferencia. En sus manifestaciones naturales y hasta en los sociales, América del Norte, es una réplica y una simplificación de Europa; y esto que en Historia Natural y costumbres se aplica a la América Septentrional, conviene, en el paralelo propuesto, a la del Sur. Lo que nos salva de la monotonía es la cordillera de los Andes. La altura, en América, principalmente en la tropical, produce la diversidad de climas y de tipos sociales.

La raza indígena es ciertamente una en ambas Américas, como lo admira y pondera el americanista alemán Dr. Carlos Troll. Es ella mongoloide, según lo demuestra la uniforme extensión de la mancha mongólica en los recién nacidos; pero ha de considerarse como la rama pobre, olvidada y antiquísima, que se desprendió de los mongoles de Asia, pues los nuevos experimentos sobre la composición de los grupos sanguíneos en la especie humana

prueban lo remoto de su separación y lo completo de su aislamiento en las épocas prehistóricas, en todo el dilatado lapso que ha debido requerir la formación de tales grupos sanguíneos. Por ellos, los más próximos a los americanos resultan los habitantes de las islas de Sacalín y de Formosa, y los de las Carolinas y Nueva Guinea. De aquí que el único verosímil mestizaje precolombino sea el melanesio y polinesio, indicado por este camino insular, y defendido por Rivet y otros muchos con abundantes argumentos antropológicos y filológicos. ¿Cuando penetraron en América estos mongoloides mezclados con oceánicos?. Desacreditadas hoy en la ciencia las teorías poligenistas, claro es que proceden del Asia. Indirectamente, hasta los oceánicos de Rivet y los del tipo de Lagoa Santa; directamente, los más por el estrecho de Behring, que subsistió hasta el presente período geológico, y por la cadena de las islas Aleutinas, como lo ha demostrado Hrdlicka, cuyos últimos y definitivos hallazgos en Alaska son del año pasado. Verdad (II) que han podido en muy apartadas épocas venir también por la vía del Este, por Groenlandia e Islandia, unidas a la Tierra del Labrador, a las islas Feroe y a Escandinavia por fragmentos continentales desaparecidos a fines del cuaternario; o por una capa muy compacta de hielo, como la sostienen los arqueólogos daneses, y en particular Kaj Birket Smith (III) para con los esquimales, cuya lengua aparece de origen asiático pero cuyo arte en América, reproducción hasta en la plástica rupestre del cuaternario magdaleniense europeo, es mucho más antiguo de lo que pensaba el arqueólogo francés Déchelette, según se ha patentizado con investigaciones y descubrimientos modernísimos. Todo esto nos lleva a aceptar la existencia del hombre cuaternario en América, contra el cual no hay objeción ni escrúpulo de carácter religioso. Además, la desmesurada y fantástica antigüedad de los períodos glaciares y del género humano, en que tanto insistían los antropólogos

de la época evolucionista y sus vulgarizadores como Le Bon, se ha reducido hoy considerablemente, porque se fundaba en deducciones astronómicas y geológicas arbitrarias. Ya en la edad cuaternaria superior podían estar diferenciadas las razas, aunque ocuparan zonas muy distintas de las actuales, conforme lo acepta Mortillet al considerar a los mongoloides esquimales como la primera colonización que nos vino de Europa. Así lo probó el Dr. Capitán (IV). Aun refutadas definitivamente las ambiciosas hipótesis de Ameghino y convencidos de falsos ciertos descubrimientos del hombre fósil, verbigracia el de los cráneos de Colorado en los Estados Unidos, quedan otros casos en ambas Américas, en los que, si los cráneos no están siempre identificados como cuaternarios, lo están a no dudar instrumentos humanos de piedra tallada según tipos primitivos, incluso el aquelense. En el Brasil los *Botocudos*, y en la Tierra del Fuego los Yámanas y Onas están hoy mismo (con sus escasos y aislados sobrevivientes), en la edad paleolítica *musteriense*. El aquelarse y el *musteriense* corresponden a los tipos Tasmanios y del Bumerang (Fueginos, Chaqueños, Patagones) (V). Ni faltan en algunos hallazgos restos humanos que parecen identificarse con el tipo de Neanderthal. Pero hay que advertir que las épocas paleontológicas no coinciden en el antiguo y nuevo continente; y como el paisaje amazónico evoca en muchos aspectos el mundo terciario, así también faunas muy atrasadas parecen haber perdurado en ambas Américas hasta épocas recientes. Tal ha ocurrido en las pampas argentinas. Los indios algonquinos de los Estados Unidos recordaban en sus cuentos al mamut, y el elefante se halla dibujado en grandes túmulos de la misma región. Es que América, continente nuevo por tantas razones, ha resultado con frecuencia el refugio de lo arcaico. La industria paleolítica que en Europa está a milenios de extraordinaria profundidad, aparece casi contigua en América con

yacimientos modernos, como en Africa y Taltal. Cuando rememoramos estas supervivencias paleontológicas y paleolíticas, cuando recordamos después que el descubrimiento en el siglo XVI de Méjico y del Perú sorprendió a los grandes imperios indígenas en plena edad del bronce, y reparamos en la mentalidad ingenuamente liberal y democrática que domina todavía en nuestros actuales círculos superiores, sospechamos que el destino perdurable de América es ser el continente tardío, apegado a las formas que el Antiguo superó.

El área geográfica del Perú, que se identifica con su área cultural antigua, no se limita al cuadro territorial de la presente República. Comprende cuando menos todo el Alto Perú o Bolivia, idéntico al Perú Bajo en clima y orografía, y aun se extiende, como a regiones aledañas, a la sierra del Ecuador, hasta Pasto, y las nacientes del Cauca, a la porción andina del Noroeste argentino y a la mayor parte de Chile, hasta más allá del Maule. Estas que llamo regiones aledañas y que fueron campos de extensión de los sucesivos imperios de Tiahuanaco y de los Incas, tienen ya particularidades climáticas diferentes por el régimen de lluvias, que es mucho más abundante en el Norte del Perú y Quito y en el valle central chileno; pero participan de la naturaleza peruana por los esenciales factores de los Andes y de la corriente de Humboldt. Estos dos elementos geográficos son los ejes naturales del Perú. Si substancialmente Méjico es una meseta que descende hacia el Norte, Colombia y Venezuela respectivamente las cuencas del Magdalena y del Orinoco, Chile una costa, y el Río de la Plata es la pampa, el Perú histórico es la cordillera cuyo litoral enfría la corriente polar de Humboldt. De ambos elementos nos vienen todas nuestras características territoriales, la esterilidad y el refrigerio del clima, la riqueza minera, la escasez agrícola y la dificultad de comunicaciones, la economía y el paisaje, las líneas

capitales de la historia antigua y de la presente; y en cuanto no ha alcanzado a corregirlo el hombre, todo el bien y todo el mal. La indudable influencia moral del paisaje es por lo común entre nosotros deprimente, en las diversas zonas. La humedad y las tinieblas verdes de las florestas orientales agobian la acción humana, la cual ni en la época indígena ni en la española del Virreinato ha podido dominarlas, por no poseer aún los recursos de que la civilización contemporánea dispone. Advirtamos sin embargo que la cadena de los Andes, por su inclinación y la corriente de su ríos, mira hacia la región amazónica. Es declive tan imperioso y tendencia tan irresistible que ya produjo en las edades indígenas y en la colonial, expediciones y campos de expansión muy notables para las deficiencias de entonces. Los valles de la Costa son oasis medianos, que parecen trozos de Egipto desarticulados, verdaderas islas, rodeadas por el mar y las arenas, y en que las frecuentes brumas roban por largos meses la alegría del sol. Pero la fresca templanza del clima los hace mucho menos enervantes de lo que sostiene cierta literatura rutinaria, estragada y perniciosa, detestable por cursi y malévol. La mayor parte de las islas tropicales producen mayor enervación que nuestros valles de la Costa. En las partes más elevadas de la Sierra puede distinguirse, como lo hace Troll, la puna del páramo, bastante más lluvioso; pero en las dos regiones la tristeza y la desolación son infinitas, entre los pajonales amarillentos, bajo los nevados y el azul del invierno, o las nieblas del verano y las terribles heladas nocturnas. La altura andina predispone el ánimo a la frialdad, la lentitud y la melancólica resignación.

Nuestros indigenistas van demasiado lejos cuando pretenden que eran las punas las comarcas más propias para el nacimiento y la difusión de las primeras culturas. Han podido serlo, por esfuerzo extraordinario del hombre, y

por el perfeccionado cultivo de la papa y la domesticación del llama; pero cuando menos los obstáculos naturales igualaban y contrabalanceaban las ventajas. Es cierto que ocurre con frecuencia en la historia ser las regiones agrias, quebradas y difíciles, focos de culturas primitivas e intensas, centros de dispersión de pueblos. Tal ha sucedido con el Himalaya y el Pamir, y con los Alpes y los Pirineos. Son regiones prolíficas, a pesar de su esterilidad natural; y no impiden la emigración y la difusión de culturas. Pero una cosa es la mera posibilidad y otra la efectividad del origen de las nuestras en la Sierra.

Se ha hecho gran estrépito con ciertos resultados de las excavaciones de nuestro gran arqueólogo Tello, para invalidar los que su maestro el Dr. Uhle, indudable fundador de la arqueología peruana, estableció a principios de este siglo. El descubrimiento de las ruinas preincaicas de Nepeña, que parece ser una colonia o filial del andino Chavín, ha dado lugar para que aceleradamente se declare de manera dogmática la procedencia cronológica de las culturas serranas, porque en Nepeña el estrato del estilo de Chavín aparece más hondo que el clasificado como protochimú. Pero es que Uhle no afirma, por lo menos en sus escritos recientes y definitivos, que la cultura protochimú sea la más antigua, ni siquiera coetánea con la protonazca y protolima. Quedarían, pues, refutados el profesor Kroeber o el Dr. Doering, los cuales quizá admiten aquella contemporaneidad; pero de ninguna manera Uhle, que la niega. Para este sabio excavador, tan perito en diferenciar las capas superpuestas, la cultura protonazca no sólo se presenta como la primera después del primitivo salvajismo, constatado desde Supe, Ancón y Chorrillos hasta Arica y Taltal, sino que dicha cultura protonazca, que aparece sin antecedentes locales, como una importación extranjera, influye a su vez en Chavín después de haber engendrado la protolima en este valle, cuyas dilataciones

hacia la Sierra se han comprobado por otros en Canta. A mayor abundamiento, en Chavín se hallan adornos y símbolos marinos, que demuestran su derivación de esta cultura primera costeña; y entre las andinas, la de Recuay, clasificada por Tello como anterior a Chavín, tiene alfarería que se descubre en el estrato último del templo bajo de Pachacámac. Los protonazcas no conocían de los metales sino el oro. En la primera capa de Paracas, o sea en las tumbas de Cerro Colorado, confiesa Tello que no hay plata ni cobre. ¿Cómo puede, pues, ser posterior a Chavín ni a los arcaicos enterramientos de Huaylas y Sipa, en que se presentan objetos de estos metales? El orden de su empleo es en Europa y América el mismo: el uso exclusivo del oro antecede a la elaboración del cobre; y la plata en estas regiones del Perú debe de haber sido usada con posterioridad, según los minuciosos estudios de Rivet. Las ya mencionadas sepulturas de Cerro Colorado muestran un tipo muy arcaico, y lo mismo puede decirse de la plástica esteatopigia, o sea representación de mujeres obesas, que corresponde al paleolítico y al neolítico primitivo dondequiera. Por último hay una prueba real que me parece contundente. En las excavaciones practicadas hacia 1925 ó 26 en las cercanías de Lima y en las huacas de Maranga y Aramburú por los arqueólogos Kroeber y Jijón, se han identificado dos capas sucesivas del protolima, separadas por un basural formado en largo tiempo. Pues bien, la capa más honda del protolima no presenta ninguna influencia serrana, ningún resto de Recuay ni de otra alfarería andina; y en cambio ofrece, con las semillas de maíz y frejoles, pruebas de los abundantes recursos agrícolas del valle entonces, contra las alegaciones de los arqueólogos autóctonos o indigenistas. También se descubrió una gran balsa de totora, que demuestra lo extendido de la navegación, y la posibilidad de inmigraciones y de comunicación con valles lejanos. Fue en el segundo estrato

del protolima donde apareció la influencia serrana, cuya difusión por consiguiente, en estos valles centrales de la Costa, hay que declarar posterior, si queremos atenernos a lo que la arqueología ha patentizado. Son tres arqueólogos extranjeros: uno alemán, otro estadounidense y el otro ecuatoriano, los que atestiguan contra las ofuscaciones étnicas o regionales. En nada invalida esta esencial constatación el hecho de descubrir la influencia Chavín en el protochimú, que siempre se ha reputado por los más seguros arqueólogos como subsiguiente, ya que el mismo Chavín tiene, según lo dijimos, reflejos de influencias marítimas; ni menos que haya en Chincha, en capas posteriores, alafrería de influjo serrano, porque la alegación es inoficiosa. Lo que en Ancón y Pucusana advierte Tello de andino, si está bien interpretado, no hace tampoco al caso, pues en ambas estaciones, que significan superposiciones seculares, hay restos de todas las épocas.

Entre la Costa y la Sierra, la ley es el ritmo alterado de acciones y reacciones; pero en el caso concreto de las primeras culturas, la iniciación parece haber correspondido a las marítimas, en este eterno maridaje de la región del mar y la de los Andes, porque así lo dicen hasta hoy los más ciertos hallazgos arqueológicos. Dicha precedencia se corrobora con lo que sabemos de la difusión de las culturas centroamericanas y de la generación por ellas de Chavín y Tiahuanaco según explícitamente lo diré en la lección inmediata, al objetar la teoría de Dieseldorff sobre la prodigiosa antigüedad y precedencia primordial del arte tiahuanacuense. Pero antes de pasar a ese punto, explicaré, como deducción y resumen de esta primera lección, que la importancia natural de Lima y de la Costa queda de relieve con el examen del período arqueológico primitivo. La Costa, aunque menor en extensión y población que el macizo andino, ha tenido en nuestra historia, desde los primeros y más ne-

bulosos tiempos, un papel importantísimo de iniciativa e innovación, y Lima en particular uno de síntesis entre el elemento costeño y el andino, y entre los distintos estilos de la Costa; todo lo cual parecía indicarla ya, desde esta alba indecisa de la prehistoria, para su carácter de capital en el Virreinato y en la República. La cerámica de Nievería es la conjunción de la nazqueña pictórica y la chimú escultórica. Los santuarios de Pachacámac y de Limatambo, en las cercanías limeñas, fueron magnos centros de atracción para todo el Perú prehispano; y su influencia sólo cede al de Tiahuanaco, cuyo origen y constructores hemos de indagar el próximo día. El foco céntrico de Lima no es así una improvisación de la Conquista, no ha sido una puerta de escape, como tan desatinadamente lo van repitiendo la obcecación sectaria y la frivolidad periodística; pues los inmigrantes que en todas las épocas arribaron por el litoral, y se establecieron aquí y en los otros valles, no vinieron para regresarse huyendo, sino que se quedaron, importando un permanente influjo y dejando avencinados a sus hijos.

El Perú todo es un país de secretismo y síntesis, en que las diversas regiones se compenetran y en que las razas se mezclan, como desde los remotos tiempos que estudiamos se entremezclaron los braquicéfalos americanos del Pacífico con los dolicocéfalos de la región atlántida, de que ha resultado la mesaticefalia andina muy visible en el Cuzco (según se ve por las observaciones craneométricas que hizo el Dr. Lorena), no rara tampoco en nuestra Costa, donde Uhle lo observado numerosas casos de dolicocefalia en los más antiguos cementerios de Moche, Nazca e Ica. El Perú, desde el principio de su vida, tiende a la armonía y a la fusión; pero, como toda América, necesita un estímulo externo para la fértil diversificación con que esa armonía se realiza, que significa el avance de su cultura. Tal es la primera consecuencia que deducimos del estudio de sus más remotos comienzos.

II

ORIGENES DE LA CULTURA DE TIAHUANACO

En mi anterior lección llegué hasta el imperio de Tiahuanaco, la más importante de las culturas serranas preincaicas. Hoy me dedicaré a explicar sus orígenes, a exponer y discutir las diversas teorías que sobre ellos se han propuesto.

Hace ya 25 años, en 1912, visité las ruinas de Tiahuanaco. Tiahuanaco está hoy a 3 leguas (15 Kilómetros) de las orillas del lago Titijaja. El lago Titijaja tiene 35 leguas de largo y 15 de ancho (Décadas de Herrera) (VI). Son grandiosos dólmenes y menhires, explanadas y pilastras, que no es de dudar pertenecieran a templos y palacios, estatuas monolíticas y una gran escalinata de arenisca roja, que excavó la misión francesa de Courty y del Marqués de Crequi. Las construcciones forman dos grupos principales, el llamado de la Acapana y el de Pumapuncu. Con facilidad se advierte, según lo han notado casi todos los viajeros, que han quedado inconclusas, interrumpidas por algún suceso violento: enormes bloques tallados permanecen lejos del lugar a que se destinaban. También es visible la diferencia de estilos, aunque pueden muy bien ser los más graduales efectos de una continua evolución, prescindiendo por ahora de las chulpas aymaras y del palacio incaico en que nació Manco II, el hijo de Huayna Cápac. Ciertas estatuas son naturalistas, y otras muy simbólicas y estilizadas. La comarca es una puna inclemente, altísima, a más de 3,800 metros sobre el nivel del mar. Verdad que en Europa y Asia los hombres primitivos, los paleolíticos, habitaron en ocasiones a 2,000 metros de altura, lo que en aquella zona equivale y aun supera a la destemplanza del altiplano tropical. Ha de observarse además que en los remotos tiempos a que esas edificaciones corresponden, la

meseta del lago Titijaja tuvo que ofrecer temperatura menos rigurosa: el régimen de lluvias en toda la región era entonces mejor, y el Desaguadero, más caudaloso que ahora, comunicaba, no sólo con el Aullagas, muy disminuído de profundidad en la época presente, sino con otros lagos y pantanos del Sur, hoy mermados o desaparecidos por la progresiva sequedad de la comarca. Hacia el desierto y la puna de Atacama, se han convertido en *salares* hórridos y frigidísimos los que hace varios siglos hubieron de ser estanques y ricos pastales. Las desoladas provincias de Oruro, Carangas y Uyún, pudieron, en las obolidas condiciones climatéricas que apunto, ser la natural expansión pastoril y agrícola de aquel extraño imperio. Por otra parte, la comarca del Norte, ribereña del lago, que conserva el nombre tradicional del Collao, no carece hoy mismo de notables ventajas, que la hacen pobladísima. Es tierra muy llana, la planicie más extensa del Perú andino, y por consiguiente propicia para el pastoreo de las llamas. Es la región originaria del cultivo de la papa y la quinua, principales bases de la alimentación del indio. Las islas del lago, que tienen innegable importancia y extensión, logran los beneficios del clima marítimo; y por su temple, benigno en relación con las punas de tierra adentro, son muy apreciadas para sembríos, y en ellas se coge hasta maíz, que no se obtiene en el litoral del contorno. Esas islas fueron santuarios tan venerados y antiguos como Tiahuanaco, habitados de preferencia por los míticos *huiracochas*, fundadores del imperio. No era éste, como creyó Baudin, una excepción de la ley que quiere que las primeras culturas sean plantas marítimas, nacidas a la orilla de grandes ríos de mares interiores; porque verdadero mar interior es el Titijaja, y Tiahuanaco floreció en la región lacustre, del propio modo que las culturas de Méjico provinieron de los lagos de Michoacán y crecieron en los del valle central de Anáhuac, y las centroamericanas se origi-

naron, como lo puntualizaré después, junto a los grandes lagos de Nicaragua y Managua, y los menores de Guatemala. Ya he dicho en la lección anterior que nuestras primitivas culturas, las protoides, fueron las de los valles costños.

Sorprende también en Tiahuanaco la ausencia de casas o viviendas particulares, proporcionados a templos y palacios tan ingentes. Se descubren algunas subterráneas, sin duda habrá otras más; pero no corresponden a la entidad y extensión de los edificios públicos. Fue, según todas las conjeturas, una capital teocrática, un centro de ritos y sacrificios; pero la población civil estable, en caso de ser numerosa, ocuparía efímeras cabañas de barro, que no han dejado huellas, como ocurre en los mayores centros mayas y como hubo de ser la capital política y guerrera, coetánea o inmediatamente posterior a Tiahuanaco, Hutuncolla o Paucarcolla. Dicha suposición se ha adoptado por varios autores, atribuyéndosela a otros.

No es de admirar que la antigüedad de las ruinas de Tiahuanaco inspire muy diversos sistemas, temerarios y estupendos algunos. Se ha popularizado el de Posnansky, arqueólogo polaco vecindado en La Paz, quien les asigna la prodigiosa antigüedad de más de diez mil años; y explica su destrucción por inundaciones y catástrofes geológicas, a mi ver muy improbables. Sin llegar a tales fantasías, émulas de la hipérbole cronológica de los brahmanes, o de los mandarines chinos para sus dinastías primeras, el muy docto astrónomo y arqueólogo alemán Ervin Paul Dieseldorff, a quien ya me he referido en la lección pasada, les concede cuando menos cuatro mil años de antigüedad, apoyándose en cálculos sobre la observación de las revoluciones sinódicas de los planetas, que ha advertido en Copán y cuyo origen sitúa en los obeliscos tiahuanacuenses. Según esto, habría que remontar la fundación de Tiahuanaco a la edad en que comenzaban las

emigraciones de los arios en Europa. Joyce, sin aceptar tal cronología, reputa la cultura Tiahuanaco el foco originario de las demás peruanas, y así defiende su aborigenismo. A primera vista estos sistemas lisonjean la vanidad lugareña; mas, a poco que se medite, topamos con sus dificultades, que en mi criterio llegan a imposibilidades, y reparamos igualmente en que entrañarían, de ser ciertos, la más completa inferioridad de la eficacia cultural indígena, por la monotonía y apatía monstruosas que tan remota antigüedad supone. Los uros de Ancoaqui y de Chipaya, y los desaparecidos ochozumas de Chucuito, han sido siempre indios por extremo bárbaros, ignorantes de la agricultura y de todas las artes más esenciales; y según sus tradiciones y la constatación de los mejores etnólogos, han precedido a la ciudad de Tiahuanaco, de cuya fundación y cuya destrucción fueron inmóviles testigos. Todavía cuentan ellos mismos, a pesar de su rudeza incomparable, que los de su raza fueron sacrificados para enterrarlos en los cimientos de aquellos edificios, según costumbre en efecto general entre las naciones bárbaras de la América prehispana. Los uros se declaran restos de un mundo antiquísimo, que pereció antes de la ruina de Tiahuanaco. Si es así, como parece, no haber logrado en tantos milenios, civilizarlos, es prueba de la escasa fuerza y comunicabilidad de aquella cultura; y si esto, aunque difícilmente, puede explicarse con la bestialidad y obstinación proverbiales de los uros, mantenidas en tan larga sucesión de siglos, todavía es más extraño que las evidentes invenciones de Tiahuanaco, cuales son el cobre, y hasta el bronce en sus postrimerías, por la aleación con el estaño, y el utensilio sencillísimo del peine, no llegaron a los protonazcas, que no vivían por cierto muy lejos de Tiahuanaco, que no trabajaron sino el oro y que no alcanzaron conocimiento de los peines hasta períodos muy posteriores. ¿Qué antigüedad en tal caso habría que conceder a estas cul-

turas primeras de la Costa? De otro lado, un centro muchas veces milenario, como se pretende haber sido Tiahuanaco, lo natural es que irradie en otros centros menores hacia toda la periferia, o por lo menos en áreas homogéneas y accesibles. Para los indios del Altiplano y de las sierras andinas, por condiciones de clima y terreno, tenían que ser preferentes las del Sur, hacia Charcas y el Noroeste argentino, o sea el antiguo reino de Tujma que los Incas con tanta facilidad colonizaron después. Ciertamente que Tiahuanaco dilató su influencia en tal sentido, preferentemente (notémoslo ya) en las comarcas quechuas de Cochabamba y Mizque, donde Nordenskiöld ha patentizado sus huellas. Pero son reflejos tardíos, de su edad de decadencia; y fuera de unas problemáticas murallas de Jaconta Palayani, que dice Posnansky haber descubierto en una isla de los lagos al sur del Desaguadero y unas esculturas antropomorfas y de felinos en el Pueblo de Belén, muy al Norte de Oruro (VII), no hay en la esfera meridional de Tiahuanaco en lo explorado hasta hoy, nada que pueda considerarse como su imagen o progenie monumental, ni grandes ciudades, ni considerables edificios aislados. Por el contrario, hacia el Norte el camino es continuo, y está clarísimo: Pucará del Collao, el Huari de la región ayacuchana, que Cieza describe bajo el nombre del Huiñaque, la parte preincaica de Huánuco el Viejo, Chavín de Huántar, las otras acrópolis del Callejón de Huaylas, y Huamachuco, Cuélap junto a Luya, y ya en el Ecuador, las ciudades exhumadas por Uhle y Jijón en Cuenca, el Azuay, Ambato, Tunacahuán, y más allá, los conocidos monolitos de San Agustín en el Magdalena y los demás vestigios chibchas. Todo ello nos encamina a Centro América, aun cuando fuera a pesar nuestro: a la tierra de los mayas y de los toltecas fugitivos, en que desde Angrand hasta Uhle los mayores arqueólogos señalan el foco de difusión de la cultura megalítica americana. Desde 1926, Kroeber asegu-

raba ser la zona más arcaica en el interior del Perú el camino del Norte, e indicaba la línea que las excavaciones de Uhle en Cuenca han venido a confirmar.

Si Tiahuanaco ha sido el punto primordial de donde se originaron los períodos arcaicos mayas y mejicanos, y si por otra parte Tiahuanaco conoció y empleó el cobre, ¿Cómo lo ignoran aquellos primitivos períodos de Méjico y Centro América? ¿Cómo no llevaron allá los tiahuanacos la papa y la quinua, ni la coca, que sólo tarde y de manera superficial llegó a Nicaragua, ni el llama, la insubstituible bestia de carga de nuestros imperios andinos? Y repárese en que el llama y sus congéneres provinieron en anteriores períodos de la América del Norte, donde ha descubierto a sus antepasados salvajes el mismo antropólogo Kroeber. Pretenden Uhle y otros que en la gran portada de Tiahuanaco hay signos jeroglíficos. No los vemos incontrovertibles: pero no es improbable que sean en efecto anotaciones astronómicas, como los glifos mayas, entre las filas de cóndores y figuras humanas de dicha portada. Siendo verdad hoy averiguada perfectamente que las primeras inscripciones de ciudades mayas no anteceden en mucho a la era cristiana, y que antes no se conoció allí la escritura jeroglífica, si Tiahuanaco fuera el antepasado remoto de esas capitales habría que suponer que, en el camino hacia el Norte, su raza olvidó o dejó perderse un cúmulo de invenciones importantísimas. No es racional aceptar tan inverosímil desmedro o tal fenómeno de amnesia, comparable al que el buen Montesinos atribuye a los príncipes vecinos del Cuzco, que olvidaron por una invasión sus compromisos matrimoniales, y luego dócilmente abandonaron las letras de sus jeroglíficos y sus *quilcas*. Por último, la técnica de Tiahuanaco, más o menos debilitada y bastardeada, ha arribado a períodos no lejanos del imperio incaico, pues hasta el mismo Uhle confiesa que de esa alfarería tiahuanacuense combinada con la geométrica

nació el genuino estilo incaico de los aríbalos, y así lo comprueba uno conservado en el Cuzco. ¡Qué tremenda esterilidad y monotonía si Tiahuanaco ha durado tres o más milenios, y sus vástagos no han hecho más que repetir y adelgazar tan inmutable herencia!

En los tiempos de Tschudi y de Pi Margall, hacia 1880 ó 90, podía negarse o ponerse en tela de juicio la profunda analogía entre Tiahuanaco y las edades arcaicas de Méjico y Centro América. Hoy infinitos descubrimientos la evidencian. El mismo inglés Joyce ha exhumado, en la ciudad de Lubaantum (Honduras Británica), el año de 1926, escaleras megalíticas parecidísimas a las puestas de manifiesto en Tiahuanaco. Este aparejo megalítico, que es el más hondo de los monumentos de Beliza, aclara con inusitada luz los orígenes de Tiahuanaco y de Chavín.

Pero lo más irrefutable, para determinar la cuna de las culturas americanas, es la ubicación del maíz silvestre, cuyo cultivo constituyó el soporte de la vida indígena. Antes se creía que el *teosinte* azteca, cuyo exacto nombre botánico es *euchloena*, se hallaba sobre todo en Méjico. Investigaciones contemporáneas, de 1932 y 1935, realizadas por botanistas norteamericanos, han concretado que la zona nativa del *teosinte* está en las alturas occidentales de Guatemala, desde Huehuetenango, fronterizo con la república de Méjico, hasta Jutiapa, colindante con la del Salvador. Todo esto nos acerca mucho a los lagos de Nicaragua, en que existen las estatuas monolíticas semejantes a las tiahuanacuenses. El cronista mejicano Luis de Alba Ixtlilxóchitl, paralelo a nuestro Garcilaso, con quien comparte méritos y defectos, tradiciones útiles y vacíos, adolece, como todos los escritores legendarios, de estrechez y cortedad en el horizonte histórico, y por los olvidos de lo muy antiguo, inevitables en pueblos bárbaros, hace arrancar el cultivo del maíz en su partia, no más que del siglo XII de nuestra era, o sea del segundo imperio

de Cholula, coetáneo, más o menos, de la caída de Tiahuanaco y la primera emigración de nuestros Incas. Sabemos hoy que aquella tan modesta antigüedad, reconocida por Ixtlilxóchitl y Torquemada, es en extremo deficiente y diminuta: el cultivo del maíz en Centro América y su difusión en todo el continente del Sur, han tenido que requerir muchos siglos y se remontan a varios bien anteriores a la era cristiana. En consecuencia, queda refutado Spinden, que sobre la pretendida introducción del maíz por los nahuas, asentaba el carácter primordial atribuído a esta raza. Descartados los nahuas por demasiado modernos, ¿cuáles serán los iniciadores de la cultura americana? ¿Los mayas, como quiere Uhle, o los chipanecas, a que se inclinan Lothrop y el mejicano Gamio? Este arqueólogo descubrió, el año de 1910 en el valle central de Méjico (algún tiempo más tarde que los esenciales hallazgos de Uhle en nuestra costa), las tres capas o estratos definidos que ponen al cabo fuera de toda duda la superposición de los tres períodos en la historia mejicana: sobre el reciente indígena azteca, el del imperio de Teotihuacán, que corresponde al tolteca, reivindicado de las negaciones de Britton y de las de Seler, que muy luego se desdijo de ellas; y por fin el último estrato, el de la cultura arcaica, cuyo esclarecimiento para el de los orígenes de la nuestra peruana nos interesa grandemente. El antropólogo Vaillant de Nueva York ha dilucidado en estos años, con toda precisión, que dicha época arcaica en Méjico resulta ya un compuesto de varias culturas primitivas, y que de ella no se derivan las centroamericanas, al parecer colaterales o antecesoras suyas. Hémos así de nuevo proyectados hacia la América Central propiamente dicha, al buscar el punto de partida de las primeras inmigraciones civilizadores del Perú. Las estatuas monolíticas de hombres coronados por felinos y serpientes, que hemos dicho hallarse en los lagos de Nicaragua y asemejarse a las de Tiahuanaco, se

difunden desde las islas y riberas de aquellos lagos hasta las cercanías de Copán en Honduras por el Norte y hasta el territorio de Costa Rica por el Sur. En Talamanca y otros lugares, se hallan figuras de este género, con cocodrilos estilizados (ver Jijón). Aquí están los orígenes del dios Huiracocha (VIII). Y aún podrían rastrearse en Guatemala y en los confines de Panamá. Han sido estudiadas, a partir de mediados del XIX, por Squier, el mismo que recorrió el Perú, y luego por Karl Bovallius y el mencionado Lothrop. Los postreros arqueólogos convienen en que han debido de ser sus constructores los chiapanecas, pueblo teocrático y muy inteligente, establecido hoy en el estado mejicano de Chiapas, pero cuyas raíces centroamericanas, atestiguadas por sus próximos congéneres chorotegas y cholutecos de Honduras (bahía Amapala), se perciben por un texto del cronista dominicano de Guatemala en el siglo XVII, el Padre Antonio de Remesal, quien los dice oriundos de Nicaragua. De este modo se va aclarando el embrollado asunto de los orígenes. En el remoto pasado de Centro América se han sucedido las hegemonías de *chiapanecas* o *chorotegas* (que poblaron hasta el golfo de Nicoya en Costa Rica), de los *premayas*, iniciadores de la cultura que en este siglo han revelado todos sus secretos, y de los primeros *nahuas*, que, a consecuencia de sus antiguos imperios septentrionales diseminaron sus colonias lingüísticas desde los *pipeles* de Guatemala y El Salvador hasta los *siguas* en el istmo panameño. Nos vamos acercando mucho a nuestra área cultural. Con todos los enumerados, han convivido en varias épocas tribus de la nación chibcha, que de este lado del istmo han poblado Colombia, el norte del Ecuador con los *caras* y buena parte de la costa del Perú con los *chimús*. Pero ya las semejanzas de la técnica y la lengua de los *chimús* pertenecen a época posterior, como lo apuntaré en las lecciones siguientes. Por ahora, lo que importa retener es la antiquísima

expansión de los chorotegas, estudiada por Spinden y resumida claramente por Jijón. Quizá el arqueólogo ecuatoriano multiplica demasiado las invasiones, aunque hay holgado sitio para ellas en los dilatados siglos de esta prehistoria. El camino de los inmigrantes está en todo caso manifiesto. En Centro América se ven el signo escalonado, las grecas y meandros, la arquitectura megalítica de pilastras, columnas y estatuas, que muchos creyeron peculiar de Tiahuanaco y que reaparece en Chavín. No es desmesurada la distancia del sur de Costa Rica, extremo del área chorotega, con los *mangues* de Nicoya, a los monolitos chibchas análogos de San Agustín en las nacientes del Magdalena, y de allí a Manabí y al Azuay, en costa y sierra ecuatorianas respectivamente, y a nuestro Callejón de Huaylas, precursor indudable de Tiahuanaco. Según la acertada cronología de Jijón, a quien para este asunto me atengo, la expansión chorotega hubo de realizarse trescientos y cuatrocientos años antes de Cristo. Claro que sus repercusiones directas e indirectas, por el consiguiente reflujó de pueblos, no pudieron llegar sino algunos siglos más tarde al corazón de los Andes peruanos. Agrega Jijón a la chorotega otra expansión anterior, atribuida a la cultura arcaica mejicana, porque sigue la creencia de Spinden de haber sido Méjico el centro del cultivo del maíz. Mas, como me parece exigencia de lógica y de método científico ahorrar los supuestos innecesarios, quedará en tal calidad suprimida aquélla primera, por los estudios de la Institución Carnegie que llevo citados y que establecen el foco centroamericano del maíz, por no rebasar mucho la conocida época de su cultivo los mismos primeros siglos anteriores a nuestra era, concordantes con la difusión de los chiapanecas.

Los mayores indicios actuales concurren en señalar la región centroamericana como el común núcleo de tres culturas divergentes: la maya y la mejicana hacia el Norte,

y la andina hacia el Sur, que a su vez se subdivide en chibcha y peruana. En vista de los datos contemporáneos, no pasa de un prejuicio o espejismo el sistema que deriva todas las culturas de Centro América de las invasiones que bajan de Nuevo Méjico, Utah, Nevada y Colorado. Verdad que los pobladores solían venir de allí en oleadas, por los mismos fenómenos de desecación que observaremos en sentido inverso al tratar de la puna y el desierto de Atacama en Sud América (y además porque hemos reconocido que los indios americanos en gran mayoría provienen de esa ruta del Asia Extrema); pero hay que distinguir *edades*, y sobre todo *pobladores*, de *culturas*. En el continente norte, éstas parecen irradiar de Guatemala y Nicaragua, al paso que de otro lado ascendían a la meseta Anahuác las bárbaras hordas de los destructores septentrionales. Antiguas tradiciones mayas hacen venir del Sur-oeste a los primeros representantes, y la geología confirma tales datos, porque en épocas anteriores mucha porción de la península del Yucatán hubo de ser inhabitable. Renace con esto la doctrina de la prioridad del Sur, propugnada por Haebler y Bancroft, y confirmada ahora por Walter Lehmann.

La invasión de dichos elementos en Sud América no exige aceptar la conquista inmediata chorotega, que carece de comprobación lingüística. Los trasmisores o mediadores plásticos han podido ser los chibchas, a que pertenecían los güetaros, colindantes en Nicoya con los chorotegas mangués. Es la teoría que, con Uhle defienden Rivet y Jijón (IX). Lo que parece casi seguro es que una raza braquicéfala, próxima pariente de éstos y aquéllos como lo demuestran el fondo común de mitos, artes e instituciones, y el aspecto antropológico, una raza tronco, madre y educadora de quechuas, aymaras y araucanos, ha penetrado en las serranías del Perú trayendo su técnica agrícola y cerámica, cuando comenzaba a difundirse en el litoral la afin

cultura protonazca, también procedente de Centro América. Por todo este análogo substrato se explican las semejanzas con los mayas, en que tanto insiste Uhle; las del idioma mochica con el chibcha o muisca y varios centroamericanos; la eufonía de Naymlap y sus compañeros, en la posterior inmigración marítima a Lambayeque; el culto de Cepocatequill en las serranías de Huamachuco; las coincidencias con las míticas trinidades mayas y nahuas, y mil otros sugestivos rastros.

Cuando esta raza braquicéfala septentrional se propagó en nuestro territorio, así en la Costa como en la Sierra, se hallaban espaciados los uros por ambas regiones. En gran mayoría dolicocefalos, bestiales sobre toda ponderación, meros cazadores y pescadores, son por la lengua los mismos puquinas, hermanos de los arahuacos del Brasil, que se extendieron desde la Guayana y las Antillas hasta la Florida. Rivet sostiene, y a mi parecer prueba, que provienen del Este amazónico. Avanzaron por la depresión de la cordillera en la cuenca del Marañón; luego ocuparon con el nombre de *changos*, las costas de Tarapacá y las del norte de Chile. De modo que hasta estos miseros uros fueron forasteros e inmigrantes. Los únicos verdaderos indígenas, en el relativismo que impone el origen asiático del hombre americano, los únicos primeros ocupantes inmemoriales, serán los otros dolicocefalos de estatura alta (al revés de uros y changos, que son muy bajos), los extintos pescadores antropófagos, cuyos vestidos ha hallado Uhle en las cavernas y muladares de nuestro litoral. Tomen debida nota los radicales indigenistas de tan importante hallazgo. Si prevaleciera la absurda doctrina que sólo supone legítimos dueños del territorio a sus autóctonos, si nada importan para la justificada posesión y dominio el largo transcurso de los siglos y los incalculables beneficios acarreados, no sólo el elemento español sería el intruso, sino que lo serían también las antiguas razas braquicéfalas americanas que tra-

jeron la alfarería y el maíz, como nosotros trajimos el hierro y el carro, el trigo y los ganados vacuno y caballar. Los dueños del suelo serían los salvajes antropófagos, más atrasados aún que los uros, comedores de carne cruda y humana, en plena fiera animal, desprovistos de toda cultura apreciable.

El imperio de Tiahuanaco es, en concepto de la mayoría de los arqueólogos, no el comienzo sino la cumbre a que llegan las culturas del Norte, Recuay, Chavín, Huánuco el Viejo y Huiñaque. Como se desprende de lo arriba expuesto sobre sus antecedentes centroamericanos, no puede asignársele fecha muy anterior a la era cristiana, en que ya florecían las primeras ciudades mayas, sus distantes hermanas primogénitas. Más que a éstas, recuerda en su potente sobriedad el arte colateral mejicano del primitivo Teotihuacán. El tiahuanacuense, con sus conocidas características, penetra en las riberas peruanas del Pacífico, se superpone al protonazca, se halla, no sin trazas de incendio, en las más profundas capas del templo viejo de Pachacámac, y muestra sus artefactos mezclados, con el desorden propio de una invasión, a los del estilo protochimu en las huacas de Moche. Recubre el Ecuador en costa y sierra, por lo menos hasta Manabí y Ambato. No alcanza que sepamos a Pasto. Al sur de Tiahuanaco, sus reflejos se ven en las tierras quechuas de Mizque y en todo el Noroeste argentino, en pleno país calchaquí, donde se descubren en gran cantidad sus signos peculiares: alfarería con adornos escalonados, dragones y serpientes de dos cabezas, pectorales y peines de cobre. Lo propio, aunque en menor grado, ocurre hasta el valle central de Chile; pero, al paso que en las serranías argentinas la penetración de Tiahuanaco se acompaña con toponimias y dialectos quechuas, tan profundos que el arqueólogo Boman ha proclamado la existencia de un imperio quechua preincaico, en Chile coincide con una toponimia clara-

mente aymara (Paposo, Aconcagua, Lampa, Ilave, Malco del Limarí, etc.). Lo mismo que Lafone y Quevedo, Brinton cree análogamente que el calchaquí es un dialecto quechua, vinculado con el araucano. Otros sostienen que el *Jaján* de esas regiones argentinas está emparentado con el aymara. Todo ello conduce a admitir huellas de un *Paleo-quechua* por allí. (X). Esta singular coexistencia y la tradición de invasiones venidas de Coquimbo que persiguen y destierran el culto de Huiracocha y alteran la civilización tiahuanacuense, me ha llevado, desde hace muchos años, a enunciar para la historia de Tiahuanaco, su construcción y destrucción, y el sucederse de los imperios en la meseta del Titijaja, una teoría según la cual la nación quechua precedió a la aymara. Bien se ve con esto que es mi hipótesis la de un imperio *paleoquechua*, y no en manera alguna la atribución a los Incas de aquellos edificios y aquella técnica, proposición que sería disparatadísima, contraria a todos los datos conocidos, si se concibiera en los términos con que me han achacado algunos, en raptos de mala fe o de inexplicable distracción y reblandecimiento. La lengua predominante en la época mayor del primitivo Tiahuanaco no pudo ser jamás la misma quechua incaica, sino una forma muy antigua, de la que ha podido derivarse en parte el propio aymara, y que con aproximación todavía representa el *ájaro* o *cauqui*, dialecto arcaico que hasta hace poco vivía en apartados rincones de Yauyos y Huarochirí. Esta es la tesis, conjuntamente étnica, arqueológica y filológica, que procuraré exponer con alguna mayor amplitud en la lección venidera.

III

LOS TIAHUANACOS Y LOS PRIMITIVOS
QUECHUAS

Para averiguar cuál fue la raza predominante en el imperio de Tiahuanaco, conviene reconstruir el mapa lingüístico del Tahuantinsuyu, el de la Sierra especialmente, y distinguir las originales áreas idiomáticas de las aportaciones que el régimen de mitimaes produjo en tiempo de los Incas.

Al oeste del Cuzco se halla la región quechua por excelencia, comprendida entre los ríos Apurímac, Pachachaca y Pampas. Más allá hubo numerosas agrupaciones aymaras, por la invasión de los Chancas; pero la onomástica de Lucanas y Soras es en gran mayoría quechua, y dialectos quechuas se escalonan en las comarcas ayacuchanas y en las *huancas*, de Huancavelica y Huancayo. En los Chocorobos se advertía la presencia de modernos colonos collas, traídos por los Incas. El *cauqui* o *ájaro*, de Huarochirí y Yauyos, confinado en tiempos recientes a los pueblos de Tupe, Huantán y Cachi, junto a Laraos, dista bastante de ser puro aymara, como con manifiesta temeridad lo afirmó Uhle (*Origen de los Incas*, 1910, Congreso de Buenos Aires). En sentir de los más entendidos, como Tello, es un dialecto arcaico, que se acerca al común tronco del quechua y del aymara, y según toda probabilidad inclinándose al primero. Muy revelador aparece este vestigio; pues, por Huaman Poma de Ayala, averiguamos que los ájaros se vestían y peinaban como los incas, representantes de la otra rama paralela del quechuismo. Después comienza el *chinchaysimi* propiamente llamado, que se subdivide cuando menos en el de Cajatambo y en el ancashino (que con mayor corrección debería escribirse ancaxino), el típico de

Huari. Por Cieza (*Crónica* 1ª Parte, cap. 81), comprobamos que en Huamachuco y Cajamarca se hablaba un mismo idioma. Luego hacia el Noreste advertimos la notable variante del *maynas*, y al norte la muy dulcificada del *quiteño*, cuya antigüedad ha despertado polémicas. Sostienen algunos que data sólo de la conquista incaica, y que es desdeñable por errado el texto del Padre Velasco sobre la preexistencia en la comarca de Quito de un lenguaje análogo al del Cuzco. Pero dando de barato el testimonio del Padre Velasco, nos queda el muy valioso y fidedigno de las Informaciones de Vaca de Castro, o sea casi al día siguiente de la conquista español, las que con toda claridad afirman que en la Sierra del Perú, “del Cuzco para abajo (o sea hacia Quito), todas las lenguas son allegadas a la quechua, como la gallega o portuguesa a la castellana”. El Padre Valera, que por su época (siglo XVI) alcanza autoridad muy semejante, corrobora la tesis, diciendo que “en la mayor parte del Perú el quechua era casi natural; porque el lenguaje del Cuzco no se diferencia mucho de las más lenguas de aquel imperio”. A tales atestados a raíz de la venida de los españoles, conviene agregar el de nuestro contemporáneo Von Bouchwald, tan crudo anti-quechuista, y que no obstante advierte y señala íntimas similitudes con el idioma cuzqueño, no ya únicamente en las lenguas de la meseta ecuatoriana, sino en las de su costa y tierras bajas, como son las de los Colorados y Cayapas de Esmeraldas, y las de Babahoyo. Así se explica la facilidad de la quechuización en Quito y sus provincias; porque los muy escasos setenta años del dominio incaico, son del todo deficientes para la producción de dialectos y el arraigo de la toponimia. Consta que el *chinchaysimi* ya existía con variedad dialectal en la época del descubrimiento por Pizarro.

Tschidi repara en que eran lenguas extrañas a la mayoría de la Sierra las llamadas *abuasimi*, como lo demuestra

su propio nombre, que quiere decir *forasteras*. Por esta y otras razones defiende el quechuísmo preincaico en el Tiahuantinsuyu. Los que lo combaten son, por colosal incoherencia, los mismos que retrasan las grandes anexiones hasta Pachacútej y aún hasta Túpac Yupanqui. Pretende así que la quechuización, con la multiplicidad de sus dialectos, haya nacido y se haya extendido dentro de plazos brevísimos, contra toda verisimilitud y todo precedente.

Iguales argumentos militan para el quechuísmo preincaico en el Alto Perú o Charcas, y en el antiguo reino de Tujma (Tucumán). Al sur del Cuzco, desde más allá de Tinta, irrumpían dialectos aymaras, como los de Canas, Canchis, y Chumbivilcas; pero adviértase que gran parte de esta comarca fue zona bilingüe, de confluencia lingüística y étnica, según es el caso de Chumbivilcas, o de invasión colla relativamente moderna, como en Canchis y Canas, según sus chulpas, inclusive en Calca, y sus curacas extranjeros lo acreditan. Los dialectos quechuas resurgen por el Alto Perú, al este y al sur de Chayanta; y en la cuenca oriental de Titijaja suben a Cojata. El *cochabambino* es un quechua innegable, y lo propio el *calchaquí* en Salta y Catamarca. En el Tucumán el *huilela* se presenta como un híbrido, entretejido de palabras quechuas. En todas esas regiones la onomástica quechua es profundísima. Con la aymara sucede otro tanto; pero en la parte occidental, en el desierto de Atacama y todo Chile, hasta el valle del Mapocho cuando menos. Los arqueólogos Boman, Brinton, Ehrenreich y Lafone Quevedo reconocieron paladinamente la difusión preincaica del quechua por el Tucumán andino, la cual corre siempre parejas con las huellas de Tiahuanaco. No pocos, y yo entre ellos, aceptamos, como acabo de apuntarlo, al oeste de la zona quechua, una zona de aymara de edad muy remota, que baja desde Arequipa y Carangas, Oruro y Tarapacá, hasta Copiapó y el valle central de Chile, no sin discontinuos

avances al este calchaquí, como el probable nombre aymara de la sierra de Ancoquija, al norte de Catamarca, lo confirma (por más que las raíces *anca*, *ancas*, *ancu* y *hanco* tengan clarísimos significados en quechua). Ahora bien; cuando en cualquier parte del mundo observamos una lengua circundada, conforme lo está la aymara, por lenguas diferentes de ella y por dialectos de éstas, todos de rama distinta de la primera, deducimos al instante que tal situación nace de un impulso invasor, de una violenta incursión. Así ocurre con el húngaro, con el serbio, con el rumano, con el idioma maya de los chortis de Guatemala, igual que el de apartados céndalos; y con los pipiles, niguiranos, nahualtecos y siguas, diseminados por Centro-América. Nadie cree hoy que provengan esas islas nahuas de la colonización ordenada por el penúltimo emperador azteca Ahuitzotl, a fines del siglo XV, como ingénuamente lo sostenían Fuentes Guzmán y Juarros (sistema que equivale, en su angustiosa estrechez de tiempo, al de los peruanistas antioquechuas), sino que se atribuyen a inmigraciones toltecas, y en consecuencia harto más antiguas que la postrera dominación indígena, según con toda razón lo expusieron el Padre Torquemada e Ixtlilxóchitl. ¿Por qué se rechaza la hipótesis semejante, cuando se trata del Perú, como si estuviéramos exentos de las leyes generales de la lógica y de la historia?

El área inmensa que asignan al aymara, para tenerlo por primordial y coincidente con los restos del estilo de Tiahuanaco, no es exacta en lo que atañe a lo preincaico, que escudriñamos ahora; por que las *Relaciones Geográficas* ordenadas por Felipe II declaran que el aymarismo de Tunari en Cochabamba se debe a los mitimaes de los incas, lo propio que el de Chocorbos; y las invasiones collas, coetáneas de la primera dinastía, en Collahuas y Caylloma, y la emigración de Ancohuallu, por Tarma y Huánuco a Chachapoyas, originaron esa difusión del aymara en las

provincias enunciadas, la que por consiguiente no es vetustísima. Así que no hay tal prioridad aymara en ellas.

Los idiomas andinos, y en general los americanos, son todos parientes por la estructura, por la morfología y fonética; todos son *polisintéticos*. Desautorizan el axioma de Von Luschan, a saber, que hay razas aglutinantes, porque toda la americana lo es, y en forma especialísima. La dificultad estriba en precisar la derivación de las voces, para demostrar la filiación o la real hermandad de las lenguas. Lo acelerado de la evolución lingüística en pueblos que carecen de fijeza de textos escritos y que vivieron en gran aislamiento, produjo tal diversidad de formas verbales que aún aquellos muy próximos étnicamente no se entendían ni conservaban radicales comunes. La infinidad de idiomas en cada provincia, y hasta en cada pueblo, causaba el asombro y la desesperación de conquistadores y misioneros. Pero, si bien se mira, entre el aymara y el quechua, no hay ningún hondo abismo, por más que Uhle en un estudio, el más desdichado entre todos los suyos, no haya vacilado en declararlos del todo extraños, ajenos uno a otro, fuera del préstamo extrínseco de algunas palabras. Los demás lingüistas, en inmensa y abrumadora mayoría, reconocen la fraternidad de las dos grandes lenguas andinas. Hay entre ellas correspondencia de vocales, y variación bastante sistemática de consonantes. No se trata de etimologías fortuitas, ni de identidad de sonidos al azar. Por ejemplo:

Castellano	Quechua	Aymara
mar o lago	cocha	cota
el animal <i>llama</i>	llama	caura
cada uno	japa	sapa
mitad	chuapi	taypi
muchacho	huambra	mambra

húmedo	huqui	muqui
calor	rupay	jumppi
ojo	ñahui	nayra o mami
quien	pi	ji
diez	chunca	tunca
honda	huaraca	jorahua
carbón	quillimsa	quillima
aficionarse	munay	munaña
ameno	páucar	pancara
flojo o laxo	huaya o huayaya	jayra
soga	huasca o huashca	ppala
leña	llanta	lahua
llano	pata	laja o taya
perro	allcu	anu.

Y así se puede continuar indefinidamente. Nadie que esté en sus sentidos cabales desconocerá los vínculos entre los dos idiomas. Si es una monstruosidad hacer del quechua un dialecto subordinado del aymara, como algunos (Von Buchwald) lo han estampado, no lo es menor tener a los dos idiomas por del todo ajenos, sin ningún parentesco patente. No llegaremos, con el Padre Cobo, a considerar su hermandad tan íntima como la del español con el italiano. La comparamos a la del hebreo con el árabe, a la del sánscrito con el viejo persa; o, dentro de las conocidas analogías de Europa, a la del latín con el griego, a la del gótico de Ulfilas con el teotisco, y a la del búlgaro con el polaco. Pero llamar al quechua un dialecto aymara es tan disparatado como o sería apellidar el latín un dialecto germánico. Negar el origen común del aymara y del quechua es como negar la comunidad del estirpe entre las lenguas indo-europeas.

Batidos en este terreno los aymaristas, se acogen al argumento de las formas predominantemente largas en el aymara, para deducir su mayor antigüedad y su consiguien-

te precedencia en la evolución de las culturas. Ciertamente que según los casos arriba citados, el vocablo quechua es a menudo más grave y tiene menos vocales que el aymara: *cúntor*, que es *cóndor* en quechua, da en aymara *cumduri*, el *camaj* y el *páchaj* quechuas, corresponden en aymara a *camaca* y *pataca*. Se puede advertir desde luego que no siempre ocurre así, que a veces la forma quechua retiene letras perdidas en el aymara. Pero lo substancial es que no puede hoy aceptarse en lingüística la precedencia absoluta en el tiempo de las formas largas sobre las cortas, hasta el extremo de tener por lengua madre la que presente palabras o raíces más extensas. El sánscrito, que las ofrece, es hermano pero no progenitor de las demás lenguas arias. Las formas latinas suelen ser más completas o fieles al prototipo que las griegas, sin que esto suponga prioridad de la cultura itálica sobre la helénica. En el viejo alemán o teotisco, *hagl* se hizo *hagal*, y *wagn* se hizo *wagan*, como en nuestro mismo castellano medioeval *host* y *cort* se han convertido en *hueste* y *corte*. Una lengua madre no subsiste viva con las filiales. El latín, como lengua hablada, no coexistió con los romances. Entraña todavía mayor despropósito histórico y mayor imposibilidad lingüística suponer que la pretensa lengua progenitora, en vez de refugiarse en un cantón apartado y olvidado, se mantuviera lozana y popular en la región más principal y céntrica, foco del imperio, atractivo y campo de invasiones comprobadas, como es el caso del aymara en el Collao. Ni siquiera el ájaro, perdido en las serranías de Yauyos, puede ser el común tronco, sino una forma derivada, pero por retrasada más próxima a nuestro hipotético paleoquechua del primer imperio. La antigüedad o arcaísmo del aymara, comparado con el quechua, se explica porque, habiendo sido, en nuestra suposición, una lengua de rama tiahuanacuense pero secundaria y alejada del centro, tiene el carácter arcaico de todos los idiomas bárbaros y

periféricos. No por otra razón retuvo el lituano en plena Edad Media su extraordinaria semejanza con el primogénito sánscrito, tan curiosa y sugestiva. Así también, el dorio es más arcaico y áspero que los otros dialectos helénicos, precisamente por haber sido los dorios los últimos en invadir la Grecia continental. ¿Qué pensaríamos del filólogo halenista que fundándose en los arcaísmos del habla doria supusiera a esta raza de cultura más antigua que a los aqueos homéricos? El quechua se nos presenta más elaborado que el aymara, más rico en palabras y acepciones, y hasta en nombres de parentela paterna, y menos pródigo en sinónimos inútiles y broza primitiva, porque ha servido de vehículo a una cultura más dilatada y que ha conocido mayores vicisitudes que la mayoría, y no porque en el árbol genealógico de los idiomas andinos carezca de perfecta y equidistante colateralidad con éste.

Uno de los más útiles resultados que para la historia produce la comparación de las lenguas, está en los términos que expresan los adelantos culturales. No nos cabe duda que los arios eran pastores y poseían ganado vacuno, porque la palabra sánscrita *gaus* corresponde al *bous* griego y al *bos* latino, lo que demuestra que en el primitivo idioma común existía el nombre. Apliquemos el procedimiento a nuestro caso, por el método inverso. El cobre era conocido y trabajado por los tiahuanacuenses. Los quechuas lo llaman *anta*, pero los aymaras, confundiéndolo con el oro, lo denominan, como a este metal, *jori*. Entonces, ¿cuál fue el pueblo predominante en aquel imperio, el que posee vocablo determinado para su metal favorito o el que lo ignora? Prosigamos el examen. A fines de la época de Tiahuanaco principia en el Altiplano el uso del bronce, por la aleación con el estaño, que es para él *chayanta* o *yurajtiti*, del plomo, que designa como *titi* o *llasa*. El aymara confunde ambos metales dentro del común término *malla*. Los habitantes de Tiahuanaco utilizaban el azufre para

reacciones de metalurgia, y llevaron dichos utensilios hasta las serranías cañaris y quiteñas. El azufre tiene nombre especial en quechua. Se dice *sallinarumi*. No sé que lo tenga en aymara.

La lingüística nos esclarece también el origen racial de las divinidades de esa crepuscular época. No puede aceptarse cierta teoría del siglo XIX, que pretendió despojar a los mitos de todo contenido histórico, limitándolos a reflejos verbales o de fenómenos físicos. En la mentalidad prehistórica y protohistórica, la vida y hechos de un dios y sus emigraciones se confunden con los eventos y alternativas de sus adoradores. El más antiguo númen de la mitología peruana parece Con, que en el relato de Gómara viene del Norte, creando, poblando y civilizando, y que convierte a los rudos y vencidos aborígenes en animales negros. Es la primera advocación que en nuestra Sierra adopta la misma divinidad colonizadora y benefactora de toltecas y mayas, el dios serpiente, que en efecto se llamó entre los mayas Can (Cuqui-cán o Cuculcán). Recordemos el culto a la serpiente o dragón en Chavín y en toda la Costa. Con la fundación y el apogeo de Tiahuanaco, se presenta la segunda advocación, Huiracocha, cuyo rumbo en el Perú, el Ecuador y Cundinamarca, es ahora al revés, de Sur a Norte. Hay algo puramente mítico en este rumbo, pero también la indicación de un hecho difusivo muy real. Huiracocha es sin duda el ídolo supremo de Tiahuanaco. Lo pregonan los monumentos y los primitivos cronistas, en forma muy categórica. Uno de los mejores arqueólogos peruanos, el Dr. Tello (coincidiendo con una antigua conjetura mía de 1906) lo cree el dios del cielo o del viento, representado por el jaguar y el Cóndor. Otros se inclinan a especificarlo como el dragón celeste, el cocodrilo de la tempestad, simbolizado en dichos animales y la serpiente. Puede haber divergencia sobre la primera parte de su nombre, sobre si *huira* es apócope de *huaira*

(viento en quechua) o tiene otra significación más recóndita; pero la segunda parte, *cocha*, que expresa la indisoluble y evidente relación con el lago Titijaja, es a todas luces quechua y no aymara, porque si fuera aymara sería *cota*. Huiracocha tiene además otros títulos rituales, *illaj*, *tijsi*, *pachayacháchij*. Se explican todos cumplidamente por el quechua, y no por el aymara, según de igual modo ocurre, y es muy de notar, con casi todas las religiosas indígenas. No obstante, a los escasos sostenedores del imperio uru-puquina de Tiahuanaco, ya que se hallan tan desprovistos de razones, les daré la buena noticia que *tijsi* significa en esa lengua *muerto* o *difunto*, y vendría a designar a un ascendimiento, algo así como el *ayar* o *mallqui* quechua. En el fondo no lo creo sino una coincidencia insignificante, mientras que el *tejsi* quechua (origen o principio) se aplica de manera muy cabal a la esencia del mito, que es la creación.

Infundadamente se quejaba Tschudi de la carencia de datos legendarios sobre el imperio tiahuanacuense. Los aymaras no los tienen a lo menos en forma continuada y satisfactoria, no obstante la tan cacareada antigüedad y primogenitura de aquella raza. Los quechuas e incas sí tenían muchos recuerdos pertinentes, como que cifraban el pasado de ese enigmático imperio primordial en toda la larga leyenda de Huiracocha. Según Sarmiento de Gamboa, los incas contaban que Huiracocha residió primero en Pucara (lugar de grandes ruinas de estilo tiahuanacuense) y en las sagradas islas del lago, y que de allí pasó a Tiahuanaco, *donde todos sus hijos tenían una lengua, y eran parientes y vecinos*. Al retirarse Huiracocha, las lenguas se alteraron. De aquí, sin mayor esfuerzos de sagacidad crítica, deduce cualquiera la difusión de los aymaras por Tarapacá, Atacama y Chile, y su apartamiento del tronco lingüista paleoquechua. Porque el nombre de la divinidad suprema para los aymaras no era con peculiaridad

Huiracocha (a ojos vista aprendido de los quechuas), sino *Tahuacapa* o *Arnahuan*. Tales eran sus denominaciones aymaras específicas; y el Padre Las Casas nos refiere que precisamente Huiracocha tuvo un hijo ingrato e infiel, llamado Tahuacapa. El dios lo arrojó hacia el mar, a las orillas del océano, en castigo de sus maldades; pero no murió, sino que regresó, según muchos otros textos de cronistas, para substituir y remedar a Huiracocha. Pocas leyendas podrán hallarse más reveladoras y esotéricas. El mito rasga aquí sus velos.

El dios Huiracocha, blanco y barbudo, dispone la desolación de Tiahuanaco, por la desobediencia de sus habitantes, a quienes convierte en piedras. Se retira hacia el Norte, seguido de sus fieles, vestidos como él de ropas blancas, anchas y largas, de túnicas como las que muestran las estatuas de Tiahuanaco, y como en pleno régimen incaico y quechua las usaban los del ayllu de Tarpuntay, sacerdotes quechuas de Huiracocha y del Sol. Las barbas legendarias se derivan de la corona que circunda al dios en la portada de la Acapana. En la misma hay un pescado o serpiente, reminiscencia del dragón maya, del Cuculcán que, como Huiracocha, produce los astros. Cuanto a los aymaras o collas, a Cieza le contó Cari Apaza, el curaca aymara de Chucuito, que sus progenitores vinieron desde Coquimbo; y exterminaron en las orillas y las islas del Titijaja a los hombres blancos y barbados, o sea a los huiracochas. En las *Relaciones Geográficas* los aymaras confesaron no ser originarios del Titijaja, sino provenir unos de las punas de Caranga, y otros de la parte oriental en la laguna de Chucuito, lo que parece indicar el camino de Candarave o el de Omate, Carumas y el valle de Tambo, regiones todas esencialmente aymaras. Esto concuerda maravillosamente con el sentido de la emigración, revelada por Cari Apaza. El Yamqui Pachacuti Salcahayhua (por canaycanchis de raza bastante aymara) (XI) confirma dicha

invasión de caris, que bajan del Collao desde las sierras de Potosí, siempre por el mismo camino que viene del Sur, vestidos con ropas angostas o *jállaj pacha*, enemigos de los de ropas anchas o *huiracochas*. Sabe también Pachacuti que el dios Huiracocha de Tiahuanaco maldijo a los collas y a su capital Yamquisupa, dejó asolada la gran ciudad teocrática, por haber petrificado a los tiahuanauenses, y se retiró hacia el Norte. Tradiciones múltiples señalan Pucara y Cacha —(Cacha está a 18 leguas al Sur del Cuzco, tierra de los Canas) (XII)— como los lugares en que los invasores collas pelearon con los de vestiduras largas, que eran los que retrocedían y a quienes la imaginación popular transfiguró en Amazonas, o sean mujeres. El lugar de estos combates contra el curaca aymara Zapana es Chuncara, en tierra de los canas y Ayaviri (Cieza, Segunda Parte, cap. IV). Enojado Huiracocha se retira más al norte de Cachi; se refugia en tierra que siempre ha sido quechua, como es Urcos —(Urcos está a 6 leguas al Sur del Cuzco, tierra quechua) (XIII)— y allí le erigen otro gran santuario. Es muy de reparar que en la leyenda se le vea de continuo bien acogido y adorado por los quechuas, y que infaliblemente aparezcan ahuyentados y exterminados sus servidores por los aymaras. En Santa Cruz de Cahuana, región de los soras, los huiracochas construyen edificios, caminos y templos. Más arriba, en Huiñaque de Ayacucho, hay otros edificios, que Cieza atestigua obra de los mismos huiracochas, con jeroglíficos misteriosos. Subsiste, sin fallar en lo esencial, el triple y significativo paralelismo del idioma quechua, de las tradiciones de Huiracocha y de la penetración del estilo de Tiahuanaco. Si el idioma ha desaparecido o no se arraiga, cuando menos la alfarería tiahuanauense acompaña las huellas del dios. Tal sucede en la Costa con los yungas de Calango, que adoraban en una roca los pies de Huiracocha. Dándoles razón, la arqueología contemporánea, en el

inmediato valle de Pachacámac, ha descubierto los restos de la alfarería tiahuanacuense. En la región de Quito el dios peregrinante Huiracocha tuvo sus piedras sagradas en la llanura de Callo y a media legua de Ambato, y hacia el Cañar, en Gonzamana. En Cundinamarca el dios Bóchica, en viajes, hechos y hasta nombre tan parecido al quechua Huiracocha, que se presenta como su lógica continuación, no carece de la consabida piedra labrada en Izá. Este vasto repliegue de los tiahuanacos es como una réplica o eco de la huída de Quetzalcoalt, desde Tula a Cholula en el Anáhuac; y de su penetración en el Mayapán yucateca y en Guatemala. Razas hermanas las cuatro, quechuas y muiscas, mayas y nahuas, presentan leyendas y destinos concordantes.

Las diferencias de los aymaras con los quechuas y los antiguos tiahuanacos se ofrecen insalvables y evidentesísimas. Los aymaras son mucho más bárbaros, robustos, prolíficos y fieros que los quechuas. Los quechuas y los incas los han considerado siempre como raza lerdá e inferior, indómita y temible. (Véase Huaman Poma de Ayala). De las desemejanzas de ambas razas que consigné en escritos anteriores, no tengo que rectificar sino lo tocante a la amplitud torácica: en vista de modernos exámenes, parece comprobado que el mayor perímetro torácico toca a los aymaras, lo que demuestra que han vivido largo tiempo en grandes alturas, como son las de Oruro, Potosí, Lipiz y la puna de Atacama. Los collas o aymaras no se vestían con las túnicas de las estatuas de Tiahuanaco, ni éstas presentan la deformación craneana *saytauma*, propia de la raza colla; se entierran en chulpas, colocando a los difuntos en cuclillas, mientras que las necrópolis de Tiahuanaco pertenecen a otra manera de enterramiento, el horizontal. La cerámica tiahuanacuense es muy distinta a la geométrica de las chulpas, que los aymaras construyen. Los aymaras deformados craneanos circunferenciales tie-

nen por esta deformación sus semejantes hacia Arica, Pisagua y Antofagasta, precisamente estas regiones, según mi hipótesis, son las de su oriundez (XIV).

Todo este cúmulo de pruebas, tradiciones y conjeturas, que ya hizo a Tschudi adivinar una solución muy próxima a la que expongo, ha llevado hasta al mismo Uhle a aceptar la grande e histórica invasión venida del Sur, única manera de explicar racionalmente la súbdita interrupción de los edificios y estilos de Tiahuanaco. Atribuye esta invasión a los atacameños, cuyos últimos representantes habitan las cercanías de la comarca solariega ubicada en Cari por Cieza. Los atameños llegaron hasta el norte de Cobija a principios del siglo XIX (Ver D'Orbigny) (XV). Si fueran aymaras o progenitores de ellos, la cuestión se resuelve: ya no habría divergencias. Pero su lengua, la *cunza*, no presenta mayores analogías con el quechua ni con el aymara. Apenas hallo, entre muchas disparidades, la raíz atacameña *tócor* o *tócol* (hoyo, hueco, profundo) que corresponde al *chinatoque* aymara y al *tojo* quechua (nicho o alhacena); la de *caichi*, piedra, que se hermana con la *cala* o *tajsi* aymara; y *capur* (grande), que se ajusta al *táquet* aymara, y al *játun* y *jápaj* quechuas. Nada de esto es bastante, ni con mucho, habiendo en lo demás tan numerosas discrepancias. Insisto en que las etimologías aisladas son ineficaces e ilusorias.

Como por otra parte la genuina alfarería de Atacama no es idéntica a la colla-chulpa, y más se relaciona con la de los juríes y diaguitas, y como las toponimias atacameñas expresadas por Uhle se muestran en mucho fantásticas—es risible que declare atacameños los tan españoles nombres de Oquendo y Matute—, no pecará de irrespetuoso e infundado desconfiar de esta su hipótesis, iniciada por Von Buchwald y todavía inciertísima. El parentesco íntimo de atacameños y diaguitas con algunas tribus chilenas aparece muy satisfactoriamente comprobado por D. Ricardo

Latcham (*Elementos indígenas de la raza chilena*, en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago de Chile, 1912) (XVI). En todo caso, pudo ser la postrera invasión, la última onda de los *caris*, la retaguardia retrasada en varias generaciones o siglos; pero no la intrusión mayor y más catastrófica, la que destruyó Tiahuanaco y exterminó a los huiracochas isleños, referidas por Cieza, pues el apellido Cari ha de ser designación quechua o aymara, harto mejor que atacameña, por el significado ostensible. La más verosímil es que en el momento de la ruina de Tiahuanaco, período de gran confusión y transmigraciones de pueblos, el aridecido lugar que desocuparon los aymaras, lo tomaron estos atacameños venidos del S. E., al propio tiempo que los araucanos bajaban de allí y de Copiapó al centro de Chile. De todos modos, los actuales habitantes del Collao, que hablan la lengua aymara, resultan hasta para Uhle, en buena parte siquiera, progenie de una invasión bárbara, de la que destruyó el imperio de Tiahuanaco. La repentina desaparición de éste ante la acometida de invasores feroces, se corrobora por el paso que acreditan las escasas tradiciones aymaras, confesión clamorosa de la ignorancia de los inmigrantes acerca de los orígenes y construcción de aquellas gigantescas moles, lo sorpresivo del descubrimiento de estos palacios y portadas por los *caris*, y la interrupción de las tareas edificadoras. No es razonable atribuir la creación de un imperio a los mismos que no la explican y cuyos jefes confiesan haberlo atacado y aniquilado. Seguir sosteniendo que los aymaras son los constructores de Tiahuanaco porque viven desde antiguo en aquella región, aunque sus obras posteriores arquitecturales y cerámicas difieran radicalmente de las tiahuanacuenses, es como si se nos atribuyera a los criollos la edificación de las pirámides de Maranga y de Pachacámac, sólo porque moramos junto a

ellas; a los yanquis, la construcciones de los Moud Gilders; o a los españoles cristianos, la Giralda de Sevilla.

Al paso que la cerámica geométrica aymara reviste aspecto tan distinto de la ornamentación tiahuanacuense, al paso que la arquitectura y enterramientos de las chulpas se apartan de lo megalítico (según es de ver en Sillustani y en las mismas tumbas reconocidamente collas elevadas junto a las ruinas de Tiahuanaco), y que, conformes con el itinerario de los invasores caris, esas chulpas o torres sepulcrales se presentan en los Andes chileno-argentinos (puerto de San Francisco, al sur de la puna de Atacama), (XVII) y se detienen al este del Altiplano, respetando aproximadamente hacia Cochabamba la separación de las lenguas, y reproduciendo en piedra el tipo de la cabaña cónica de barro, general hoy mismo en Oruro y en el Aullagas; para confirmación de todos estos reveladores datos e impugnación del aymarismo, vemos que los incas, cuya raza y lengua quechuas hemos de probar adelante, derivan todo, mitos y tradiciones, arquitectura y alfarería, de la cultura de Tiahuanaco. Es sorprendente cómo, aún el aríbalo, que es lo más característico de la alfarería incaica, cuenta con claros precedentes en Tiahuanaco. Un ejemplar, guardado en el Cuzco, luce por encima de los adornos geométricos, (influencia indiscutible colla-chulpa), el estilo figurativo tiahuanacuense, entonces olvidado en el Collao y conservado en tierras quechuas.

IV

CHIMÚS Y CHANCAS — ORIGEN DE LOS INCAS

Habíamos quedado en la ruina del imperio de Tiahuanaco, causada a mi parecer por aymaras, hermanos y ri-

vales de los quechuas, como su lengua, mitología y tradiciones lo indican.

En la Costa, Moche y Supe, Pachacámac y Nazca han descubierto, en sus capas profundas, los vestigios de Tiahuanaco. El estilo tiahuanacuense en lo posterior se atenúa y se extingue, principalmente en las riberas del Pacífico, para dar paso a la reanudación de las culturas locales, la cual, sin embargo, se realiza introduciendo notables innovaciones, que se explican por inmigraciones sucesivas. Los mitos las expresan. Así como el dios Con, en todo el Perú, representó a mi ver una irradicación centroamericana, directa e indirecta, del numen supremo creador y civilizador, así el dios Pachacámac (cuyo peculiar nombre debió de ser *Irma*, a juzgar por un dato del Oidor Santillán), significa otra invasión religiosa y aún étnica, pues su leyenda refiere también que reemplazó con nuevos habitantes a las criaturas de Con, a quienes convirtió en animales oscuros. Al santuario de Irma, en el valle llamado después de Lurín, acudían peregrinos de todo el Perú, y muy particularmente del litoral o llanos *yungas*, hasta de distancias de 300 leguas. Subsisten pormenores de una especial emigración, venida por mar a Chicama, y extendida cuando menos a Pacasmayo (Pacatnamu) y Lambayeque (Lampayec). Según Cabello Balboa, la dirigía el rey Naymlap. Sus cortesanos y servidores se llamaban Fongasigdé, Pitasofi, Ollopcopoc, Llaschilulli, Xam, Ochocallo, que recuerda el *cali* o el *catl* nahua; y entre sus herederos se nombraban los príncipes Cium, Cumtipaltec, Nofanech, Lanipatum, Tempellac, de eufonía maya. Otros patronímicos mochicas ulteriores son Xualap, Chialap, Chanchén, Nallún, Ulmux, Tecop, Xacmal, Jutepete, Tolloc, Chipnuc, Yemic, Uxuel, Coxtol, etc. Desembarcó Naymlap en las bocas del río que denominaba Faquislangá (Collique o río actual de Lambayeque). Edificó un templo que se decía Chot. Atendamos a que Chob es una divinidad maya; y a que Cium,

sucesor de Naymlap y tronco de numerosa prole, se asemeja mucho a la palabra maya *yum*, que significa padre. Los colonizadores hubieron de llegar a las sierras inmediatas de Otuzco y Contumazá, donde Chota y Sinsicab, Usquil, Monchacab, Uningambal, Guzmango y Chuquimango evocan lugares y voces de Centro América. No se trata del *mallcu* quechua o aymara. Al norte de Cajamarca, entre las muy quechuas Bambamarca y Cochabamba, se estableció otra Chota, rodeada también de exótica toponimia: Nanchiod, Niepos, Tocmoche, Chancay, Chulit, Nomoyoc, Collud. Si tal sucede en la serranía cajamarquina, la propagación de la onomástica forastera es lógicamente mayor en los campos y quebradas de Trujillo y Pacasmayo: Chanchán, Cao, Nepén, Virú, Mocán, Sipán, Tinacap, Charat, Coipín, Chepén (que antes se llamaba Chepentepac), Lloc, Paiján, Cajanleque, Jequetepeque. Aquí hasta el *tepec* nahua resuena. Las localidades parecen ecos de las de Panamá, o de las de San Salvador y Guatemala. Cualquiera creería, por los nombres, que los pueblos salvadoreños de Jayaque y Tamanique son fincas rústicas de Lambayeque y Trujillo. Tuvimos una aldea de Noquique, junto a Chérepe, hasta mediados del siglo XVI.

Al cabo de algunas generaciones, los vástagos de Naymlap cayeron en el vasallaje de sus parientes o afines chimús, que construían con gruesos adobes Chanchán, junto a Mansiche, al septentrión de los deshabitados templos primitivos y tiahuanaguenses de Moche. Los últimos curacas de Lambayeque, súbditos ya del Gran Chimú y de los Incas, se apellidaron todos Pisan, y sus nombres individuales fueron Llem, Chullum, Fellum y Pecfum. La terminación en *um* para los propios, y las en *ac*, *al* e *il* para los lugares, son características de los mayas. Algunos de esta región norteña peruana se reproducen en las cercanías de Lima (como Chancay, Collique, y la huaca de Mangamarca junto a Lurigancho); pero en general los

valles limeños han sido recubiertos por toponimias quechuas y aymaras, que deben atribuirse en su mayor parte a mitimaes de los Incas. Los había aymaras en Carabayllo, donde existió una aldea Huancane; los hubo quechuas o aymaras en Chucuito y en Maravilca, antigua designación del Morro Solar. Por eso las similitudes mochicas que para Lima he señalado, distan bastante de la certeza. El dios Pachacámac o Irma localizaba sus mitos, no sólo en su comarca, sino en la de Huaura y Végueta, con la leyenda de Huichama y del curaca Anat, únicas supervivencias de lengua yunga que allí se advierten. La región limeña parecía ya destinada a ser, como después lo ha continuado, el crisol en que se funden las razas peruanas. Estaba su quechuización tan avanzada cuando la conquista castellana, que los caciques de Pachacámac y Rimajtampu, conocidos por los primeros españoles de Hernando Pizarro y de Estete, se llamaban Taurichimpi y Sullcacumpi, y antes se recordaba a Pacallay (el de la huaca Juliana en Miraflores); el de Huaura se decía Huascapaychu o Huascapacha; el de Huarco, el moderno Cañete, Huarillí; el de Mala o Mallaque (en ayunas), Rincoto (Rinricoto); nombres todos de evidente extracción quechua, a pesar de la somera opinión de Tschudi. Lo eran de igual modo el pueblo viejo de Surco o Sullca, al lado de Armatampu (actual Chorrillos), y el de Maranga. Las ofrendas chimus abundaban en el santuario de Pachacámac, lo mismo cuando el monarca de Canchán dominó en estas tierras, que cuando se independizaron de su hegemonía, para construir el curacazgo teocrático de Cuismango, el cual, tanto como del *mallcu* aymara, puede derivar su título de Guzmango, repetido en Contumazá. El Gran Chimú logró un tiempo, según la Informaciones de Vaca de Castro, unificar toda la Costa, desde Nazca hasta Piura; “y algunos afirman que llegó hasta Puerto Viejo, y que le tributaban todos los yungas a los chimus, como a señores naturales antiquísi-

mos, en más de veinte vidas más antiguos que los Incas". Realizaron así los costeños por esa época su unidad cultural y política. La continuidad lingüística de los chibchas es clara hasta el golfo de Guayaquil cuando menos. La del mochica con los dialectos guayaquileños y de la Isla de Puná, no está aún patente; pero insisto en las analogías centroamericanas apuntadas. No tardaron mucho los valles centrales de Lima e Ica en segregarse de Chanchán: la fortaleza de Paramonga, cuyas obras defensivas miran al Sur, se ha considerado con razón como la defensiva frontera entre los estados chimús y el señorío de Cuisman-go. Bandelier ha moderado y enmendado las exageraciones de otros peruanistas sobre la población de las metrópolis costeñas. Pachacámac nunca pudo abrigar más de 30,000 habitantes; y Chanchán propiamente llamado, menos del doble, porque entre sus edificios se intercalaban jardines, huertos y tierras de cultivo. Antes de la conquista incaica, había llegado Chanchán a tal decaimiento que pagaba tributo al congénere Guzmango de Contumazá.

Otra invasión tan indudable como la de Naymlap en el Norte, fue la de los chinchas en el valle a que impusieron su apellido, acreditada por los textos de Cieza y Garcilaso. Recordaban proceder de lejanas tierras, haber dominado y exterminado a los oborígenes, de muy baja estatura, y haber extendido su señorío por los valles de Pisco e Ica, y sus correrías por las alturas de Huaytará y las punas del Collao. La última leyenda, impugnada por Garcilaso, que la declara fanfarronada mentirosa, necesita explicarse, tomando en consideración que si, como es verosímil, ascendieron de Ica al territorio chanca, y de Nazca a Cotohuasi y Caylloma, se encontraron efectivamente con poblaciones hermanas de los collas, que hablaban el aymara, y que poco o nada diferían de las del Altiplano. La pretendida hermandad de los chinchas con los tan ascendereados atacameños, no me conviene en grado

igual. No basta que coincidan en cerámica geométrica. La alfarería de toda esta porción de las Costa, al continuar la persistente herencia de Nazca, ha tendido de continuo a esa ornamentación estilizada y geométrica, en contraste con la chimú, que en todos sus períodos, desde el protoide, se inclina a los figurativo y escultórico. La zona de transición o de eclecticismo entre ambas ya dije que se hallaba en Lima, particularmente en Nievería, ciudad ya abandonada cuando la venida de los españoles.

Los chinchas, al combatir con los chancas, padecían los lejanos efectos de la invasión colla. Corroborando mi tesis, no son los aymaras los que nos han transmitido el vetusto y casi olvidado nombre de Tiahuanaco (Chucara), sino un quipucamayo de la región quechua alto peruana de Cochabamba, llamado Catari, con nombre totémico que es también quechua y relacionado con el culto a Huiracocha (Catari, significa serpiente en ambos idiomas). Por el cronista jesuita Padre Anello Oliva nos consta que refería Catari ser Chucara y Chuncara, el nombre primitivo de Tiahuanaco, muy explicable dentro del quechua: del verbo *chocarcarini*, apedrear, o *chucuni*, temblar de viejo, o del número diez, *chunca*, base del sistema de contabilidad, y de la partícula *raj*, antes. En puquina será *chucara* casa del Sol; pero de ningún modo en aymara, en que casa es *uta* o *uyu*. Para Catari "el señor de Tiahuanaco y de todo el mundo" (¿dios o marca?) se decía *Huyustus*, que parece provenir de los vocablos quechuas *ullu* o *ulluni*, fuerza viril y fecundación, como se colige por el signo de una piedra rota de aquellas ruinas. El mismo Catari nos cuenta que el dios Huiracocha fue apedreado en Copacabana, al lado de Tiahuanaco, y en Ilabaya de Locumba; estos dos últimos sitios de etimología aymara (originados de las raíces *ilave* y *aya*, y de *rucumpa*) y en la comarca donde vivían desde antaño los collas. Otra Chucara había precisamente al norte del Collao, no lejos de

Ayaviri, donde dijimos que fue la resistencia de los huira-cochas de amplios ropajes contra los invasores. Con la repetición de nombres locales tan frecuente en las emigraciones de razas, los recién llegados fundaron en el mismo cantón otro Oruro (el menor u Orurillo), duplicación y probable recuerdo del de la provincia Cari, al norte del Aullagas. Estos bárbaros *caris* (varones o valientes o *cara-cara*, título que se sabe fue el de su región junto a Oruro, y que significa en quechua *desnudos*, se parecen hasta en esa denominación a los *huitzil* (extranjeros sin calzones) destructores de Mayapán y vencedores de los *cocomos* mayas. Nuestros *caris* o *collas* se extendieron con su lengua y con sus chulpas por Canas y Canchis, y torciendo luego al sudeste de Velille, por el nevado de Collahuata, ocuparon la provincia de Caylloma, a la que impusieron su propio nombre (Callaguas), y sometieron y expulsaron a los primitivos habitantes. Desde Caylloma y Cotachuasi, para los pastores aymaras, predilectos habitantes de las punas, el tránsito era fácil a Lucanas y Choclococha, donde los chancas de ellos derivados, colocaron su *pacarina* o lugar santo. De allí en época posterior, bajaron a arrebatar a la *muy antigua nación quechua* (Cieza, *Crónica*, Primera Parte, cap. 90) las feraces campiñas de Andahuaylas, cuando ya comenzaba la segunda dinastía de los Incas, la de los Hanancuzcos. Mientras por el lado Oeste se sentían así presionados los quechuas, aún había sido mayor el avance de los directos y legítimos *collas* por el Sur y por el Este. La quebrada del Urubamba fue invadida en épocas anteriores. Hay chulpas esporádicas al norte de Urcos, y en la misma Calca. Urcos está a 6 leguas al Sur del Cuzco (XVII). Ya en la Montaña, el pueblo de Lares tiene etimología aymara; y las fortificaciones del Vilcamayo, según la acertada observación de un viajero, parecen dirigirse contra enemigos que avanzaran del lado meridional. En el centro, arriba de Ve-

lille, Chamaca hablaba un dialecto aymara, por la interpretación que del nombre del lugar da en las *Relaciones Geográficas*, aunque allí se atribuya a la lengua particular de los Incas. Los quechuas venían a quedar rodeados, reducidos a un territorio muy limitado, aunque no tan angosto como quieren los aymaristas, verbigracia Uhle, por lo menos muy amenazado y restringido. ¿Quiere decir todo esto que aceptamos paladinamente que el Cuzco pre-incaico y sus aledaños estuvieron poblados por collas, como pretende la escuela de Middenforf, o por puquinas, hermanos de los amazónicos arahuacos, según ahora lo sostiene el arqueólogo Valcárcel? No da asidero para tales hipótesis la comprobada toponimia primordial. El Cuzco, antes del establecimiento de los incas, se llamaba Ajamama (madre o patria de la chincha), unión de palabras eminentemente quechuas, si las hay. Huanacauri, dos leguas y media al sur de la capital, santuario de los allcahuizas, tenían el nombre de Alpitay, formado de dos exclamaciones quechuas y del verbo *pintin*, separarse o desgarrarse, porque allí se realizó en efecto la definitiva separación de las tribus incas. Los aborígenes cuzqueños, anteriores a todos los ayillos incaicos, eran los huallas, pojes y laris. Valcárcel deducía antes *hualla*, muy verisímilmente, del quechua *huaylla*, pradera, vega amena. Hoy prefiere, siguiendo y extremando las indicaciones de Troll, derivar su etimología de las relaciones con la zona selvática y amazónica, del tronco arahuaco muy en moda. No hay que ir a buscar tan lejos, en el arahuaco o puquina, lo que de manifiesto se ofrece en el quechua. A más de *huaylla*, pudo ser el origen, máxime para la estropeada transcripción española, la quechuísima palabra *huajlla*, cuya acepción de vivir mal, de manera desordenada y depravada, se aviene al concepto en que debían tener a aquellos naturales los conquistadores y civilizadores incas. Ni tampoco es tan enigmática la significación de *pojes*, que según los casos

se aplica en quechua a los simples, y por metáfora a los primerizos, recién destetados, o por último, a los maduros, tardíos, hartos u otoñales. Quedarían con significación aymara probable (quizá es también quechua) los *laris* (cimarrones, gentes sin gobierno), calificativo que ha debido aplicarse, desde el punto de vista colla, a figitivos o alienígenas. Nótese además que los huallas obedecían como a peculiar curaca, estando a las informaciones españolas, a un Apu Carhua (jefe pálido o lívido), de apelativos muy castizamente quechuas; y que su adoratorio o pacarina, cuando no se permitía poseerlas a las razas extrañas dentro de la comarca del Cuzco, estaba en la inmediata quebrada de Patallajata y lucía el título de Antuiturco, que provendrá, según la lección que se prefiera, de *anti* y de las raíces quechuas *turpo*, hincar o punzar, u *orco*, cerro.

Los aymaras se hallaban entonces en la cumbre de su poderío, coincidente con la extensión de la cultura de Tiahuanaco. Cuando la sagrada ciudad del Collao estaba abandonada, cuando su estilo retrocedía y se apagaba, hasta desaparecer o poco menos en alfarería y tejidos, los aymaras —consecuencia lógica y comprobación de mi hipótesis— se dilataban por varios siglos, en esta especie de barbarie medioeval, desde Atacama y Arequipa, hasta la cuenca del Beni, desde Chuquisaca hasta veinte leguas al sur del Cuzco, conforme textualmente lo consignan los relatos de Sarmiento de Gamboa. Hacia el siglo XII nos hallamos en la comarca de Paruro, fronteriza de las provincias quechuas por antonomasia, con la tribu de los incas, hermana de los otros orejones: chilques, mascas, acomayos, cahuinas y tampus, vestida y tocada como ellos; que emprende su inmigración al Norte en busca de tierras fértiles. El lugar de Pacaritambo, desde el que iniciaron los incas su itinerario histórico, está a cosa de siete leguas al suroeste del Cuzco. Se levanta allí el cerro de Tampusutojo, que era la pacarina o solar del que creían haber salido,

y ante el cual erigieron en los tiempos imperiales un gran templo y palacio. Esta idea de nacer de las cavernas, que fueron sin duda sepulcros, de sus progenitores, está difundida en todas las razas andinas del mismo tronco, y recuerda el mito de los siete linajes nahuas, las siete cuevas de Chicomóztoc. En el cerro famoso de Pacaritambo hay tres ventanas: *Maras-tojo*, venerada como solariega por los *maras*, que hallaremos al norte del Cuzco, vanguardia de los inmigrantes; *Sutij-tojo*, oratorio de los *tampus*, que habitaron Pacaritambo y se dilataron en la quebrada del Urubamba; y el nicho principal, *Cápac-tojo*, venerado como origen de las cuatro parejas de Ayares, que simbolizaban los cuatro ayillos o tribus de los incas propiamente dichos. Los cronistas convienen en que de Pacaritambo partieron, y en que al mismo tiempo procedían del lago Titijaja, que fueron hijos del Sol (Intip-Churin) y que los creó Huiracocha, directamente o entregando su sagrada vara y sus leyes al curaca de Pacaritambo, padre de Manco Cápac y los otros Ayares (Cieza, Cobo, Sarmiento, Betanzos, Pachacuti Salcamayhua, etc.) tantos y tan autorizados relatos vinculan ambos arígenes, el inmediato de Pacaritambo y el remoto del Titijaja o de Huiracocha, dios del Collao, que hay que rendirse a la evidencia de tal nexo, por más que Uhle se empeñara en tenerlo por contradictorio, sin aducir razón alguna para tan peregrina y caprichosa tesis. Los Incas sostuvieron siempre, con la mayor constancia y ahínco, su oriundez de Titijaja; y al propio tiempo desdeñaban y reputaban extranjeros a los collas, cuyo nombre quiere decir en quechua *no maduros*, bárbaros, inexpertos. Con esto mismo coinciden el insultante epíteto de *asna-colla*, que les aplicaban en el imperio a los pretensos antecesores y progenitores de la casta soberana; y la verdadera interpretación de las palabras de Huáscar en la historia de Sarmiento (cap. 64), que no es la favorable a los pseudo-aymaras, admitida de ligero

por algunos comentadores. En otros pasajes de Sarmiento, capítulo 37, se lee cómo al conquistar a los collas, el Inca Pachacútej los calificó de *gente tan inferior y desigual*, y derribó sus ídolos y huacas, que los incas no reputaron por deidades verdaderas. Incomprensible todo esto si de los collas hubieran descendido. En el Padre Cobo se consigna que arrojaron los incas a los collas de los santuarios injustamente poseídos por ellos en las islas del lago y en Copacabana, y repoblaron esas regiones con gente traída del Cuzco, del linaje incaico. En la isla de Coata erigieron una estatua femenil llamada Titijaja, que representaba a la madre de los incas, en su advocación lunar. Cierto que en el relato de la misma leyenda, el Padre Cobo, siguiendo las veleidades y confusiones de la tradición oral, pretende que los incas no habían adquirido antes noticia de dichos lugares, lo cual está desmentido por la inmensa multitud de autores fidedignos, que acreditan la aserción de haber venido los incas del Titijaja, y por la imposibilidad manifiesta de no haber llegado a Paruro y Paracarambo los efectos del imperio tiahuaquense, que alcanzó a influir en puntos tan lejanos del continente. El título específico de *hijos del Sol*, culto totémico de los Incas, por más que el sabeísmo hubo de estar muy extendido en la Sierra, lo explica la americanista Celia Natall porque en Tiahuanaco, así como en Palenque, el tránsito del Sol dura doscientos ochenta y dos días, período de gestación de la criatura humana. Esta observación curiosa es una prueba más de la procedencia tiahuaquense de los incas. Por otra parte, los incas no se deformaban el cráneo como los collas, ni se enterraban en chulpas. Su quechuismo está con tal evidencia probado por haber impuesto el quechua como lengua general de su imperio. La particular que ellos usaban era un mero dialecto quechua, aunque obscuro, según Pedro Pizarro, y bastante convencional y secreto. El Oidor Santillán certifica que la len-

gua quechua era natural de los indios de Pacaritambo, oriundez de los incas. Otra información, existente en el Archivo de Indias y publicada por J. T. Medina (*Imprenta en Lima*, primer tomo), reitera el origen e idioma quechuas de los incas, y su procedencia de Pacaritambo, que se llamó también Cajatambo (de *casa*, en quechua roto o frío). Reduplica el Padre Cobo la certeza aduciendo el testimonio del Príncipe D. Alonso Túpaj Atau, el cual declaró que la lengua cortesana de los Incas no era sino el dialecto quechua regional de Pacaritambo. Por lo demás, los exámenes de Tschudi y de Markham han destruído la opinión de ser esta variedad lingüística de los Incas aymara puro, como Middendorf y otros lo sostenían. Bien se ve que en ningún caso habría sido posible tan extraña y fácil asimilación, porque habiendo prohibido los Incas, a los más altos curacas, emplear dicha habla cortesana, resultaría absurda la prohibición del aymara, lengua nativa y arraigadísima en tantas regiones. Pero aunque esa habla cortesana o netamente incaica tuviera dentro del quechua frases artificiosas y raíces insólitas o arcanas, según ocurre en tantos pueblos de igual estado de cultura, no hay que imaginarla, como quieren algunos, una adelgazada y complicada lengua literaria, ni menos compararla con el *sermo eruditus* del latín, porque tal comparación descubre completa falta de sentido histórico y lastimosa debilidad de espíritu crítico.

Las cuatro parejas de Ayares incaicos nacidos del Cápac Tojo, se llamaban, ateniéndose a las seguras fuentes, Manco Cápac y Mama Ocllo, Ayar Auca y Mama Huaco, Ayac Cachi y Mama Cuca o Ipacara, Ayar Uchu y Mama Rahua. El número cuatro es mítico, lo mismo entre mejicanos y mayas, que entre peruanos. A partir de las tradiciones de Tiahuanaco se habla de cuatro hermanos progenitores (Manco, Colla, Toco y Pinahua en Garcilaso, Parte Primera, Libro Primero, Cap. XVII). Es

el número sagrado *tahua* que sirve para las regiones del mundo y del imperio, y para los cuatro barrios primitivos del Cuzco, y que se repite desde los signos en forma de cruz en Tiahuanaco, la isla de Coati y Carabuco. Se colige por eso que, en la realidad histórica de la emigración, las tribus o cuadrillas fueran más de cuatro, aun sin agregar las precursoras de los maras, y de los tampus o aylo de Sútij-tojo. Según las versiones más puntuales, fueron diez en efecto las parcialidades o bandos que partieron desde Pacaritambo con rumbo al Cuzco, a intervalos breves. Los nombres íntegros de los Ayares pueden cabalmente explicarse por el quechua, lo que es otra confirmación definitiva del quechuismo incaico. Ayar debe de proceder de *aya*, muerto, y significar en consecuencia antepasado, progenitor, tutelar padre difunto, lo mismo que el *mallqui* adorado en todas las tribus peruanas. De esta misma raíz *mallqui* (almáciga, lo trasplantado o emigrado) o del *mallco* también quechua (polluelo, pichón de ave que comienza a volar), tiene que proceder totémicamente el nombre de Manco, quien según la tradición llevaba consigo en vasos de oro sagradas semillas vegetales y un pájaro dedicado al Sol y guardado en una petaca, que se llamaba *inti* (como el *quetzal* o pájaro solar en Yucatán y el Anáhuac). Tal es la interpretación obvia y lógica, que ormoniza con los totemes del ají y de la sal en los otros Ayares (Achu y Cachi), y de sus mujeres Huaco (de *huácuc*, hoja de choclo), Cuca (coca) y Rahua (de *rau*, nive, hielo). En aymara la sal se dice *jayu* y el ají *huaica*. Ir a buscar para Manco el *mallcu* aymara, porque se traduce jefe o capitán, es una incongruencia; pues el nombre del caudillo hubo de ser aquí, para guardar la correlación debida con los de los otros Ayares, no un título de honor y jerarquía en lengua extraña, sino la designación en la propia vernácula de su totem, simple o doble, tal como lo expresan las etimologías quechuas que he

propuesto. Pretender que Ayar no se deriva aquí de *aya*, muerto, sino de la denominación aymara y quechua de la quinua silvestre, y que Ayar Cachi y Ayar Uchu quieren decir por consiguiente quinua con sal y quinua con ají, es un pueril despropósito para los hechos históricos que narramos. Más que a etimologías plausibles, se asemejan estas hipótesis risiblemente a recetas de cocina indígena. Ni es menos disparatado aducir, con los mismos arqueólogos, que expresan esos nombres la introducción en tierras cuzqueñas del procedimiento momificador, y del uso del ají y de la sal, porque en el Perú se sabía embalsamar desde los lejanísimos tiempos de la cultura de Nazca, y porque la agricultura y la explotación de las salinas no eran tan recientes en la región cuzqueña, de antiguo civilizada aunque entonces decaída. Otro general desbarro es tener a los allcahuizas por aborígenes del Cuzco. Palmariamente demuestran las Informaciones de Toledo que los allcahuizas eran ni más ni menos que los miembros de la tribu de Ayar Uchu. Su nombre proviene de *allicac* (noble, distinguido, de buen proceder). Bajo la primera dinastía, formaban uno de los ramos o bandos más poderosos de la nación inca. Eran los guardianes del gran templo de Huacacauri, y allí tenían por totem a un gavián. Ya hemos explicado el quechuísmo de Alpitay, designación arcaica de aquel santuario. Tribu sacerdotal y privilegiada siempre, aun después de haber perdido su antigua hegemonía, tuétano de la primitiva confederación incaica, es en extremo singular y paradójico que algunos escritores cuzqueños la reputen hoy aymara. No es menos inexacto y reparable que ateniéndose a las expresiones literarias de un texto de Sarmiento, contradicho por otros anteriores del mismo y rectificado al margen, a ruego de los indios nobles, en las Informaciones de D. Francisco de Toledo, por el Secretario General de Virreinato, Alvar Ruiz de Navamuel, se reputa a los antasáyaj como autóctonos del Cuzco y ex-

traños al linaje de los Incas, en el mismo nivel que a los huallas. A diferencia de éstos, los antasáyaj eran *orejones*, de la nación de los tampus. Pretendían como ellos haber salido en Pacaritambo de la cueva de Sútij-tojo. Entre los cabezas del linaje de los antasáyaj al tiempo del Virrey Toledo, figuraba un Ollantay, lo que esclarece el significado del célebre drama de su nombre, ensalzador de la excelencia y hazañas de los guerreros tampus y antis (en realidad la misma tribu). Su jefe legendario, cuando la fundación del Cuzco, fue Quizco Sinchi. En el área de la metrópoli cuzqueña, los habían precedido los sahuasiray, también *orejones* y hermanos suyos en Sútij-tojo. Era capitán de este ayllu a fines del siglo XVI, D. Martín Mayta Sahuasiray. Sus próximos consanguíneos antasáyaj, que arriba he mencionado, tenían el adoratorio, con la piedra representativa del progenitor Ayar, en el andén sagrado de Collcampata, prueba evidente de su genuino incanismo, porque a los alienígenas no se les permitía después del Inca Pachacútec retener huacas o ceques dentro del privilegiado recinto. A ninguna de estas particularidades han atendido los peruanistas que, como Ugarte, Valcárcel y el cuzqueño Pardo, los declaran extraños a los incas, sin reconocer la equivocación del subsanado texto de Sarmiento.

Las insignias atribuidas al Inca Manco y ostentadas por sus herederos, muestran casi todas los símbolos del culto de Huiracocha, relacionados en consecuencia con las tradiciones de Tiahuanaco. Los cetros, yauris o *champs* dobles, "en dos astas largas" como describe Cobo que se llevaban delante del Inca, son los que esgrime en cada mano el dios de la portada de la Acapana. Allí mismo aparece la serpiente o dragón, en el pecho de Huiracocha, y en su corona o aureola: es el *amaru*, distintivo o *huauqui* de los Incas, como lo vemos con Sinchi Roca y el Inca Huiracocha Yupanqui. El pájaro solar *inti*, totem de Man-

co, que quizá se confundió a veces con el *amaru* en piedra, es el *quetzal* mejicano del Sol, como ya lo apunté, indisolublemente unido a la divinidad de Coculcán o Quetzalcoatl, el prototipo de Huiracocha. El *Súntor-paucar*, que siempre se erguía delante del soberano como insignia suprema, es a las claras la propia serpiente de plumas, causa y traducción exacta en nahua del nombre Quetzalcoatl; y las tres plumas derechas en que el *súntur-paucar* remata, las que coronan la aureola de Huiracocha en la Acapana, los tres rayos que salen de la cabeza del mismo dios en la visión del Inca homónimo, reparador de su culto. La *achihua*, dosel de plumas extendido sobre el monarca y conducido por cuatro príncipes ancianos, corresponde puntualísimamente al parasol de plumería de Quetzalcoatl; y con el mismo culto se vinculan la insignia del jaguar o puma y la de las sierpes enroscadas en bastones, que son los restantes principales blasones incaicos. De Méjico y Centro América (Tláloc y Códice de Oajaca) pasan a Chavín y Tiahuanaco; y de allí los incas los heredan y restauran, en su sentido y alcance primeros. La serpiente, para los indios del Tahuantinsuyo, simbolizaba el rayo (*illapa*). A más de sus adoratorios especiales, y del Toxanamaru y otras menores huacas Amaru cuzqueñas, levantaron, en el corazón del Cuzco imperial, entre el templo de Amaruancha y el Quishuarancha de Huiracocha, la redonda torre de la Súntur-huasi, que por la forma circular reproduce las capillas de Cuculcán en Chinchén Itza y de Quetzalcoatl en Méjico. Parece la identidad de una sola religión. Los *tarpuntay*, colegio o linaje sacerdotal incaico, dedicados al servicio de Huiracocha y del Sol, se cubrían con las mismas túnicas anchas y blancas que compusieron la vestimenta de los famosos ministros prehistóricos del dios barbado, allá en las islas y riberas del Titijaja. La última insignia incaica, el *napa*, llama blanco adornado con sus orejeras de oro y pretales rojos, está

sin ningún género de duda relacionado también con la meseta del Titijaja, cuyo distintivo conocidísimo fue en todos los tiempos.

Estos arcaísmos tiahuanacuenses, estos visibles nexos con los mitos del gran lago, venidos de Centro América, e incluidos en la liturgia y herencia de Huiracocha, nos presentan a los incas desde el principio en su verdadero y esencial carácter de restauradores. Ya muchos añejos analistas, como Cobo y Montesinos, lo apuntan. Los incas, vástagos fieles de un mundo anterior, salvados de una catástrofe o diluvio social, representan una reacción neta, un decidido retorno a la unidad, al culto, arquitectura y supervivencias tiahuanacuenses, después del período de semiolvido, fraccionamiento, degeneración y barbarie, cuyos antagonistas francos y triunfadores fueron. El mundo incaico significa un renacimiento, algo atenuado, de Tiahuanaco. Libres nosotros por fortuna del progresismo unilateral y superficial del siglo XIX, podemos apreciar desde luego esta primera nota resaltante en la organización incaica, y comprender la necesidad y méritos de los que Vico llamada *ricorsi*, a menudo indispensables y redentores. Después de las épocas mezquinas, confusas y anárquicas, la reacción equivale a mejoramiento, salud y regeneración. He aquí una de las más útiles enseñanzas de la protohistoria peruana.

V

CUZCO PREINCAICO.— SUS POBLADORES.— FAMILIA AGNATICA O UTERINA EN LOS AYLLOS DE LOS INCAS

Hemos tratado ya del origen de los incas, de sus probables nexos con los anteriores culturas peruanas, de su emigración del Titijaja a Pacaritambo y, tras largo intervalo, de Pacaritambo al Cuzco. Hoy, con el detenimien-

to que merecen los principios de las grandes cosas, la estrecha cuna de los grandes imperios, estudiaremos lo que era el Cuzco antes de su población por Manco Cápac y los clanes incaicos.

Hasta hace poco la imprudencia y la sobra de fantasía de algunos arqueólogos sustentó, en una artificiosa y retumbante división cronológica de estilos de arquitectura (primitivo, ciclópeo, poligonal, rectangular almohadillado y pulido isógono), la teoría del Cuzco preincaico multimilenario. Siguiendo la moda antojadiza y violentando los textos, ya de por sí tan inseguros, de Montesinos, llegaron a devanear un vasto imperio aymara, cuyo centro imaginan en el Cuzco primordial. Se va imponiendo al cabo el buen sentido contra tales quimeras; y la crítica proclama ahora que en el Cuzco, como en todas partes, han podido y debido simultáneamente emplearse varios aparejos de construcción, los cuales no son por consiguiente criterios bastantes para diferenciar épocas. Aduciré sobre esta materia una anécdota personal. Hace ya veinticinco años, visitando las ruinas cuzqueñas, discutía yo el punto con los arqueólogos locales, y me resistía a considerar preincaico lo que era megalítico o de grueso aparejo, sin otra mayor razón de primordialidad. Ellos se aferraban a su doctrina, que les permitía multiplicar siglos y ahondar la perspectiva prestigiosa. De repente, descubrí en un lienzo de pared el argumento más eficaz para rebostucen mis dudas. La parte superior de un muro era poligonal, y la inferior pulida. No era posible suponer que lo más viejo, lo pretense preincaico, se hubiera conservado pendiente arriba, mientras los posteriores incas renovaban la parte baja. Mi contricante no cedió, y alegó confusas razones. Al presente, como los demás, está convencido de la simultaneidad de sistemas en las construcciones incaicas. Ojalá persevere en el buen rumbo. Mucho tiempo y esfuerzos se han malgastado antes de aceptar lo que era rasaltante, de reful-

gente evidencia. Para desvanecer los soñados milenios del Cuzco preincaico, no hace falta sino atenerse a los datos ciertos de la arqueología y a las versiones de los cronistas fidedignos.

Las comarcas vecinas al Cuzco, las quebradas y provincias inmediatas, encierran sin duda antigüedades preincaicas. Hay chulpas de aspecto aymara en Canas y Canchis, y aún Calca. Hay vestigios paleo-quechuas en Muyna, y en Ollantaytambo y lo restante de la cuenca del Vilcamayo. Pero en el mismo Cuzco cuanto se ha hallado resulta incaico. Y efectivamente, en corroboración, ya Betanzos (cap. III), concordando con Garcilaso, Cieza y Sermiento, nos asegura que antes de la venida de Manco no había en el valle del Huatanay sino pueblos pequeños, "de hasta treinta casas pajinas y muy ruines"; y que una gran parte de lo que fue después la ciudad del Cuzco, lo ocupaba un tremedal o ciénaga Nueva semejanza con la condición primitiva de las análogas metrópolis imperiales, con las lagunas de Méjico, y los pantanos del Foro en la Roma regia.

Los huallas, aborígenes cuzqueños (con la relatividad que ha de entenderse esta palabra), primeros ocupantes conocidos de aquel distrito, pudieron muy bien ser de raza quechua, no sólo por su verosímil etimología y la de su principal curaca, que expuse en la lección anterior, sino por los nombres de los de su linaje, declarantes en las Informaciones del Virrey Toledo: Utca, Tillantu, Huampu, Chun, etc. Se apellidan con innegables denominaciones quechuas. De los otros aborígenes, *pojés* y *laris*, los primeros tienen también clara explicación quechua. Los *laris*, en cambio, llevan un título aymara, que se reproduce al oriente, en plena ceja de la Montaña. No emularé, en contrario sentido, las extremosidades de las teorías que censuro, negando la realidad de las infiltraciones aymaras en los territorios cuzqueños y quechuas.

Según mi hipótesis, los collas dilataron sus incursiones en ellos por algunos centenares de años después de la caída de Tiahuanaco. Lo que niego es que al norte de Tinta y de Pacaritambo esos elementos aymaras tuvieran la entidad e importancia que se pretende. Si lo más hubiera sido aymara, no se explican las emigraciones tan continuas y reñidas, ni el predominio de la lengua quechua, ni el contraste encarnizado entre dos tipos de cultura. Suponer con Von Buchwald, Middendorf, Uhle y Latcham, seguidos dócilmente por los nuestros, que el Cuzco incaico fue en sus orígenes una colonia colla, es infinitamente mucho más infundado que lo era, en arqueología latina, el envejecido prurito de convertir Roma en mera colonia etrusca. Si los laris fueron aymaras, no alcanzaron mayor influjo, por ser poco numerosos y muy atrasados. Los huallas, sus compañeros, no ofrecen ningún seguro rasgo de aymarismo. Pregonarlos por aymaras, me parece ya una arbitrariedad exorbitante, de aquéllas en que tan a menudo incurre esa escuela. Ir aún más allá, y achacarles origen uro y hermandad con los salvajes de la selva amazónica, como alguno lo hace, es, frente a los datos que poseemos, un antojadizo y falso testimonio, que frisa en la extravagancia.

Por la tradición verídica y concluyente que trae Sarmiento, se ve que la primera onda de los emigrados de Pacaritambo, la vanguardia de los incas, fueron los maras. Los temáticos filo-collas declaran, con Latcham, que han de ser aymaras, porque la palabra mara no tiene significado en quechua, mientras que en aymara quiere decir *año*. Reparamos ante todo que la forma derivada y posesiva, dada a estos linajes por la leyenda, exige que los llamemos aquí *máraj* (como a sus paralelos, *sútej*), lo cual en quechua corresponde al modo adverbial *todavía, veamos, mejor, aun más, hacia eso*, sugestivo indicador de dirección, tanteo y mejoría, como rumbo de inmigrantes.

De otro lado, el recuerdo de los maras se conserva por la aldea en que perdura su nombre, al norte de la pampa de Anta y al occidente de la quebrada del Urubamba, en completa región de habla quechua; y por las huacas de Apu Yahaira y Huicarihui (muy quechuas de etimologías ambas), que les estaban asignadas en el camino de Carmanca y el Chinchaysuyo, siempre hacia Anta, junto a la heredad de Pijcho, que en el siglo XVI perteneció a la Compañía de Jesús (Cobo, tomo IV, libro 13, cap. XII). Se comprende que, como sucede con todos los primeros invasores, rebasaran los maras el valle del Cuzco, empujados por los que vinieron después. En las *Fábulas y ritos* de Molina, vemos que los maras se asociaban con los sútij para los desfiles y procesiones en la fiesta de la gran purificación o del Situa. Estos sútij, orejones, o sean indios privilegiados, y hurincuzcos, del mismo modo que los maras, consta que vinieron igualmente de Pacaritambo y eran consanguíneos suyos y de Manco Cápac. Refiriéndose a las mencionadas tribus, dice Sarmiento: "Salieron de donde los ingas y se llaman sus parientes. Y éste es punto substancial para lo de adelante" (cap. IX). Los suti componían la extensa nación de los *tampus*, y eran linajes desprendidos de ellos los *sahuasiray* y los *antasáyaj*. Latcham dice que de los sútij sabemos muy poco. Cuando menos sabemos que su nombre en quechua quiere decir aproximadamente, *manifiesto, patente, empadronado, con título fijo y claro, gente conocida*. La nación de los *tampus*, incluida dentro de los sútij, era tan importante y se había extendido tanto en la cuenca del Urubamba, que en la solemne oración al Sol, reproducida por Molina (pág. 53), se la equipara a los incas cuzqueños por las siguientes palabras invocatorias: "¡Oh Sol, padre mío que dijiste: haya cuzco y tampus; sean éstos tus hijos vencedores de todas las gentes, pues para ello los hiciste!" A los *tampus* pertenece la leyenda o ciclo poético de O-

llantay, cuyo nombre todavía se perpetuaba, a fines del siglo XVI, dentro del ayllu de Antasáyaj, que era *sútij* o sea *tampu*. Por su ostensible importancia y precedencia, dice el Padre Acosta que los incas del Cuzco creían a los *tampus* el linaje más antiguo. Sus ayillos filiales de Sahuasiray y de Quizco Sinchi o Antosayaj, fueron los primeros incas u orejones que se establecieron en el valle del Cuzco, aliándose con los autóctonos huallas, los cuales vivían en las alturas del este, desde el Sajsayhuaman hasta San Blas y el Arco de la Plata. Es muy descaminada arbitrariedad la de hacerlos venir del oriente y al propio tiempo reputarlos aymaras, cuando está probada su procedencia de Pacaritambo y constituyen la entraña del quechuísmo. Sahuasiray se deriva paladinamente de *sayhua*, poste o lindero, y de *sira*, que unas veces significa escorpión y otras echarse a dormir, tenderse o recostarse. En efecto, fueron los primeros radicados en el Coricancha y la junta de los dos ríos Huatanay y Tulumayo.

La tercera onda inmigratoria salida de Pacaritambo, está formada por los ayillos simbolizados en los cuatro Ayares y sus esposas, los cuales dicen haber invertido ocho años en el viaje, deteniéndose a poblar y sembrar en las estaciones intermedias. Uno de los ayillos, el de Ayar Cachi, regresó, según la fábula, a Pacaritambo; pero alguna porción de él debió de continuar con los restantes o fue después traída por Manco, pues figuraba entre los bandos del Cuzco el de Chahuin, del mismo linaje de Ayar Cachi. Dije en mi lección anterior que Huanacauri fue el sitio en que se apartaron los de Ayar Uchu para adelantarse por sí solos al Cuzco, dejando a la zaga a los ayillos de Manco y Auca. De allí que recibiera aquel lugar los nombres de Alpitay y Quirimanta, alusivos respectivamente al dolor de la separación, y a la herida o corte sangriento que suponía segregarse del conjunto de los inmigrantes, no sin cruentos combates, cuya memoria conser-

va la leyenda. Algunos del linaje de Ayar Uchu, por otro nombre los *allcahuizas*, quedaron sin embargo en Huanacauri, enterramiento de sus curacas. Los demás avanzaron al Cuzco, donde bajo el mando de Copalimayta y Culunchima se coligaron con las sahuasiray, de la estirpe o tribu sútij, y resistieron junto con los huallas la acometida de Manco, cuando éste se presentó al fin para apropiarse las tan codiciadas tierras cuzqueñas. Al lado de Manco aparece Mama Huaco, que unos analistas hacen, en su versión de la fábula, mujer de Auca, el Ayar gemelo de Manco, y otros, como Garcilaso, identifican con Mama Oclo. Todo lo cual significa evidentemente que Manco y Auca y sus respectivas esposas acaudillaban dos ayillos o fratrías consanguíneas, que ejecutaron entrambas la conquista del Cuzco, atacando a los precedentes ayillos hermanos de Allcahuiza o Ayar Uchu, de Sahuasiray y Antasáyaj, procedentes de Sútij-tojo los últimos, y a los aborígenes huallas. Estos fueron vencidos con relativa facilidad en Huanaypata, donde parece haberse solemnizado la victoria con sacrificios humanos. No fue tan llana la empresa contra los de Ayar Uchu y Sahuasiray, súbditos del cacique Compalimayta quien rechazó una primera vez la invasión de Manco Cápac, y no fue sojuzgado sino por el segundo asalto, *después de algunos meses*, dijeron a la letra a los comisionados del Virrey Toledo los indios nobles informantes. Según dicho relato, adueñado Manco del barrio de Pumapchupan y del de Inticancha, los de Ayar Uchu se mantuvieron, aunque vencidos, en el actual de Santa Clara; y permanecieron allí como en barrio autónomo hasta el reinado de Mayta Cápac, el cuarto Inca de la primera dinastía. A Ayar Uchu correspondía, entre otros, el ayillo de Arayraca-Cuzco-Callan, que figuró entre los principales incaicos. El linaje de Ayar Auca, unido siempre al de Manco, impuso el nombre del Cuzco y la piedra miliar central como es de ver en el adagio incaico

Ayar Auca Cuzco Huanca, en que *huanca* significa la piedra larga, señal del asiento de las parcialidades, y de la tumba o cenotafio de sus jefes. La etimología del Cuzco no puede ser aymara. Se deriva probablemente de los muy quechuas verbos *cusquini*, romper la tierra o deshacer terrones, o *cusconi*, esmaltar, adornar y labrar con colores (como para el *súntur páucar*). Los orejones dominados y expulsos que fueron a vivir en las cercanías del Cuzco, y que se llamaban chilques, no han de derivarse de Ayar Auca, fiel hermano de Manco, sino de los otros Ayares desidentes, o de los consanguíneos sítij (*tampus*). Eran compañeros y vecinos de los mascas; y ambos habitaban Ajcha, Paruro y Pacaritambo, la comarca solariega de todos los incas.

Se funda así el Cuzco por la aglomeración de poblados diversos, y la superposición de sus clanes o pequeñas tribus. Es el consabido *sinoecismo* de que nacen las ciudades antiguas y clásicas. Nos vienen a la mente recuerdos de la Atenas de Teseo, de los palatinos y quirinos romanos, y de los cuatro barrios de Méjico, y la unión en él de Tenochtitlan y Tlatelulco. Importa mucho darse cuenta cabal de esta diversidad y jerarquía de los ayillos incaicos, porque de ellos dimanar la organización del futuro imperio y la graduación de las clases gobernantes. Después de los ayillos o panacas de inmediata descendencia imperial, venían los clanes o gentilidades procedentes de los Ayares, y sus facciones o fraternidades; más abajo, los que hemos denominado vanguardia incaica, o sea maras y *tampus*; y en último término los restantes orejones confederados (*sañoc*, *mascas*, *chilques*, *paris*, *quillscachis*, *cahuinas* y *acomayos*, etc.) Estos y no otros eran los *incas de privilegio*, a los que Lorente, y lo que es más de extrañar, algunos contemporáneos nuestros, han imaginado ennoblecidos en atención a méritos personales, que hay quien llega al ridículo extremo de calificar de servicios políticos.

Es necesario carecer de todo sentido histórico, del instinto de los orígenes y de cuanto denominaron los románticos *apreciación del color local*, para imaginar que en un imperio primitivo y semibárbaro, embebido aún en exclusivismos de razas, brotado entre guerras y conquistas, pudiera haber una jerarquía de nobleza fundada en puros méritos personales. La estratificación de las clases fue, sobre todo a los principios étnicos, de fatalidad hereditaria: aristocracia verdadera de sangre, gentilicia, fisiológica. Todos los de la nación inca se sentían parientes, porque constituían gentilidades derivadas de antepasados reales o simbólicos; tenían distintivos semejantes (las orejeras y el llauto); númenes peculiares, cuyos sacerdotes eran privilegiados (por ejemplo, el ayllu de Tarpuntay para el Sol y Huiracocha, y la descendencia de Ayar Uchu para la piedra de Huanacauri). De los incas inferiores u orejones de segunda clase, salían los inspectores o visitadores del imperio. Cuando se emprendía una campaña, formaban el cuerpo principal del ejército, algo muy parecido a la guardia noble de otras monarquías, o a los melóforos e inmortales de los persas aqueménides. Sólo ellos podían recibir la investidura del *huarachicuy*, correspondiente a la iniciación en esta orden de caballería hereditaria o milicia especial, que no era en suma sino la nación de los incas armada. Consta que el ídolo de Huanacauri, custodiado por los allcahuizas, se llevaba aún a las expediciones más lejanas, a manera de paladión. Cuando los dominios incaicos se extendieron, hubo, es cierto, altos jefes alienígenas, gobernadores de provincias o capitanes de millares, que no eran incas ni a veces quechuas, y feudatarios como el Gran Chimú y el curaca de Chíncha, conducidos sobre literas de honor en el séquito imperial; pero nunca se ve que alguno de estos luciera el privativo título del Inca, que correspondía sólo a los orejones cuzqueños, bien residieran en la capital y sus cercanías, bien en colonias de mitimaes

o guarniciones de fronteras, que hubieron de multiplicarse en las épocas posteriores. Muy claro dice Cieza que eran nobles de primer grado, o sean Incas "los que vivían en la parte del Cuzco y sus descendientes". Garcilaso, a pesar de su ingenuidad y errores, artibuye el privilegio del incazgo o dignidad nobiliaria superior a concesión de Manco Cápac, pero sólo a sus primeros vasallos. Sin reparar en tal limitación y en el sello hereditario y local, hay peruanistas que equiparan los incas de privilegio a los modernos lores ingleses, creados por el Rey de Gran Bretaña en atención a sus méritos y talentos individuales. Tal paralelo es una caricatura, de falsedad clamorosa, perjudicial en alto grado porque perturba toda recta comprensión de la sociedad incaica.

No menores despropósitos se han acumulado para negar la personalidad de Manco Cápac. A no ser que profesen ciertos críticos una especie de absurdo ateísmo histórico, y expliquen los movimientos de las naciones y los combates de las tribus, por impulsos colectivos tan inconscientes que para nada requieran la existencia de jefes o conductores, habrá que reconocer que la emigración de Pacaritambo al Cuzco y los conflictos de los ayllos debieron de producirse bajo el mando e iniciativa de los respectivos curacas. Al que predominó, la historia incaica lo conoce bajo el nombre de Manco Cápac; y no es racional objetarle o regatearle denominación tan añeja y confirmada. González de la Rosa se obstinó en tenerlo por un ser mítico y epónimo, cuando las pormenorizadas circunstancias de su itinerario tal como aparece en las Informaciones de Toledo, el carácter totémico y propio de su primer nombre, que no tiene ninguna de las condiciones de los epónimos, y el culto privado especial y gentilicio de su estatua, en todo igual al de sus efectivos sucesores y diferentísimo de las divinidades generales, nos están gritando su concreta personalidad. Es de extraña incongruen-